

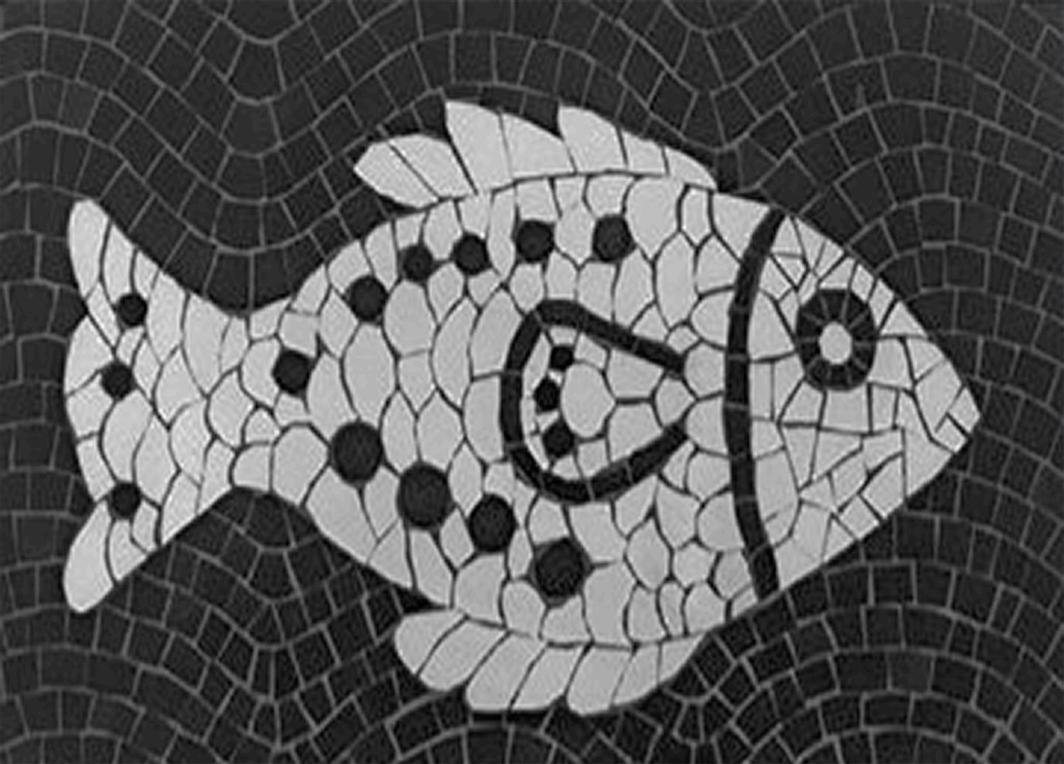


RÍO LOA, ESTACIÓN DE LOS SUEÑOS

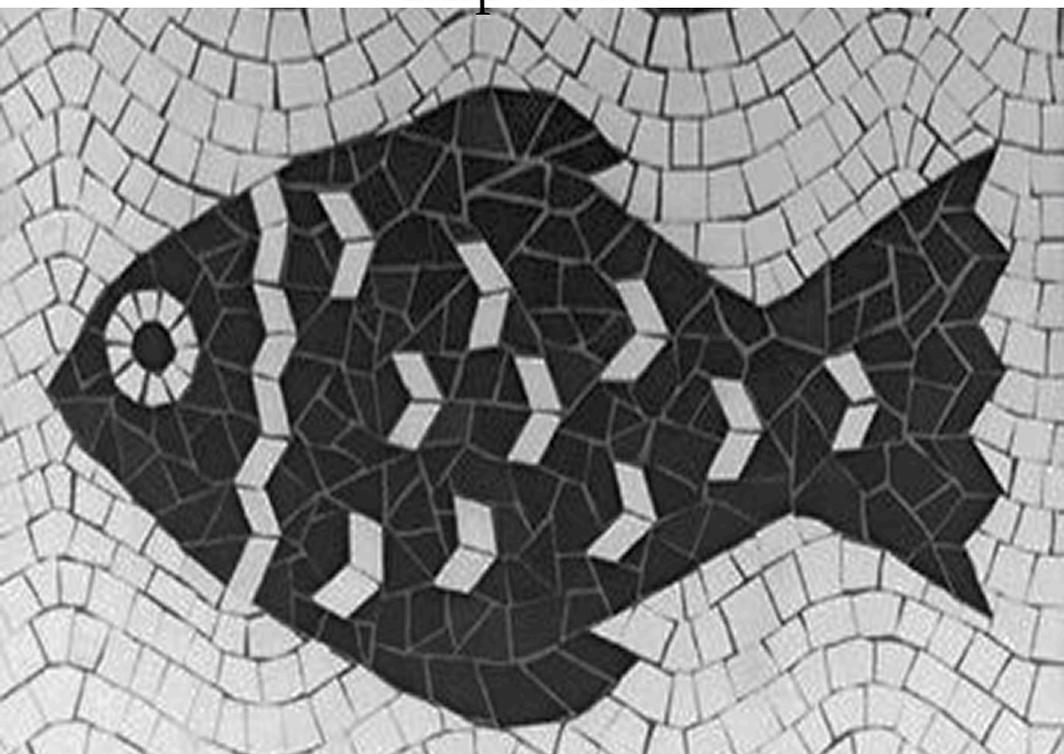
ludwig zeller



Río Loa, estación de los sueños



Colección Libros
Imposibles



**RÍO LOA
ESTACIÓN DE LOS
SUEÑOS**

Ludwig Zeller

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Zeller, Ludwig . 1955 / Río Loa, estación de los sueños / Ludwig Zeller,
--1ª ed.-- Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.
212 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 7 > <Digital>
1. Novela / chilena. 2. Literatura / chilena. I. Título.

Primera edición, 2024.

Colección Libros Imposibles #7

Río Loa, estación de los sueños

© Ludwig Zeller

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico :

Floriano Martins

Corrección filológica:

El autor



A mis Padres, a Ida, a Carlos, a Otto al otro lado del muro invisible.

*A mis hermanas que vivieron o nacieron lo mismo que yo en Río Loa;
a todos los que alguna vez me escucharon hablar de este lugar mítico.*

*Aquél que sueña que sueña,
está a punto de despertar.*

NOVALIS

*Porque no hay nada en este mundo
más interesante que el hombre.
Y en el hombre, lo más interesante es la vida interior.
Y en la vida interior, lo más misterioso son esos calados de profundidad
que se nos revelan en los sueños.*

EVELYNE WEILEUMANN



Siempre me resulta desagradable tener que hacer valijas. Se interrumpe el trabajo, es necesario cavilar sobre el suceder de cada día por adelantado, de alguna manera es desafiar el destino. El traje que conviene usar, los documentos necesarios, los libros que me acompañarán, cuando ya pasado el día llegue al hotel: extraño, inhóspito. Luego ese deseo de conciliar el sueño que no viene, la página empezada a leer una y otra vez.

Pero es Susana quien acomoda mis valijas haciendo que todas las pertenencias quepan en ellas como en una caja china. Además, me agregará una lista de objetos para que no olvide nada a mi regreso.

Hace un mes me llegó una invitación para que participara en un congreso de escritores organizado en Santa Fe, “El surrealismo en el Nuevo Mundo”. Sobre y carta tenían un membrete de la Alianza Francesa, y el que supongo su director me invitaba a leer algunos trabajos de recopilación. La nota era manuscrita y la firma resultaba ilegible. Quedó sobre mi mesa durante un par de semanas hasta que vino el cartero trayéndome una nueva misiva en la que se me reiteraba la invitación. Era casi un compromiso. Debería ir.

Hacía calor. Por primera vez en varias semanas parecía que el verano había retornado. Releí la nota, sí, quizás debería partir al sur, encontrarme con viejos amigos, intercambiar libros, ver mujeres que pasan ante los ojos como ascuas encendidas.

Y allí estaba, entre nervioso y preocupado observando como mi mujer preparaba las valijas, incluyendo remedios, píldoras para dormir, una vieja Biblia que siempre consulto antes de dormirme. ¿Qué decía entonces? San Juan 13, versículo 2. Y leo: “Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado

todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y que a Dios iba, se levantó de la cena, se quitó su manto, y tomando una toalla se la ciñó”.

Rara nota para empezar un viaje, me dije. Besé la página según la costumbre ritual y cerrando el libro lo puse entre las camisas. Se hacía tarde; casi sin darnos cuenta el tiempo había transcurrido. ¿Dónde estaba mi pasaje? En mi cartera, por supuesto. Me pongo nervioso, al parecer no sirvo para esto.

El auto no funciona, me comunica Susana con un rostro entre serio y jocosos, será mejor que llamemos un taxi. Ni aviones ni los trenes esperan, tienes que cuidarte, estar alerta a los pequeños detalles. No puedes ser tan distraído.

Bajamos la escalera a tropezones, despidiéndonos apresurados. Las valijas estaban abajo y al parecer el taxi había llegado. Un hombre flaco y esmirriado hizo un gesto como de saludo y acomodó los bultos en la caja trasera del vehículo. Me sorprendió su fuerza, era tan bajo y flaco y sin embargo movía las valijas como si se tratara de plumas. Me acomodé en el asiento que me pareció excesivamente grande y acolchado; me hundía en él y apenas si podía divisar la cabellera un poco rala del chofer. Suspiré profundo. Al fin empezaba el viaje. No tenía noción del tiempo ni de las avenidas que atravesábamos, ya que los vidrios eran oscuros y era imposible adivinar los detalles de las calles. ¿Cuánto tiempo había pasado? No recuerdo. A veces creo que son años.

El taxi se detuvo, se abrió la puerta y apareció la cabeza del chofer: era pequeña y con una extraña similitud con la cabeza de un carnero. Sus maneras solemnes se acentuaban por el traje negro y desgastado que llevaba. Me ayudó a bajar, solícito. ¡Sí! Estábamos en la Estación de la Unión, había mucha gente tratando de abrirse paso entre bultos y personas que, o se despedían, o se encontraban después de mucho

tiempo. Todos gritaban a la vez, saludándose o insultándose en idiomas extraños. Era una verdadera batahola.

Mi chofer entretanto se abría paso entre maletas, canastos y bultos. Había que reconocer que tenía una habilidad casi animal para soslayar los obstáculos, adelantarse a ellos. Rápidamente alcanzamos nuestro tren cuyos carros estaban extrañamente vacíos: una señora de negro junto a una ventana, y un señor con una elegancia un tanto extravagante o pasada de moda eran los únicos ocupantes del vagón.

Todo estaba en orden, ahora podía arreglar mis pensamientos y ver qué me tocaba hacer en los días próximos.

¡Partimos!

Oí un silbato y el tren se puso lentamente en marcha, semejante a una serpiente que se arrastra en la noche.

Vanamente traté de dormir. ¿Había pasado mucho tiempo?

El vagón estaba tenuemente iluminado y la oscuridad exterior hacía pensar que avanzábamos en un túnel negro. Me levanté y pasé al baño. Quizás mojándome la cabeza podría despejarme de la modorra que me invadía. Fue buena decisión ya que el agua fría terminó de despertarme.

¿Dónde estaba?

El tren avanzaba rechinando en la noche.

Volví a recorrer el largo y solitario vagón. Me detuve junto al asiento de la mujer vestida de riguroso negro. Ella apenas si se movía. Parecía que veía algo allí afuera, tras de los vidrios, que yo no veía, donde la niebla en ráfagas se espesaba.

¡Buenas noches!, le dije. A lo que ella respondió como en un eco que viniera de otra parte: ¡Buenas noches! Lentamente giró su rostro en dirección al mío y con un gesto desganoado movió su mano como invitándome a que tomara asiento.

Perdóne usted, le respondí acomodándome en el asiento frente al de ella. Espero no importunarla, hoy es la primera noche de nuestro viaje rumbo al Sur y pensé que acaso no le disgustaría charlar, ya que el calor es sofocante y casi no hay esperanza de dormir.

Ella sonrió, o así creí adivinarlo, ya que un velo con pequeños lunares cubría su rostro y el sombrero ornado con una cinta coquetamente ocultaba su misterioso rostro.

Encendí un cigarrillo. Quizás quiera fumar, pensé para mí mismo, así podré ver su rostro. Pero ella me hizo un gesto negativo con la mano, como adivinando mi pensamiento. “El fuego de cualquier tipo, siempre me recuerda otro fuego”. Su voz era tenue, como si tratara de no llamar la atención. Además, me dijo, todo será según el deseo de cada cual.

Yo asentí con una sonrisa. Indudablemente la mujer guardaba luto o algo por el estilo, su traje de un corte impecable, el abrigo de piel colgado en el perchero, dejaban ver a las claras que era una dama rica, retraída por algún asunto, pero extraordinariamente atractiva. No sabiendo muy bien qué hacer para establecer una conversación con ella yo también acerqué mi cabeza a los gruesos vidrios tratando de divisar algo en la oscuridad.

Después de un rato, cuando mi vista se había acostumbrado, pude adivinar que los enjambres y macizos de sombra eran árboles, rocas quizás, que simulaban extrañas edificaciones del negro sobre el negro.

La mujer me miraba de frente, como si a través mío o detrás de mí otro paisaje se desarrollara. ¿Quién era ella? ¿Tenía un nombre? Mi tensión aumentaba al igual que mi torpeza.

Sentí un deseo irresistible, casi animal, de estar cerca de esta mujer, de apoyar mi cabeza en sus hombros.

No sé si fui yo quien preguntó su nombre.

Escuché un eco como de risas y luego el sonido, ahora próximo.

¡Helena! — sí, un antiguo nombre elegido por mis padres.

Sentí como si una pared se abriera entre nosotros. Pero era insensato decirle que sentía alegría. Es que a veces los seres parece que no existen hasta que no sabemos su nombre, respondí, un bello nombre, lleno de resonancias mitológicas. Ella parecía no escuchar mis palabras.

¡Helena! La misteriosa Helena embarcada en ese largo viaje al lejano Sur. Mis rodillas parecían estirarse para rozar las de ella. ¡Si al menos por un momento me mostrara su rostro! La curiosidad me hacía confundir las palabras, enmudecer en largos silencios. Sólo un perfume de hierbas quemadas me invadía; era una fragancia de campos en el otoño, ese dulzor de flores secas esparcidas en el viento. De cuando en cuando percibía el ruido del tren avanzando en la oscuridad, deslizándose como una franja de luz en la noche. ¿Podría pedirle que me mostrara el rostro?

Me armé de valor como quien trata de cruzar un río caudaloso. ¡Helena!, le dije, y pude percibir que mi voz temblaba. Usted es una persona tan encantadora, pero creo que un duelo la aflige. Dígame, ¿no podría ayudarla? La melancolía nos cubre a veces con un velo, pero quizás... Mis palabras quedaron en el aire.

¡Ludwig!, me respondió. Ni tú ni nadie puede ayudarme. Su voz sonaba melancólica, lenta, como si contara las sílabas. Te comportas como cuando eras un chicuelo. Además, tratas de engañarme.

Su tono resultaba familiar, recriminándome algo que ignoraba. ¿Cómo podía ser real que ella pudiera haberme visto cuando era un chicuelo, si ni siquiera tenía mi edad?

Alargué mi mano y rozando su pierna le dije: Quizás existe un juego de mentiras y un juego de verdades que acaso son lo mismo. Si me

comporto como un niño es sólo porque no quieres mostrarme tu rostro.

Estábamos uno frente al otro y ella, tras vacilar un instante dijo, ¡mírame!

Entreabrí entonces el velo, en un deseo de beber su rostro. Pero no había rostro allí, el bellissimo rostro que buscaba no estaba allí. Y en el lugar que correspondía al cuello se abría un hueco turbulento en donde la vida se agitaba. Pero no existía cabeza.

El horror y la fascinación me dejaron inmóvil.

¿No querías verme, no pretendías consolarme?, susurró una voz que venía desde lo profundo, ¡sí!, desde lo profundo de su garganta, como un eco, como una invocación. Yo miraba absorto mientras desde su cuello veía levantarse una textura áspera y blanca. ¡Una coliflor! Eso era. Una coliflor que me hablaba así desde la desnudez del rostro. Ni ojos melancólicos, ni labios temblorosos. ¡Una coliflor! ¡Imposible imaginarlo!

Sentí que todo se helaba a mi alrededor, que no tenía noción de lo que pasaba.

¡Helena!, ¡Helena! Simplemente el tren se adentraba en las hendiduras de la noche. El tren había roto los velos de la noche.

Al abrir los ojos sentí que una persona, sosteniendo mi cabeza decía: ¡Beba, beba esta agua! Otra mano mojaba mi frente.

Me encontraba tendido sobre uno de los asientos del tren y el señor que divisé al entrar que me pareció de una elegancia un tanto bizarra era quien trataba de reanimarme y sonreía.

¡No ha sido nada grave! ¡A veces el calor produce mareos! ¿O es que se resbaló Usted en el pasillo? Yo no atinaba a responder; allí estaba la misteriosa mujer de negro que sonreía desde un bello rostro que me hizo olvidar todo lo anterior como si fuera una pesadilla.

El inspector del tren me traía un licor helado. ¡Tome,

distinguido señor!, decía con esa amabilidad servil de algunos mozos que han tenido oportunidad de ver muchas cosas distintas en este mundo. Su rostro me recordó al del taxista, ¡sí!, no cabía duda, era la misma persona; acaso un servicio extra de este expreso al Sur.

Cuando yo ya me sentía recuperado, el que yo creía un vendedor, se dirigió cortésmente a mí y dijo: Permítame presentarme, Leonardo, o simplemente, el Maestro, como mis amigos gustan llamarme. Aquí, dijo luego, madame Helena Ferrucchi, la Contessa que nos acompaña a través del mundo para olvidar su duelo. Yo asentía con la cabeza, mirando a uno y luego al otro. El inspector del tren se inclinó reverente y dijo: Asmodeo, el Viejo, para servirle.

Yo no sabía bien como agradecer la simpatía que me mostraban mis compañeros de viaje, quería decirles también algo amable que correspondiera a sus atenciones, pero estaba sofocado.

El Maestro se adelantó y me dijo: Repose, querido amigo, ya tendremos oportunidad de charlar e intercambiar ideas. El viaje es largo y usted parece agotado. Mejor será que duerma. Miré a la mujer de negro, la Contessa Helena Ferrucchi y vi que sonreía. ¡Qué distinto me pareció entonces su rostro! Era mejor cerrar los ojos y dormir. El Maestro Leonardo quizás tenía razón.

El tren avanzaba rugiendo y serpenteando en la noche.

Cuando desperté algunas horas más tarde ya era día claro. Toda huella de malestar había desaparecido junto con las sombras. El Maestro había ordenado componer una mesa para cuatro en el coche comedor, y fue con alegría que luego de mojarme el rostro, me reuní con mis acompañantes ante una mesa cubierta de frutas y manjares exóticos.

He preferido, me dijo Helena Ferrucchi, que usted probara los exquisitos manjares del Sur, esas frutas que se mustian fuera del sol de los trópicos.

La luz entraba ahora a lo largo de ventanales tras los que veíamos deslizarse un paisaje de cactus y enormes rocas de variados colores. ¿Será el Desierto Mojave?, pensé para mis adentros. Como si adivinara mis pensamientos, Asmodeo, vestido ahora con un impecable traje blanco y negro, me mostró una señal a la orilla de la vía: “Laberinto de la Memoria.” Reí al verlo, mientras decía a mis acompañantes: Si el nombre corresponde a la realidad, quizás podamos encontrar algunas diversiones para entretenernos.

El Maestro y la Contessa charlaban de imágenes mientras pinchaban frutas cubiertas con azúcar. El misterioso perfil aguilino se volvió hacia mí y dijo: Son mayores las realidades que encontrará querido poeta, que lo que jamás ha imaginado. Sé que mucho dudó al emprender este viaje. Ahora lo importante, precisamente, es pedir, exigir lo imposible.

Ahora me tocó reír a mí. ¿No he perseguido siempre lo imposible? ¡Ja!, exclamé, vamos como los pájaros hacia el Sur y ahora ustedes me recuerdan problemas cotidianos. Todos reímos.

Asmodeo destapó una botella de “Flor de cactus” y decidimos brindar por el éxito de nuestra empresa. Helena Ferrucchi sugirió que juntándonos todos en el brindis formáramos el cubo de la buena fortuna, en donde cada cual bebe del vaso del otro. Una receta infalible, agregó. Además, a cada uno de nosotros se nos cumplirán así los secretos deseos. Rápidamente el licor desapareció de los vasos y cada cual tenía la certeza de que sus anhelos encontrarían satisfacción.

El Maestro, sentado a mi izquierda, se acercó más a mí, como para comunicarme un secreto. Tenía en sus manos un mazo de cartas que semejaban un antiguo Tarot;

deslizándolas entre sus dedos me dijo: “A veces los lobos cantan como ruisenores”. Aquí veo dar vuelta la Rueda de la Fortuna, todos los deseos se verán cumplidos, habrá tiempo mientras la Luna esté en el cielo. Ahora podremos ver lo que era invisible. Reía, en tanto que familiarmente palmoteaba mi hombro. Esto me dio ánimo para tratarlo también más familiarmente. ¡Qué bien hablas el castellano!, dije, ¿dónde lo aprendiste? Vi una luz de orgullo en sus ojos. ¡Soy políglota!, me respondió, sólo en las lenguas muertas se me nota un acento local; como no las practico, la mayor parte de mis amigos suponen que mi lengua materna es el alemán.

Noté un dejo de tristeza en sus ojos. Lamento, le respondí. Es un idioma que escuché en la infancia, una vieja melodía que nos persigue a lo largo de los días, pero de la que no recordamos el texto.

Sonrió melancólico. Los paisajes volaban por las ventanas: inmensas planicies rocosas, árboles y casas aparecían y desaparecían a efectos de la velocidad.

Helena Ferrucchi, en un tono de chanza me dirigió una pregunta: ¿Qué deseo es más importante al poeta que sube en la Rueda de la Fortuna? Sus ojos brillaron, como intercambiando suposiciones con el Maestro. Yo no sabía bien qué contestarle. ¿Podría alguno imaginar los días de mi infancia a la que vuelvo a veces en sueños? ¡No sé exactamente!, le contesté. Además, el recuerdo de tiempos felices siempre nos arrastra a la melancolía.

Pareció por un instante que todos coincidíamos en tal juicio.

El Maestro se animó entonces y dijo: ¡Nada de tristezas!, lo que el poeta desea en lo más profundo le será concedido. Vi que entre sus largos dedos barajaba unos gastados naipes que quizás lo distraían de preocupaciones más profundas.

Volvimos a nuestros asientos en el vagón, en fila, lentamente.

El Maestro vestía un traje negro desteñido y sobre sus hombros lucía una capa cuyo cuello de piel despedía reflejos rojizos. Solía apoyarse en un bastón de empuñadura dorada, pero supongo que era más bien un adorno antiguo, quizás uno de esos estiletes venecianos, envueltos en una elegante vaina de bambú. Yo ofrecí mi brazo a la bella Helena. Pude sentir con el vaivén del tren cuán delgada era, como si moviera una delicada estructura cubierta de sedas. Su brazo cogido al mío era frío y como yo mirara con insistencia sus largos dedos, ella sonrió y me dijo: He gastado mis yemas en el amor, pero el cuerpo se enfría en otras llamas. Yo reí como quien recibe una confidencia. Asmodeo, que había arreglado una fuente de licores exóticos y de bocadillos, nos seguía tarareando una vieja canción.

Helena volvió a su asiento. Como al pasar me dijo: He amado incansablemente, asediada por el deseo de miles de hombres; siempre es lo mismo. Ahora me parece que después de años he encontrado algo distinto.

El Maestro en cambio me invitó a revisar unos viejos libros y yo me acomodé en el asiento frente al suyo. Extendimos una larga mesa plegable y a la usanza de los jugadores nos sobamos las manos antes de empezar a revisar los libros. “Un sorbo de expectación antes de ver lo invisible”, susurró mi compañero. Asmodeo, ordenó luego, ¡tráele al poeta una copa al hielo de las frutas de la pasión! El mozo se apresuró a servirnos una bebida roja como la sangre, pero de la que un sólo sorbo parecía helarlo a uno por dentro. Nos dejó la botella y terminamos de acomodarnos en los mullidos asientos. Yo, cara al norte, el Maestro, frente a mí, en la dirección en la que corría el tren pifando hacia el sur. Volvió a mirar las gastadas cartas, cuyos bizarros grabados parecían descoloridos por el uso.

Ahora viajas hacia atrás, me dijo notando la ubicación de mi asiento. Se cumplirán tus deseos, créeme. Desplegó entonces una especie de rollo similar a algunas pinturas

japonesas en el que se podía ver un mapa en vivo de los lugares que atravesábamos, todo cubierto con una especie de cristal que flotaba sobre el paisaje. Aquí va el tren, me dijo, resulta más comfortable para ti y tendremos oportunidad de charlar de viejas pasiones. Golpeó esa especie de vidrio que cubría el rollo de mapas y como si nos acercáramos, o viéramos la tierra con un inmenso vidrio de aumento, vimos deslizarse lentamente las secas planicies del norte de México. Sé que hay lugares que añoras, me dijo en tono suspicaz, pero quizás sea mejor que no te detengas en el “Río de Piedras”, ya que podría significarte una caída o un desastre. Yo asentí, sorprendido de que supiera mi debilidad por la ciudad donde han vivido un par de mujeres a quienes amé en vano. No quise hacer comentarios y miré distraído por la ventana tras la que se deslizaban uno tras otro los paisajes vistos en el rollo.

Sonriendo y mirándole al rostro le dije: Me gustaría hojear algunos libros que sólo conozco por los sueños. Son diminutas ediciones encontradas en mis correrías oníricas, las he guardado en los bolsillos, pero no las encuentro al despertar. Tenía un buen amigo veneciano, que me mostró una edición de Dante, pero sólo recuerdo las tapas con dorados, no el interior.

Mi compañero parecía entre divertido y fastidiado. Hay pequeños errores en tu memoria, me dijo. El libro que has visto son las Rimas de Petrarca, editadas por F. Ongania, hace más de un siglo. Si quieres ver escenas de La Comedia, yo te mostraré la edición de Boss, hecha por los alquimistas de Amsterdam un par de siglos antes. Sacó de su bolsillo un pequeño libro de tapas negras con caracteres orientales, en los que el texto mezclábase con imágenes muy vívidas que moviéndose de un lado al otro de la página parecían querer hablarme.

Yo estaba como quien mira un espejismo. En montañas de duro relieve subían hombres arrastrando pesadas piedras humeantes, ¡todo estaba vivo! Lo que las figuras repetían

eran tercetos del poeta florentino, estábamos mirando el mismísimo infierno. Yo permanecía extático, mirando las viejas imágenes que parecían haber cobrado nueva vida.

Son ilusiones, ¡mascaradas!, exclamó el Maestro. Ilusiones ofuscadas de un exilado. A veces creí encontrar en él a un amigo, dijo, volviendo su cabeza hacia mí, pero todos padecemos errores.

Vi un aire de tristeza en mi acompañante. Tú sabes, tú tienes que recordar, me dijo, fijando sus ojos en mi rostro. Yo te pedí hace años que escribieras una historia de mi vida, yo te habría ayudado a juntar los materiales para el texto y para los collages que crearas como ilustración.

Yo traté de recordar. Efectivamente en un sueño, se me había aparecido el demonio y me había pasado un grueso tomo encuadernado en piel; sus páginas estaban en blanco, pero era cosa de escribir lo que él me dictara en forma de memorias. Recordé claramente el sueño, pero este Maestro bibliófilo, y seguramente un mago ilusionista, ¿era entonces el demonio? Me sobresalté al pensarlo, no sabiendo bien qué hacer.

El Maestro sonrió del otro lado de la mesa. ¡Temores de niño, mi querido poeta! Ilusiones que se convierten en realidad. Sí, mi nombre es Leonardo, uno de los tantos nombres recientes. Efectivamente te di un libro en blanco en el que sólo era cosa de dictar lo que iba ocurriendo. Pero al parecer te has llevado un susto, mi querido amigo, yo soy sólo un reflejo triste de lo que todos los hombres llevan dentro, su demonio interior.

Me acomodé en el asiento. Frente a mí, como si me hablara tras un vidrio, observé al Maestro: Un señor que parecía en sus cincuenta, elegante en el traje gris, casi negro que lo envolvía. Sus manos cubiertas de vellos lucían largas uñas y un par de sortijas parpadeantes. Fue su rostro, sin embargo, lo que llamó mi atención. Diríase que estaba

hecho de madera seca y carcomida, y en sus ojos había una vivacidad que alternaba con una constante melancolía, como si fuera completamente escéptico de que alguien lo pudiera querer.

Recordé entonces un sueño.

Me habían propuesto subir o bajar. Yo decidí subir y me vi luego trepando escaleras de piedra tras un personaje que me pareció envuelto en una capa que agitaba el viento. No logré entonces divisar su rostro.

Sólo cuando estábamos en la parte superior de una inmensa cúpula, observando una costa con palmeras frente al mar, me volví hacia él y vi que era el demonio, triste, sumergido en una melancolía profunda. No decía palabra; como yo mismo, miraba el crepúsculo que caía sobre la costa dibujando nubes rojizas en el cielo tormentoso. Vi entonces que estaba silente debido a la repulsión y el miedo que me causaba su rostro. Y no me habló ni profirió palabra alguna.

Ví luego salir desde su boca humo que espesándose tomaba una forma que lentamente semejaba una persona: era una bella mujer que lloraba, lloraba por el rechazo que yo tenía al rostro del demonio. Traté de explicarle que era algo irracional, que yo sabía que todos nos descarnaríamos y seríamos polvo, que la materia que envolvía nuestros huesos era tan ilusoria como el temor al demonio, ese espejo arrugado que llevamos en nuestro interior. No sabía bien qué relación podía tener la bella joven que apareció en el humo, con el rostro de aquel ser que me inspiraba temor.

Prometí sin embargo tratar de entender, de hablar con ese ser horrible y al mismo tiempo atormentado. Ella dejó de llorar y el humo se fue disipando, como si el ser del que saliera se la hubiera tragado. Invité entonces al demonio a que bajáramos por las escaleras hasta la playa. Así lo hicimos, corriendo cuesta abajo. Al llegar a la playa vi que la persona que corría delante mío era mi amigo Mario Espinosa, un rubio de bello rostro que se volvía riendo a carcajadas. ¿Podría él ser el demonio?

¡Ilusiones!, ¡ilusiones!, me dije entonces, cada vez que hacemos bajar la imagen de nuestros mitos a la altura del hombre, cobran su condición humana y sus debilidades.

El mar seguía allí moliendo los siglos.

Al otro lado de la mesa el Maestro me observaba. Siguió un largo silencio, luego, como hablando consigo mismo, le oí murmurar frases doloridas por su deseo de entender a los hombres y de ser querido por ellos. Como huyendo de un pensamiento triste, volví a hablar de libros: Hay uno, que supongo de origen japonés o quizás hindú, con cubiertas de marfil labrado que en su interior guardan una serie de secretos sobre el amor. El Maestro pensó un instante. Son siempre pequeños errores los que acumula la memoria, me dijo. Hay ruinas de templos, templos completos en que a través de pasillos y galerías se desenvuelven todas las formas de la pasión. Otros los llaman “Las piedras del éxtasis”. Mucho de esto se ha destruido ya que lo que más se teme es la propia lujuria que nos arrastra. Sin embargo, hay algunos que copiaron dibujos y me imploraron nuevas formas de esa locura de amar, de poseer lo que verdaderamente se ama. Compusieron pequeños libros que era posible esconder, los cubrieron de joyas, les dieron un olor, los enchaparon en marfil pintado.

No cabe duda, es alguno de aquellos libros traducidos desde las piedras al papel, lo que tú has visto. Yo asentía, era como si mi compañero de viaje me estuviera describiendo el pequeño libro; lo vi revolver algunos bolsillos de su capa y de pronto salió de entre sus pliegues una especie de faisán con cabeza de mujer. Se paseaba sobre la mesa, acercaba su rostro al mío y sentí caer sus lágrimas. No sabía qué responder, incluso las habituales patas de ave me parecían diminutas piernas de mujer.

Sentí que el Maestro reía al otro lado de la mesa.

Ludwig Zeller, decía, ¿es que ya no recuerdas lo que tú mismo escribes? Yo no lograba reponerme de mi asombro: un rostro que miraba al borde de las lágrimas.

Bueno, dijo al fin, veo que el tiempo se acorta. Te regalo este pájaro que cuando quieras será el libro con tapas de marfil o la mujer que sueñas dentro de sus páginas. Acariciando la cabeza del faisán, este se transformó en un pequeño libro que Leonardo me extendió a través de la mesa. Recuerda que es un libro y es también un amuleto con el que siempre se puede alcanzar a la mujer ave.

Cogiendo el pequeño libro miré al Maestro y le dije: ¡Gracias! Por segunda vez me regalas un libro; en el primero se podía escribir y dibujar tu historia, en este otro puedo alcanzar un pájaro mágico que se transforma en mujer y me enseña las formas anudadas del amor. ¿Qué podría yo darte?

El Maestro pensó un instante y me dijo: Has mirado mi rostro y has puesto tu piedad en mis ojos. Viajas ahora hacia atrás, donde muchas cosas y personas queridas te resultarán extrañas. Quizás nos permitas acompañarte. Me aburre el ruido que suelen hacer los banqueros contando monedas, prefiero la compañía de los poetas para quienes las ilusiones son el pan de cada día. Le estreché la mano en señal de acuerdo.

El tren corría ahora entre cerros de poca altura y el árido paisaje por alguna razón me resultaba familiar. Serían las cuatro o cinco de la tarde y la Luna empezaba a elevarse recién en el horizonte.

Miré hacia afuera, una extraña sensación de plenitud me sobrecogió. Pensé en el libro, en mis bizarros compañeros de viaje, el ave con rostro de mujer. ¿Hacia dónde íbamos? El Maestro puso su brazo sobre mi hombro y me mostró a lo lejos una estación de ferrocarril en medio del desierto. Me pareció extrañamente conocida, y a medida que el tren se acercaba mis sospechas se hacían certidumbre.

Miré pasar algunos vagones y luego un cartel en letras negras al lado de la vía que anunciaban el nombre del lugar: Río Loa.

Aquí estamos, repitió el Maestro, la estación de los sueños.

La gente se movía apresurada. Rechinaron los frenos del tren en el que habíamos realizado este largo viaje. Vestidos multicolores se veían a lo largo de todo el andén: mujeres cholas vendían los más diversos objetos, piedras, frutas y flores. Allí estaban mis padres, haciéndome señas, indicándome que estaban alertas a mi llegada. El Maestro bajó primero, luego Helena Ferrucchi, yo mismo un poco azorado por efecto de las emociones, y finalmente Asmodeo que se había encargado de todo el equipaje que llevábamos: cajas y más cajas que no sabía para qué podían servir.



ESTACIÓN DE LOS SUEÑOS

Tuve que abrirme paso entre la gente del lugar. Cada uno quería abrazarme, decirme algo especial. Por fin llegué al lado de mis padres, abrazándolos y sintiendo la alegría de poder velos. Por un instante cruzó por mi mente el pensamiento “pero si están difuntos”, a lo que mi padre riendo me respondió, “pero hijo, eso era otra realidad”. Al parecer se había organizado una verdadera excursión de bienvenida. Detrás de mí, el Maestro observaba mis reacciones. Quise entonces presentarle a mi padre, pero me di cuenta que se saludaban como viejos amigos. Las frases en alemán revoloteaban en mis oídos. El Maestro al parecer lo había encontrado en India, a principios de siglo, y reían y chanceaban sobre el tiempo pasado. Gentilmente, el Maestro saludó a mi madre y le presentó a Helena Ferrucchi y a Asmodeo el Viejo, que corría atareado de un lado a otro acomodando en una especie de ómnibus nuestras pertenencias. Entre la gente que nos rodeaba podía reconocer a compañeros de la infancia, vecinos y distintas personas encargadas al parecer del recibimiento.

Mi bella profesora, Zoila Campana, cubierta de velos y con un sombrero que a cada instante trataba de arrebatarse el viento, se adelantó solemne y haciendo una reverencia dijo: “Les doy la más cordial bienvenida al Río Loa eterno, que los acoge como a sus hijos”. Sus palabras se perdían entre aplausos y voces de niños que entonaban una vieja canción: “...Cuando tú te hayas ido, me envolverán las sombras...” La señorita Zoila parecía contrariada, ya que los muchachos habían equivocado la canción que debería dar brillo a la recepción.

Papá entonces decidió que deberíamos partir para ser apropiadamente recibidos en la casa. Asmodeo se adelantó a nosotros en el ómnibus repleto de muchachos y cajas.

A nosotros nos esperaban dos elegantes vehículos verdes, enormes, aunque con ese algo severo de los carros funerarios. La estación, llena de plantas parecía rebosar de color. El jefe de estación me hacía gestos cariñosos; don Ricardo Lorca no había cambiado, su gorra con un escudillo de metal parecía hacerlo más alto de lo normal. Estaba preocupado por este inmenso barullo y decidimos embarcarnos en los viejos automóviles que nos esperaban.

Entretanto, mi padre y el Maestro recordaban pasadas aventuras. Pasamos frente a la factoría de dinamita y Helena preguntó a mi madre si se producían muchos accidentes. Son raros, dijo Mamá, es como si coincidieran con otros eventos paralelos que suceden en el interior de las personas.

El atardecer me había dado sorpresas y al mismo tiempo alegrías sólo soñadas. Que había un congreso en Santa Fe, al que debería asistir, me parecía ahora un sueño. Por lo demás el tren llegaba sólo a Río Loa, quizás a Calama, pero entretanto la locomotora y los carros habían quedado en el patio cruzado de vías de la estación. Esto no parecía por el momento preocupar a nadie. Estábamos sumergidos en una alegría infantil, en tanto que los autos rodaban lentamente, ceremoniosamente hacia el pueblo, un par de kilómetros distante.

Ya desde lejos vi que todo el lugar relucía. Nos detuvimos frente a la casa de mis padres y mis hermanos corrieron a saludarnos, abrazándonos y haciéndonos bromas. Todo parecía como recién aseado, no soplaban viento y árboles floridos rodeaban las casas. No sabía bien qué pensar, todo parecía radiante. Cuanta persona encontraba estaba feliz, exaltada, como si hubiera bebido algo fuertísimo y estimulante.

Mi hermano Carlos me contó que hacía unos minutos había llegado un enorme bus con los muchachos de la escuela acompañados de un simpático señor quien como por

sortilegio, haciendo restallar los dedos, había hecho crecer y florecer una enorme cantidad de plantas. Con un hisopo sacado de una de las cajas había recorrido el pueblo que ahora parecía alhajado y reluciente, como para una fiesta. Todo, en un abrir y cerrar de ojos.

Nos falta decidir, me dijo mi hermano, si la señora que les acompaña y el prestidigitador que ha dado tanto color al pueblo querrán alojar en la casa destinada a las visitas. Tú estarás con nosotros, en casa, y al Maestro que parece un hombre distinguido, se ofrecen alojarlo el doctor Sarabia y su mujer. Tú sabes que son gente extremadamente virtuosa y lo tratarán con la mayor deferencia. Yo asentí. Mis padres estaban de acuerdo y Asmodeo ya había hablado con el doctor Sarabia y había elegido una habitación para acomodar al Maestro Leonardo.

Ante la sorpresa de todos, contaba Carlos que el viejo Asmodeo, como no había alfombras, abrió unas cajas y extrajo de ellas finas piezas de Persia, así como cristalería y botellas que seguramente contenían licores costosísimos. Todo, me repetía, parecía hecho como por un encantamiento. Se había pensado, era cierto, recibirme con muestras de cariño, pero esta felicidad lindaba con la locura más absoluta.

Asmodeo se las había jugado, como mago que era, y había causado la admiración de todo aquel que lo veía; Helena en cambio, con su belleza lánguida hacía soñar despierto a cuanto varón tuvo la dicha de mirarla; Río Loa parecía sufrir de un ataque de felicidad. Yo era uno de los del pueblo y su simpatía para conmigo era natural, pero la presencia de mis acompañantes estaba más allá de cualquiera expectativa, sobre todo el distinguido señor de traje negro reluciente cubierto de un sombrero con una pluma roja, no podían sacarlo de sus mentes.

Mi padre acompañó a cada uno de los huéspedes para que pudieran arreglar sus pertenencias y los invitó a todos a

una pequeña cena que se les ofrecía en el club-bar del pueblo, un par de horas más tarde.

Yo entretanto recorría las pocas calles del lugar, observando casa tras casa, la plazoleta, la escuela, el almacén de pulpería y algunas otras edificaciones que no recordaba o que habían sido hechas recientemente. Encontré que la gente no había cambiado, quizás la alegría que yo mismo experimentaba era lo que teñía mis impresiones del lugar. Era el atardecer y los cerros tornábanse de colores tornasolados, las sombras aparecían azules y el aire quieto. A lo lejos se empezaban a ver las primeras luces encendidas en Calama, o en el lejano Chuquicamata.

El bar-club, era un lugar cerrado, para aproximadamente trescientas personas, y advertí que los arreglos efectuados quizás en años anteriores combinaban perfectamente con los aderezos que pudiera haberles aportado el hisopo de Asmodeo. Cuando había oscurecido totalmente vimos que Papá iba en busca de nuestros visitantes y, como yo mismo unas horas antes, ellos también recorrían riendo el pequeño pueblo.

Al entrar al salón el Maestro se percató de la mesa grande que habían traído de la cocina de nuestra casa. Sonriendo dijo a Mamá que se había elegido lo apropiado, pero que él querría también obsequiar esta comida al resto de la población reunida en el lugar para nuestro recibimiento. Con gesto elegante nuestro invitado dejó caer la capa en el respaldo de su silla e hizo una señal con los dedos cruzados a Asmodeo. Este parecía sólo esperar este gesto, ya que al instante salió del lugar para volver cargado con una serie de grandes bandejas que rápidamente llenaron todas las mesas con manjares.

La felicidad que yo había percibido al volver al pueblo parecía haberse acrecentado: licores finísimos eran servidos en altas copas de cristal de Bohemia, lo que rápidamente

aumentó la locuacidad de todos los comensales. Además, las botellas parecían llenarse automáticamente, y hasta los más tímidos manifestaban alegría, contando asuntos que durante años guardaban en el corazón.

En nuestra mesa se sucedían idénticos manjares y licores que todos los presentes aceptaban como lo más natural del mundo. Junto a nosotros el doctor Sarabia reía complacido de que su ofrecimiento había sido aceptado y su mujer, doña Inés Sarabia, una morena de alrededor de treinta años, lucía resplandeciente. El velo que habitualmente cubría su cabeza era ahora transparente como una gasa y tachonada de diminutas lucecillas.

Todos al unísono me hicieron saber que desde hacía años esperaban mi visita, su alegría no podía ser mayor; además agradecían a tan distinguidos amigos el haberme acompañado. Cada cual quería saber alguna noticia de los viajes que había realizado o si tenía conmigo tal o cual libro para revisarlo. En verdad esto último resultaba una sorpresa para mí ya que no se me había ocurrido traer algunas modestas ediciones realizadas por mis amigos editores en el Canadá. El Maestro dijo entonces: Como soy bibliófilo seguramente existirán algunos ejemplares en las cajas que cargó Asmodeo. Ví como éste sacaba en verdad distintos títulos y los repartía en las mesas donde eran la curiosidad de esos amigos que me conocían de niño.

Entre charlas y brindis se había acercado la medianoche y Papá sugirió que no se debía abusar de tan dignos visitantes; les agradeció su presencia en Río Loa y lamentó que no existiese un salón de baile apropiado para haberlos invitado a terminar con danza tan extraordinaria noche. El Maestro que parecía un poco ausente a toda retórica, susurró al oído de mi padre que en los próximos días él vería de encontrar el lugar apropiado para una fiesta en que pudiera retribuir todas las atenciones recibidas. Entre cantos y música que salía como desde las paredes, abandonamos el local; Papá acompañó a

cada uno de los visitantes a sus casas. Mis hermanos y yo mismo los entreteníamos charlando y recordando leyendas del lugar. Según lo convenido Asmodeo y la bella Helena quedaron en el local destinado a huéspedes. Cuando nos despedíamos, ella, haciéndome un guiño me dijo: Ya nos encontraremos en el sueño, buenas noches.

El Maestro quedó instalado en el pequeño edificio frente a nuestra casa. Pasé al lugar a preguntarle si deseaba algo. Riendo, me tomó de los hombros y me dijo: A cada cual se le cumplirán los deseos, charlaremos mañana para proyectar algunas excursiones por los alrededores. Advertí que su habitación tenía poca luz y que Leonardo había hecho prender unos velones. Son las viejas costumbres, me dijo; descansa, en los próximos días tendremos muchos trabajos y emociones sobre el corazón. Nos abrazamos y yo volví a casa. Ahora podía ver con calma los viejos pimientos a los que trepaba de niño y de los que conocía cada rama, las flores que exhalaban un olor penetrante en torno a la casa, trepando por las vigas del balcón. Mi madre había preparado mi cama y con su cariño habitual, no había descuidado detalle alguno. La besé a ella y a mis hermanas y decidí dormir, ya que de improviso sentía que el cuerpo casi no me podía sostener. Estaba aquí, de vuelta, mirando las tablas del cielorraso. De un instante a otro me envolvería el sueño, sentí cantar un gallo en las cercanías, quizás era el de la casa de la profesora. Quizás el pobre animal viviera aún, quizás habían comprado otro.

El viento empezaba a soplar hacia la pampa, un sonido tan suave como un lamento, la Luna se inclinaba sobre el horizonte.

Lentamente caí en el sueño, ese espejo de múltiples prismas.

Me encontraba en una populosa ciudad. Caminaba por la vereda derecha de una inmensa alameda con un parque central de árboles y

macetas con flores. Hacía este recorrido como algo habitual, caminando hacia mi trabajo en el Ministerio de Educación situado a diez cuadras. Las calles tenían una leve inclinación, pero esto me era más evidente ahora. Dos cuadras antes de llegar al lugar, se acercaba a mí un pintor amigo, Julio Aciares. Me decía angustiado que no siguiera hacia el edificio del Ministerio, que había una grave acusación en contra mía, de malgasto de papel. Yo reía al principio, tan absurdo y torcido me parecía todo el asunto, pero mi amigo insistía, colgándose de mi brazo para que no continuara caminando. Como se percataba que de todas maneras yo seguiría andando, lo veía transformarse en un fotógrafo cariñoso y amigo, de apellido Guevara. Habíamos atravesado ya la plaza frente al Palacio de la Moneda y nos encontrábamos en la esquina de la cuadra en que estaba ubicado el Ministerio. Veía claramente una farmacia y entraba al edificio contiguo al que iba. La luz se hacía cada vez más extraña, como durante los eclipses. Guevara me acompañaba al ascensor del que al parecer estaba encargado, pero me explicaba que no se podía subir o bajar, ya que había ocurrido un enorme accidente. ¿Qué?

Yo percibía ahora que las paredes del ascensor no existían y que grandes astillas y maderas quebradas sobresalían entre las divisiones que existían en el suelo.

Efectivamente, no se podía subir ni bajar. Estábamos en un hospital y veíamos con horror que se estaban tapiando las puertas. El accidente era algo horrible que nos ponía en peligro a todos nosotros. Yo trataba primero de salir, pero me daba cuenta que eso era imposible; los destrozos y el ambiente conferían al lugar una atmósfera infernal, de pesadilla.

Cogía entonces un enorme martillo y otros utensilios y empezaba a quebrar ventanas y limar barrotes, tratando así de abrirnos paso. Guevara me secundaba casi por inercia, escéptico.

Desde otras salas, situadas en la parte superior del techo escuchábamos voces de personas enfermas o presas, que nos urgían a que nos apuráramos en nuestra labor, sobre todo de romper las ventanas hacia el aire libre. Al parecer la enfermedad o el mal, como quiera llamarse, estaba en acción y consistía en cinco pequeños niños: dos

varones y tres niñas que continuamente se transformaban, ya que los dos pequeños eran como Faustos. El primero falso y bueno no se distinguía de su compañero, sino por el hecho que aquél llevaba una barba en torno a su mentón infantil. Las niñas eran uno o dos años mayores, pero todos padecían de una especie de sarna. Una de las chicas, o falsos ángeles, acariciaba a la otra y era rechazada por ésta, diciéndole que el amor le producía repugnancia. Yo los veía primero detrás de barrotes, luego tras un grueso plástico, finalmente a mi lado.

¿Tenían una enfermedad contagiosa? ¿Eso era el mal? ¿La falta de amor? Yo no lo sabía, me parecía que todos estábamos condenados a algo horrible y que no tendríamos escapatoria, ya que cualquiera salida estaba tapiada desde fuera. Estábamos sitiados por la peste, un mal que desconocíamos y que había caído sobre nosotros. ¿Qué podía yo hacer?



LOS INCONVENIENTES DE LA VIRTUD

Desperté con las risas de mis hermanos que tomaban su desayuno en la habitación contigua. Una rápida ducha me despejó del sueño, me puse ropa ligera y me encontré de nuevo con ellos a la mesa. Los acontecimientos del día anterior me habían hecho ver claro que acaso nuestra alegría se debía en parte a que todos estábamos en una edad ideal. Katty, mi hermana mayor, era la muchacha de dieciséis, diecisiete años que yo recordaba de niño; buenamoza, sensual, con un ansia de vivir. Carlos parecía de una edad similar, un joven alrededor de los veinte, rubio y extraordinariamente agradable en el trato, a veces con un distante tono de melancolía. Ida corría de un lado a otro, haciendo bromas, su pelo negro y ondeado mostraba como en un marco su rostro riente. Muy atractiva, apasionada en cada asunto sobre el que charlaba, era parte de ese griterío que me había despertado. Kuni, mi querida Kuni, lucía sus trenzas de oro sobre los hombros y miraba curiosa cuanto se debatía en el desayuno. Encontrarnos en esa situación me pareció natural. Que yo vivía en Canadá, que habían pasado cincuenta años, me parecía una ilusión de la que no era necesario preocuparse. Quizás era sólo un sueño.

Lo que me hizo tomar conciencia de que estábamos viviendo un momento mágico, fue ver entrar a mis padres en el comedor. Mamá siempre tan cuidada en el vestir, tan blanca, hasta parecer transparente, en contraste con su cabellera de azabache envuelta en un hermoso moño que caía sobre su espalda. Se miraban con Papá con ternura; también él parecía joven y fuerte, lleno de ese humor capaz de mover montañas.

Reíamos y hacíamos proyectos, ya que ante todo se trataba de festejar el vernos reunidos, el celebrar a nuestros visitantes, y al parecer, en todo el pueblo reinaba este mismo estado de euforia. Haciéndonos bromas, salimos a ver algunos amigos

con los que quería charlar. Abrimos puertas y ventanas, el aire traía un aroma de flores desde el jardín. Desde el balcón divisamos a lo lejos las siluetas de los volcanes, nevados en sus puntas, haciendo fumarolas que se perdían en el aire.

Desde el otro lado de la calle vimos venir al doctor Sarabia que corriendo y restregándose las manos se encaminaba a nuestra casa. Le saludamos y Mamá le ofreció café. No, gracias señora Rosa, le dijo, he tenido una noche maravillosa y terrible y sólo el goce y el horror me hacen correr hacia su casa para contarle lo sucedido.

Lo veíamos con el traje arrugado y cubierto de tierra, como si lo hubieran revolcado sobre el suelo.

No tenía puestos sus anteojos, pero lo veíamos feliz, aunque con cara de susto.

Sucede, comenzó, que poco después que ustedes pasaron por mi casa anoche, salí al balcón para mirar la Luna que parecía enorme, y me encontré con Villavicencio, Emiliano Rosso y Gaona, con los que me junté en la plaza que estaba desierta para comentar los detalles de la comida. Habíamos bebido bastante, quizás en exceso, pero vimos pasar frente a los árboles a una bella mujer que desconocíamos. Caminaba ligera de ropas y nos pareció que al pasar nos hacía un gesto de saludo. Todos al unísono decidimos acompañarla, era tarde en la noche y como no conocía la región, acaso pudiera necesitar algo. Nos reunimos a ella que caminaba resuelta por el antiguo Camino de Calaveras. Cada uno de nosotros sintió como si lo hubiera invitado en particular, era tan bella y voluptuosa la mujer, y el viento abriendo su falda mostraba al caminar encantos que nos parecieron irresistibles. Llegamos a un macizo de árboles y ella dijo que estaba cansada, por lo que se sentó en la hierba. Los cuatro estábamos tan extasiados mirándola que caímos de rodillas a su lado. Su traje y su modo revelaban una dama importante, pero nos cogió un deseo irresistible de estar a su lado, de

hacer el amor allí mismo, sobre el pasto. Ella reía y chanceaba con nosotros, parecía que nos viera por dentro. Se quitó una falda de terciopelo que cambió de improviso desde el negro al rojo más encendido, y pudimos ver su carne que relucía a la luz de la Luna como un delicioso fruto prohibido.

El doctor Sarabia hablaba tan apasionadamente de sus aventuras nocturnas que no era asunto de interrumpirlo. Reía y jadeaba de sólo evocar lo que había vivido: En un deseo irreprimible nos lanzamos todos sobre ella y le juro que nunca había sentido cosa igual, era como ser absorbido por aquella maravillosa mujer en un abrazo de pasión que jamás habíamos soñado. Tengo la impresión de que pasaron varias horas hasta que el sueño nos venció como si hubiéramos bebido un soporífero. Era maravilloso, irresistible, dejarse caer en esa piel tibia como el mármol. El doctor Sarabia sudaba al hablar, pasando un pañuelo arrugado sobre su rostro. ¡Nos dormimos en brazos del amor, puedo jurarlo! ¡Puedo jurarlo!

El viento frío del amanecer nos despertó como en un cubo de hielo. En esa vaga luz buscamos a la bella mujer objeto de nuestras delicias, pero no había rastro de ella. Estábamos solos y además metidos en una tumba del Cementerio de Apestados. ¡Sí, nos levantamos al instante para ver que eran restos de cadáveres los que nos rodeaban, que habíamos estado haciendo el amor, pero con difuntos! Nuestro pavor se hizo presente, así como el asco de vernos desnudos y revueltos con huesos y ropajes de viejos cadáveres. Estaba amaneciendo y tiritábamos, no de frío, sino de horror. Decidimos volver juntos al pueblo, tal era nuestro temor de lo que habíamos vivido. Yo soy persona seria, ustedes lo saben, hombre de ciencia que no soporta las supersticiones. Quizás bebimos algo en la comida que nos nubló las mentes y hemos imaginado toda esta aventura con la bella mujer desconocida, sólo a efecto de nuestros deseos más recónditos. Si despertamos en el cementerio, tiene que haber sido a efecto de la borrachera. Ustedes ven,

he extraviado mis lentes y estoy enterrado como si hubiera pasado la noche en una tumba. ¡Tiene que haber sido un sueño! ¡Un sueño!

No sabíamos qué responder. ¿No podríamos alcanzar al cementerio y ver si allí están sus lentes?, propuso mi hermana Katty. Pero a la sola mención de volver al lugar el galeno y científico, como profesaba ser, empezó a temblar como una hoja. ¡No, no!, dijo terminante.

Yo sólo quería pedirles una escobilla para sacudir mi traje, un baño donde poder lavarme de esta apestosa tierra que me va cubriendo. El doctor Sarabia gimoteaba, sus ojos se dirigieron a mi madre que lo hizo pasar a lo interior de la casa tratando de ayudarle a recomponerse del desastroso estado en que se encontraba.

Nosotros, no sabíamos si reírnos o asombrarnos. ¡El virtuoso doctor corriendo tras un fantasma carnal y lascivo! ¿Y qué diría su mujer? ¿Cómo se justificaría ante ella? ¿Y los otros borrachos de amor, en dónde estaban? Ya los encontraríamos y podríamos tirarles la lengua sobre la hermosa mujer que paseaba a la luz de la Luna.

Salió luego mi madre al balcón un poco molesta de que nos riéramos tan descaradamente del doctor Sarabia. Lo veo muy angustiado, nos dijo, al parecer ha vivido una experiencia terrible y teme el juicio que sobre esto pueda tener su mujer cuando lo sepa. Yo voy a ir a charlar con ella y Guillermo pasará a ver al Maestro para mostrarle las instalaciones de la fábrica. Por favor distraigan ustedes al doctor Sarabia y traten sobre todo de tranquilizarlo.

Nuestros padres nos hicieron un gesto con la mano y los vimos cruzar la calle. A los pocos minutos salieron el Maestro y Papá desde la casa en dirección a la factoría de dinamita situada a dos kilómetros de distancia. Empezaba a amainar el viento y era seguro que un par de horas más tarde aparecerían las engañosas aguas de los espejismos.

Como sucede entre personas que no se han visto durante muchos años, la conversación saltaba de un tema a otro y el tiempo corría a prisa. Se juntó a nuestro grupo el doctor Sarabia y, aunque guardó silencio, parecía entretenido y más tranquilo. Como a las tres horas vimos que Mamá se despedía abrazando a doña Inés y volvía a casa.

Mamá sonreía tranquila. A quien primero habló fue a nuestro vecino, que parecía muy inquieto. No se preocupe usted, querido doctor, al parecer todos han pasado la noche algo sobresaltados, y su esposa no se percató de su ausencia, sino que en su piedad parece haber presenciado un milagro. Noté que mi madre era extrañamente cauta al hablar, pero lo que dijo tranquilizó a nuestro vecino trayéndole los colores al rostro. Sea paciente y escuche, le recomendó mi madre. Olvídense de su sueño, Inés lo espera para contarle cosas de mayor importancia. El doctor, con el traje ya cepillado y una cara sonriente, se despidió y volvió a su casa.

Cada cual tiene sus sueños, dijo entonces Mamá, yo no soy persona de creer en imágenes pintadas, pero lo que acaba de contar doña Inés, no lo había escuchado nunca. Quizás el exceso de religiosidad la hace ver cosas que nosotros ni siquiera imaginamos.

Todos, jóvenes y sedientos de aventuras, la urgíamos para que nos contara lo sucedido, el milagro que al parecer había visto o le había narrado nuestra piadosa vecina de la casa de enfrente. Viendo la expectativa en nuestros ojos, Mamá nos pidió que guardáramos el más absoluto silencio respecto a lo que le había contado, ya que era un gesto de confianza de nuestra vecina, y había que respetar toda creencia religiosa, aún en caso de que esto se refiriera a milagros.

Inés Sarabia, la piadosa esposa del médico del pueblo, traía entre sus pertenencias más preciadas un cuadro quiteño que heredó de una tía abuela. Era una especie de ángel mosquetero, en tamaño natural. Lucía vestimenta de época

y un sombrero tocado con una pluma roja. Su rostro sonreía complaciente para con los fieles que piadosamente venían a pedirle favores y encenderle cirios. Poco sabía del origen del cuadro la piadosa Inés, pero sus abuelas pensaban que fuera parte del botín con que volvieron los soldados chilenos después de la Guerra del Pacífico. Ella no podía asegurar nada, sólo que resultaba milagroso a los ruegos, verdadero puente entre su alma y el ser todopoderoso.

Como era su costumbre, después de la cena que compartió con nosotros y con los distinguidos visitantes que me acompañaban, al volver a su casa pasó al dormitorio, y luego de las abluciones de rigor, se dirigió al oratorio que había instalado en una entrante del muro. Allí los cirios estaban encendidos y parecióle a Inés que todo relucía con un brillo jamás visto.

Hincada en el reclinatorio dirigió sus oraciones al santo ángel y advirtió que los ojos de éste la seguían, fijos en ella. Redobló entonces sus preces con mayor devoción y vio que el rostro entero parecía vivo, que los rojos labios se movían como musitando palabras y los cabellos pintados eran verdaderos y de un brillo sedoso.

¡Inés estaba al borde del éxtasis! Al parecer, su devoción había ido premiada; hubiera querido usar un látigo para martirizarse y hacer penitencia, pero allí estaba hincada, pendiente sólo del balbuceo de esos labios, que rojos y sensuales murmuraban algunas palabras. ¡Tengo frío, tengo frío!, repetía el ángel. Inés, acércate a mí, caliéntame en el hervor de tu sangre. ¡El ángel hablaba, le imploraba algo!

Inés se puso de pie y se acercó a la tela que parecía hoy viva y cuya imagen pedía abrigo. Sintió entonces que sus brazos podían atravesar el espacio del cuadro y abrazar la imagen divina que sentía frío. Su cuerpo se unió al del ángel y su boca se abrió para los rojos labios que le pedían abrigo. Los brazos del ángel la estrechaban como jamás lo

hiciera su marido, y ella sintió que sus ropas caían, no eran necesarias, un ardor que no había sentido jamás se apoderó de sus sentidos. Era necesario abrigar al ángel. Como en un sueño se vio tendida en el lecho y poseída por este ser todopoderoso que le concedía la gracia de escuchar sus ruegos. Se borró en su mente la idea del tiempo, quizás había sucedido el milagro tantas veces esperado. Ella no podía saber que era un acto bendito el que envolvió su cuerpo y lo hizo arder hora tras hora en esa noche. ¡Un milagro! No podía, sino ser un milagro. Toda la noche su devoción la mantuvo rezando, implorando, abrigando con el calor de su cuerpo desnudo el frío misterio de lo santo, que la penetraba, obligándola a aceptar con humildad su condición de mujer. ¡Y qué maravilloso mensajero había venido a ella! Lo que nunca había podido suceder se lo repetían las palabras rodeadas de música.

¡Tendrás tres hijos! ¡Tendrás tres hijos antes de tres días!
¡Un milagro!

¿Tenemos derecho a rechazar lo imposible?, le contaba entre lágrimas de alegría Inés a mi madre. Yo creo en los milagros, señora Rosa. Yo creo, usted lo sabe. ¡No puede ser sino un mensaje del cielo!

Cuando desperté esta mañana todo estaba revuelto en el cuarto. No sé dónde está mi esposo; he vuelto a mirar el cuadro, allí está, véalo usted misma. Ha vuelto a tener la expresión serena de siempre. ¡Pobrecillo, sufriendo de frío! Me siento colmada de dicha. Lo que dijo el ángel se cumplirá, estoy segura. No puede ser sino un milagro. Señora Rosa, ayúdeme a no distraerme de mi devoción. ¡Yo quiero el milagro! Yo quiero...

Mi madre había escuchado este relato a lo largo de tres horas y no sabía muy bien qué pensar de todo aquello. ¿Para qué un ángel va a despojar de sus ropas a una mujer? ¿Para qué poner todo el cuarto patas arriba? Nuestra vecina no era

loca ni nada por el estilo, pero había algo en su ser femenino que había cambiado la noche última.

Nosotros escuchábamos atónitos la historia de doña Inés Sarabia. La piadosa señora ¿había seducido a un ángel? Teníamos que beber un trago doble de limonada. Sobre el balcón parecían romperse los espejismos; estaban allí, era cosa de decidirse y cogerlos.

Cuando cambiara la dirección del viento sería distinta.
Vendría la tarde, ese rumor de arenas, ese lamento.



EL MARFIL DE LA LUNA

Cuando empezaba a amainar el viento salimos hacia la plaza. Toda cubierta de árboles y flores, resultaba un inmenso círculo rodeado de una calzada de cemento en la que de un tramo a otro se habían colocado bancos de madera. Allí nos reunimos todos los hermanos. Nos era necesario comentar a nuestra manera los sucesos de la mañana. No sabíamos muy bien qué pensar del matrimonio Sarabia, siempre tan empeñados en su devoción. ¡Y las historias que cada cual había contado! Nos parecía increíble, hasta el punto que Carlos propuso que fuéramos al Cementerio de Apestados; han pasado muchas decenas de años, decía, y no nos vamos a infectar. Además quizás podamos ver si es verdad lo que nos contó el doctor. Aunque teníamos curiosidad, su oferta fue rechazada, el cementerio está abandonado hace cerca de cien años y quizás con qué sorpresa nos pudiéramos encontrar. Habíamos, por otra parte, prometido a Mamá ser discretos con todo lo que habíamos oído.

Es verdad, dijo Katty, que las cosas no siempre son como uno las piensa. Eso es la fachada, la realidad puede ser distinta. Asentimos riéndonos por el tono serio que había empleado. Pero ella no se inmutó con nuestra ironía, sino que insistió que la realidad podía ser diferente. Ustedes ven, nos repitió, allá va Valenzuela hacia su casa y lo sale a recibir su mujer. Es para creer que todo anda en orden, o el orden que todos conocemos, pero la misma mujer me ha contado algo distinto. Ellas son dos hermanas y cuando Valenzuela la pidió a sus padres para casarse y traerla a este pueblo, ella accedió gustosa y pasaron meses muy felices. Hace algo más de un año Valenzuela insistió en que los trabajos de la casa eran excesivos para una persona y sugirió que quizás podría venir su hermana Julia a ayudarles. Todo parecía razonable e incluso Valenzuela compró un espejo grande para adornar la pieza de dormitorio. Julia dormiría en la otra habitación,

había gruesas mantas de alpaca, seguramente encontraría muchos agradados en esta nueva vida.

Pero pasadas las primeras noches, Valenzuela insistió en traer su cuñada al dormitorio y dormir con ella. A su mujer, entretanto, la relegó a estar sobre un jergón bajo la cama. Desde allí, le explicó, ella podría ver como él hacía el amor con su hermana. ¿Por qué se sometieron a su voluntad? Ninguna de las dos podía explicárselo. Sufrían del asunto, pero no sabían de cierto cuál de ellas dormiría esa noche en la cama, y cuál en el jergón, viendo y escuchando los juegos de amor que se realizaban allá arriba.

Katty era apasionada al hablar, y no entendía cuáles podían ser los sentimientos de cada uno de los integrantes del trío. Le conté entonces que para los árabes musulmanes era lícito tener cuatro mujeres legales como esposas, además de las concubinas. Todas compartían la misma casa y criaban los niños que casi siempre se multiplicaban, como por milagro.

Una cosa es saberlo, me dijo Katty, y otro aceptarlo. Recuerda que vivimos en Río Loa. Yo asentí, era verdad, aunque para mí siempre este lugar había sido “la estación de los sueños”. Después de un rato, decidimos volver a casa. En el camino encontramos a Juan Siglic, un yugoslavo que manejaba un almacén para aprovisionar a toda la población con alimentos, frutas y cuanta chafalonía se podría imaginar. Era un hombre simpático y vital, casado con una muchacha también hija de eslavos, muy quieta, tímida y esmirriada, apodada por el pueblo, la “mosquita muerta”.

En casa descansamos del calor de la tarde y esperamos a Papá que suponíamos iba a llegar junto con nuestros visitantes. No hubo que esperarlos mucho, llegaron en los viejos, enormes automóviles de color verde, y junto con los tres Papá había invitado además a José Kruger y a Gustavo Schutt, antiguos amigos de la casa. Como la casa parecía pequeña para contener a tanta gente, el Maestro preguntó

a Papá si no se le había ocurrido correr una de las paredes, ya que este sistema de construcción ensamblada había sido descubierto hacía doscientos años y sin lugar a dudas una de estas paredes tenía ocultos rodamientos. Así era. El Maestro empujó lentamente el muro y Asmodeo, siempre atento con las damas, pidió a Mamá que no se ocupara de asuntos domésticos, ya que para eso estaba él, que se encargaría de los pequeños menesteres. Desde los vehículos bajó un par de cajas y extendió una mesa plegable cubierta de manjares. Al punto el espacio parecía haber cambiado, era más bien un escenario de teatro.

Helena Ferrucchi y el Maestro conocían costumbres de pueblos nómades que habían seguramente encontrado en los viajes y sus cuentos divertían a más no poder a todos los oyentes. Todo desarrollábase en la forma más normal, como cuando se juntan viejos y queridos amigos. El Maestro que había estado algo silencioso, se asomó a una de las ventanas y tocando mi hombro, me señaló: Ya se empieza a levantar el marfil de la Luna, dentro de algunos minutos todo será posible.

Hace horas que no te veía, y ya extrañaba tu presencia, le dije. Él reía. Siempre estoy presente en esa sala en sombras de tu corazón, me dijo. No es cosa de añorar, sino de vivir gozosamente cada minuto que pasa. Yo reía también, sentí su mano en mi hombro, quizás todo fuera posible, lo había soñado tantas veces.

Entretanto vi que se había juntado otra gente invitada a la gran mesa. Allí estaban los amigos Juan Siglic, el doctor Sarabia y su mujer, los Rosso y mi profesora, Zoila Campana. Todos dichosos de poder charlar y disfrutar un poco de mayor intimidad con nosotros y con nuestros huéspedes. Al otro lado de la habitación, doña Elzira, la trapecista, lucía una capa verde de terciopelo. Me saludaba, haciéndome gestos infantiles, como antaño.

Mientras miro y remiro con cariño a mis parientes y a las viejas amistades, escucho sonar una campana que pareciera de cristal y desde la que sale una voz que dice “síntense, el banquete comienza cuando ustedes llegan”. Efectivamente estábamos sentados en altas sillas, a mi izquierda Helena Ferrucchi y a mi derecha, el Maestro. Asmodeo se mueve en torno a la mesa como ordenando a seres invisibles que llenan copas, sirven manjares, traen objetos extraños cuyo fin es divertir o hacer soñar a los concurrentes.

Pronto cada uno de los invitados estaba embarcado en apasionada charla con sus vecinos, riendo y disfrutando los placeres de la reunión. En el trasfondo se oía una música suave que parecía salir desde las paredes. ¿Quién tocaba allí? No era tiempo de preocuparse de naderías, yo gozaba de la compañía de seres queridos, brindando por la alegría de vivir.

Mientras comíamos, una parte batiente de la falda de Helena Ferrucchi tocó mi pierna y como por un instinto animal se enrolló en torno a una de mis rodillas que parecía arder. Helena, le dije, en otra oportunidad te contaré como fui llevado prisionero por una diablesa del desierto; hay demasiada concurrencia y mucho me envidiarían, lo que de alguna manera rompería la armonía de la fiesta. Helena reía, es de carne y hueso mi pasión, me dijo. Te recordarás de mí por el resto de tu vida.

La conversación y las libaciones en torno nuestro se hacían más agitadas que al principiar la reunión. Asmodeo podía felicitarse por el éxito obtenido, ya que la alegría bullía como vapor sobre las copas, dándole a cada cual una impresión de dicha inexpresable.

A la hora de los postres, mi padre me habló desde el otro lado de la mesa, recordándome una pasión de infancia. Sabemos tus debilidades, dijo, y es por eso que hemos invitado a la gentil Elzira, que también te recuerda con cariño, para que puedas ver de nuevo esa imagen que te obsesionaba. Les

pidió a los invitados que corrieran un palmo los platos hacia el interior de la mesa para dejar pasar a la virtuosa acróbata. Todos batieron palmas. Del otro lado del comedor vi como Elzira se despojaba de su capa y vestida con un minúsculo traje de color verde apagado saltaba sobre una rueda al mismo tiempo que tarareaba una canción. Cuando pasó frente a nosotros vimos hasta qué punto dominaba sus acrobacias saltando sobre la rueda en movimiento, o, arqueada sobre su espalda pasando a cada uno de los presentes una flor, que ella sostenía entre sus dientes. A mí en cambio, me besó en la boca. Yo como niño había mirado extasiado estos juegos sin pensar que podría vez alguna verlos repetirse.

Esto, susurró Helena a mi lado, resulta un premio a la devoción; sentí arder mi rodilla de nuevo, riéndome como cómplice de un secreto. Alguna vez también se es inocente, le respondí.

Queríamos, agregó mi padre, haberte podido hacer otro regalo que tú con seguridad apreciarías, pero, aunque buscamos todo el día no pudimos encontrar un armadillo que sabemos tanto te gustan. Como era un regalo que querían hacerte todos los habitantes de Río Loa, nuestro buen amigo, el Maestro Leonardo, nos ha conseguido uno que además te seguirá a todas partes.

Ví correr por la mesa al pequeño animalito, cubierto de escamas y pelo rojizo. Vino hasta mí y me saludó solemne, mostrándome al hablar unos pequeños dientecillos de color metálico. Reí de buena gana. Apretando el brazo del Maestro, le dije: Esta es en verdad una celebración de mi infancia. No sé cómo agradeceréte a ti y a todos los presentes. Él refregaba sus manos como después de hacer una travesura. No lo tomes a la ligera, me dijo, este es el “armadillo de los dientes de oro”, deidad de los traductores en la antigüedad; te acompañará el resto de tu vida, ya que comprende y habla cualquier lengua. Sabemos que no te agradan los juguetes mecánicos de moda y hemos preferido elegir a un lingüista de

total confianza que pueda transcribir tus escritos a cualquier idioma; además, me dijo mi amigo con sorna, arqueando sus cejas, es un sobreviviente de una especie ya extinta y no te inquietará tanto como una linda secretaria.

Todos reían viendo mi alegría y mi confusión. Yo sentí en cambio como el pequeño, precioso armadillo se acomodaba rozando mi pie izquierdo. El tono general de la reunión se animaba con estos regalos y todos parecían gozar de esta velada inusual y maravillosa.

Asmodeo trajo entonces una copa labrada en marfil con delicada filigrana; en su fondo bullía un licor aromático similar al de las almendras. La dejó así levitando sobre la mesa y entonces el Maestro dijo: Aquel a cuyos labios se acerque la copa de marfil podrá beber su contenido y por esto mismo nos contará una historia ignorada por todos. Menudearon los aplausos. La copa oscilaba a lo largo de la mesa y yo creí por un instante que iba a rozar los labios de Papá, pero no era así, sino se unió a la boca sonriente de nuestro amigo José Kruger.

Un tanto sorprendido, porque a él le tocara contar una historia, vimos como nuestro buen vecino cogía el delicado objeto y bebía el mosto que este contenía. Todos estábamos pendientes de cada gesto. Nos pareció que él acariciaba el marfil y ponía la copa delicadamente sobre la mesa. En el mismo instante, le vimos extender ambos brazos y dejar caer la cabeza como si estuviera rendido por el sueño. Luego de un instante se sentó erguido de nuevo y con los ojos cerrados empezó a hablar.

“Todos ustedes saben, soy alemán, nacido hace treinta y seis años en los alrededores de Hamburgo. Perdí a mi padre siendo aún adolescente, y mi madre pensó que la carrera de marino que siempre me había entusiasmado, podía ser mi futuro. Fue por esta situación que ingresé por tres años en una escuela de grumetes en la que aún se impartía la severa

disciplina de los navíos a vela. Mi viaje de fin de curso fue al África, donde pudimos ver pueblos muy distintos. El Congo, sobre todo, me pareció extraño; los belgas regían por aquel entonces el lugar y la mayor producción de exportación era el maní que ya descascarado, se ensacaba en grandes cestos de la altura de un hombre. Fue allí donde conocí por vez primera las caricias de mujer, y fue también a causa de esto que tuve las primeras complicaciones de mi vida. Apasionados como suelen ser los jóvenes inexpertos, pensamos que bien podría esconderse Agar, (ese era su nombre), en uno de los grandes canastos y viajar con nosotros de vuelta a Europa. Mis amigos prepararon un canasto especial que incluía agua y provisiones para subsistir, si es que no podíamos sacarla antes de la bodega. Pero el destino juega con cartas diferentes y aunque no tuvimos problemas de embarcarla entre la carga de maní, pasaron varios días entre la partida del barco y la oportunidad de abrirnos paso hasta la bodega donde teníamos escondida a la mujer.

Antes de continuar, debo decirles que entonces las muchachas solían cubrirse el cuerpo con una mezcla de miel y jugo de palma en la creencia de que así serían más deseables para el amor. Los días habían pasado y no teníamos preocupación, ya que habíamos provisto agua y comida para dos semanas. Lo único que podría limitarla era el fuerte canasto que la ocultaba, y que al mismo tiempo era una especie de prisión.

Cuando bajamos a la bodega todo nos pareció tranquilo. Corrimos hasta donde sabíamos que se apilaban los grandes canastos para poder liberar a nuestra amiga. Pero a pesar de los gritos que dábamos no teníamos respuesta. Dimos vuelta algunos canastos y nos extrañó el olor acre que percibimos, así como la cantidad de enormes hormigas que recorrían los cestos. Destapamos sin mucho esfuerzo la cubierta del que escondía a Agar, para ver con horror que la preciosa muchacha era un esqueleto con piltrafas. La miel con la que

había cubierto su cuerpo atraído a las hormigas que suelen abundar en esas regiones. Seguramente había tratado de salir, de escapar al atroz fin que le amenazaba en la oscuridad de las bodegas. Quizás gritó, pero los ruidos del mar acallaron sus gritos. Caí al lado de los huesos nauseabundos y sin embargo queridos. ¿Qué podíamos hacer? El asunto no lo podíamos seguir ocultando por más tiempo y hubimos de llamar al capitán.

Bajó éste a las bodegas y con un disgusto que no podía disimular nos ordenó volver los huesos al canasto y subirlos a cubierta. Estamos ya frente al canal, nos espetó, esto puede costarles la cárcel a todos ustedes. Estaba irritado por nuestra ignorancia, por no entender que la vida tiene facetas muy distintas. Será necesario poner algunos fierros que sirvan de lastre y envolver los restos en un bolso de lona que se hunde más fácilmente. Usted, Kruger, que durmió con ella, y del que quizás fue la idea. ¡Cárguela en los brazos y tírela al mar! Yo temblaba. La noche amenazaba tormenta y las órdenes eran terminantes. Si no se decide de inmediato, agregó, lo empujaré también dentro de un saco. No quiero tener líos con la gente del puerto. Me acerqué al borde, junto al ancla trasera y dejé caer el saco que se llevaba tan preciada parte de mi vida. Aunque no era invierno me pareció que el temblor me invadía y perdí los sentidos.

Al parecer el resto del viaje estuve entre la vida y la muerte. Una fiebre desconocida hacía presa de mí. Cuando desperté en un hospital para marinos en Hamburgo vino a verme el capitán y me dijo: ¿De qué te dueles? El mar es el vientre hacia el que todo buen marino vuelve. Olvida lo sucedido, agregó. Nos veremos en el otro mundo.

Lentamente me recuperé, volví a sentir que la sangre corre por las venas en un cauce impetuoso. Tres semanas más tarde el doctor me dio de alta. He hablado con su capitán, me dijo. Puede que alguna vez recurran sus fantasías enfermas; tome quinina, quizás eso le pueda aliviar. Esa misma noche

me embarqué en otro barco con destino a Hong Kong. Hamburgo quedaba atrás con sus millares de luces, quizás con mi culpa. No sabía que vez alguna podía volver, el cielo estaba cerrado y como de plomo, no había estrellas que nos pudieran guiar.”

Volvió a inclinarse Kruger sobre la mesa y quizás su cabeza golpeó contra los cubiertos. Se despertó sorprendido, un poco expectante por lo que había sucedido. Nos miraba como interrogándonos, ya que al parecer no se acordaba de nada.

El Maestro se volvió a él y le dijo: Guarde esa copa como recuerdo del África, a veces la Luna brilla hasta producir dolor en el alma. Es bueno sacar a la luz el fruto que nos atormenta. Cada vez que la llene de vino tinto, sucederá lo mismo.

Asmodeo volvió a llenar las copas y todos brindamos en silencio. ¡Por los senos de la Luna!, dijo Juan Siglic, al otro lado de la mesa. ¡Por la leche que cae de la noche!, respondimos el resto de los presentes. La negra melancolía de lo que escucháramos se deshacía en sílabas, era arrastrada por el viento y la arena, que siempre suele entonar viejas canciones que los descreídos e ignorantes confunden con los lamentos.



SOMBRA SOBRE LA ARENA

A pesar de los brindis, subsistía una cierta melancolía en el aire. El relato de Kruger había quedado fuertemente impreso en la mente de todos los presentes. El olvido, dijo el Maestro en tono de chanza, sólo es una ilusión, toda acción es eternamente presente. Y la memoria, aunque los poetas tratan de cambiar algunos resortes, es dolorosamente semejante a una herida invisible. Se volvió hacia mí y sentía que me aludía con el gesto, por lo que, en un acto incontrolable, pedí la copa de marfil a Kruger y escanciando del vino rojo empecé a sorberlo lentamente.

Me invadió un sopor, como si hubieran desaparecido las personas que me rodeaban y me encontrara en un ambiente enteramente diferente. Al parecer mi cabeza había caído sobre la mesa.

“Me encuentro junto a una mujer, cuyo traje de seda verde se ciñe fuertemente a su cuerpo. El vestido es a franjas diagonales sobre las que se han agregado otras telas de color rojo vivo. De cada una de estas franjas cuelgan unas alargadas campanillas de metal en forma de flecos, lo que hace que cualquier movimiento produzca un sonido musical. La mujer se vuelve y me doy cuenta que es Susana, riéndose como un niño. Me he probado este vestido, me cuenta, que produce una música que corresponde a los instintos más interiores del ser. Nos reímos como adolescentes que han encontrado un nuevo juguete. Empezamos a recorrer la inmensa casona donde Susana encontró ese vestido. Las paredes nos sorprenden por lo desnudas de cualquier adorno, pintadas en un gris al óleo que nos resulta desagradable. No existen ventanas y al parecer el lugar es subterráneo. Desde un corredor a la derecha, cubierto por vidrios iluminados, vemos pasar un hombre en mangas de camisa. Es Arturo Villalobos, el amante de Yolanda, me digo. Pienso entonces en los celos que lo devoraban y el ánimo cruel que a veces lucía. Lo sigo a través de un estrecho pasillo. Lo veo allá al fondo, en un escenario subterráneo, moviendo palos y materiales de construcción.

Desde el lugar más elevado en que me encuentro veo qué fácil tirarle trozos de madera, aunque éstos no alcanzan a tocarlo. Tomo entonces una rama grande de ciruelo y me acerco para darle fuertes golpes en la cabeza, diciéndole, “¡Bribón, eres un bribón!” Él trata de defenderse de mis ataques y yo veo que a cada golpe que le doy la rama empieza a florecer. Me entra un gran cargo de conciencia. Como en un chispazo mi mente comprende entonces la escena: este hombre está muerto allá lejos, hace muchos años. Me ha tenido rencor por mi relación con su amante, pero ahora viene acá para reconciliarse conmigo. Es su alma en pena que quiere tener de nuevo paz en este escenario subterráneo, y es por eso que florece la vara de ciruelo. Conturbado, pienso en aquellos años y en las locuras que cometí por efecto del deseo. Arturo no podía encontrar paz quizás hasta que yo me reconciliara con su alma.”

Me sentí despertar sobre la mesa. Una serie de rostros me escudriñaban como preguntándome algo. Miré mi mano, no tenía la copa bebida hacía un instante y entre mis dedos vi parpadear una ramita de flor de ciruelo.

Sonreí a mi compañera, Helena Ferucchi que me miraba sorprendida. Le pasé la ramita en flor y le dije, “en recuerdo de un amor imposible, cuando las mujeres lo atormentan a uno.”

Vi que mis parientes y amigos habían recobrado su antigua felicidad y les propuse un brindis. Tengo viejas deudas con el Maestro, les conté, quien me encargó trabajos que supuse mayores que mis fuerzas. Él ha tenido la gentileza de acompañarme a Río Loa y pido que brindemos por él y sus acompañantes. Elevamos de nuevo nuestras copas y parecía que un delicioso licor bullía como una niebla sobre nosotros. El Maestro también sorbió de su copa y por una vez vi en sus ojos melancólicos un resplandor de alegría.

Como en otras oportunidades, le vi deslizar entre sus largos dedos unos naipes gastados, ornados con intrincados grabados. Por curiosidad le pregunté, ¿Es un juego de Tarot distinto? Él sonreía: Ludwig, me dijo, este es el original. Con

él vi el destino de antiguos profetas y el destino se repetirá sobre estas viejas cartas hasta el final de los tiempos. Me extendió algunos naipes y vi que las escenas representadas cambiaban como rostros sobre un espejo. Tenerlas entre los dedos era jugar con carbones encendidos. Miré una de las cartas y como viera mi propio rostro, se la devolví al Maestro.

Mi padre al otro lado de la mesa propuso que diéramos un paseo a la luz de la Luna, cada uno escogiendo su pareja. Todos aceptamos y así salimos. En el jardín la noche era cálida y sólo una leve brisa nos recordaba el viento del desierto.

Me correspondía, según las buenas maneras, acompañar a Helena Ferucchi en esta excursión. Yo entonces propuse que ella eligiera si visitar una construcción invisible que he descubierto en sueños en el desierto, donde fui atrapado por una diablesa, o explorar en otra dirección. Recordaba que a algunos kilómetros existía una casa rodeada de árboles y cercada con planchas de metal. Es lo único que queda de una antigua oficina salitrera que tenía el nombre “Chela”. Se ha desmantelado toda construcción y si los árboles sobreviven es que por ahí hay un pozo o “pique” del que se extraía el agua. Le conté a Helena que alguna vez oí correr el río subterráneo a ochenta metros bajo el desierto. El lugar está abandonado y quizás pudiéramos encontrarlo, ya que la claridad de la noche permite ver cada detalle del desierto. Ella optó por esta segunda proposición y cruzando los dedos llamó a uno de los antiguos automóviles verdes para que viajáramos más cómodos.

Tomé el armadillo que me regalaran y lo deposité en un bolsillo de mi chaqueta; él me dijo: No tienes que preocuparte de mí, yo siempre veré manera de encontrarme a tu lado. Subimos al inmenso automóvil y por primera vez reparé que no tenía chofer, o que éste era invisible, ya que andaba según uno le indicara, al lugar donde deseaba ir. A los pocos minutos atravesamos una parte del desierto donde aún quedaba el cartel “Oficina Chela”. A lo lejos se divisaba

una masa oscura que tenía que ser la casa con árboles que encontré una vez antaño. Bajamos del carro y vimos que todo el lugar estaba rodeado de un muro de calaminas y que quizás no podríamos llegar hasta el pozo. Helena se rió, me cogió del brazo y con uno de los anillos que adornaban su mano hizo una línea sobre el metal, que al instante se abrió como si hubiera sido una puerta. Cruzamos al otro lado y la pared volvió a cerrarse. El interior era en verdad un pequeño parque de árboles centenarios rodeados de flores y arbustos exóticos. Había una pequeña casa en sombras al otro lado del lugar y hacia ella encaminamos nuestros pasos. El jardinero que vivía en este lugar hace muchos años se llamaba Armando Flores, le conté a mi compañera. Ella asintió. Lo haremos volver, dijo, en tanto que con una de sus sortijas golpeó la puerta. Pasó un rato y luego vimos encenderse una luz en el interior y que alguien se acercaba a la puerta, aunque sentía un terrible temor de abrir a extraños.

¡Soy Helena Ferrucchi! ¡Abre!, le gritó mi compañera. Al instante sentimos crujir las viejas maderas y empezó a abrirse la puerta. Era el mismo Armando Flores, pero como si anduviera sonámbulo. Yo le pregunté a Helena qué le sucedía y ella rió. ¿No recuerdas la lujuria con que solía quemar sus fantasías? Allí, descoloridas están sus ilusiones. Me mostraba amarillentas páginas de revistas que el tiempo hacía casi invisibles. Desde ellas miraban mujeres desnudas y provocativas. Ahora le toca guardar este pozo; poco es lo que sabe, fuera de esa vana ilusión de que las mujeres somos de carne y hueso, me dijo. ¡Míralo!, por eso anda sonámbulo. Era verdad, aunque la presencia de Helena Ferrucchi parecía tenerle preocupado hasta el horror.

Mientras revisábamos la casa vacía y cubierta de escombros, mi amiga ubicó una lámpara que relucía como un enorme ópalo hirviente. Aquí está lo que necesitamos, me dijo, vamos hasta el pozo. Hizo un gesto al jardinero y éste pareció deshacerse en un montón de polvo. Se oía el ruido

del agua corriendo por misteriosos túneles subterráneos. Cruzamos una barrera de tablas carcomidas y vimos que por la orilla del pozo descendía una escalera labrada en la piedra, pero los escalones eran tan estrechos que sentí vértigo. Cógete de las cuerdas de mi cintura, me indicó Helena, así no tendrás las inseguridades del que desciende al mundo de abajo. Efectivamente, coger el terciopelo de su traje me permitió ver con tranquilidad las escarpadas paredes por las que bajábamos y que a la luz del ópalo tenían tonalidades distintas, brillando como verdaderas joyas húmedas por el agua que escuchábamos cercana.

Cuando por fin llegamos a lo que yo creía un río, vi con sorpresa un embalse, parte de un inmenso túnel cuyas paredes apenas alcanzábamos a percibir a lo lejos. Había distintas construcciones con turbinas, rieles y aceras para caminar al borde del torrente, pero no veíamos persona alguna, sólo una u otra sombra que de cuando en cuando se deslizaba desde un túnel al otro. Yo no lograba salir de mi asombro, cosa que parecía divertir a mi compañera.

¿Sabes?, me dijo. Uno de estos túneles se conecta con una hendidura del terreno que tú conoces, Ojo de Opache.

Yo asentí, porque veía sucederse una maravilla sobre otra. Vamos hacia allá, me propuso Helena, hace también muchos años que no visito este lugar, quizás encontremos algunas cosas cambiadas.

Nos encaminamos por uno de los túneles. La luz flotaba delante de nosotros y podíamos ver a nuestro alrededor que los muros lucían inscripciones y figuras pintadas quizás por los antiguos habitantes del lugar. Me detuve a observar curiosas inscripciones pasando las yemas de mis dedos sobre ellas. Sentí entonces que el armadillo traducía la inscripción que decía: “¿Dónde está la casa de la luz, si se oculta el que da la vida?”. Yo lo miraba sorprendido. ¡Pero si eso es parte de un texto precolombino de México!, le interrumpí. El

animalito parecía reírse de mi ignorancia: Es una oración, una súplica que llevaron con ellos las tribus nómades, me dijo. La mansión de la luz a la que hacen referencia es la casa de amor que todos buscamos.

Helena se había adelantado algunos pasos y corriendo le dimos alcance. Estamos cerca, me dijo, es cosa de subir esta escalera de piedras verdes y estaremos en Ojo de Opache. Yo recordaba que cuando mi padre visitó el lugar hace noventa años, vio a una pareja desnuda como únicos habitantes del lugar. Así suele tratar a sus siervos la lujuria, dijo entonces nuestra guía, leyendo mis pensamientos. Esta hendidura del desierto es más cálida y es natural que quien la visite sienta exacerbados sus instintos. Volvió su rostro hacia mí, y vi que en sus ojos relucían carbones encendidos. Tienes un contrato con el Maestro, me dijo, como recordando para sí misma, de otra manera el amor te haría gastar tus huesos hasta convertirlos en polvo. Corrió una gran lámina de piedra y pudimos ver que frente a nosotros estaba Ojo de Opache, iluminado por la luz cálida de la Luna. La planta generadora de electricidad, dos o tres casas y una vegetación lujuriente por lo cálido del ambiente.

Recorrimos el lugar como dando vueltas alrededor de un misterioso manantial. Sobre un bloque pulido por el viento y los soles Helena se tendió, quizás cansada. Yo me senté cerca mirando y remirando este paisaje que se grababa en mi mente.

¡Ludwig!, llamó ella entonces. Tengo que contarte una historia que me duele, pero como no quiero que este dolor pueda también aquejarte a ti, te pido te tiendas sobre mí y devores mi lengua.

Un extraño temblor, un deseo irrefrenable parecía surgir desde dentro de mi pecho. Sentí su tibio cuerpo bajo el mío y sus labios como un abismo en el que me veía caer. Tenía una lengua delicada y suave, y como yo temía morderla, el

armadillo me musitó al oído: Muerde y traga la más tibia serpiente del placer, cuando ella esté dentro de ti podrá contarte en sueños las desdichas de un amor que la arrastran como un fantasma en duelo a través de países y estaciones. Mordí la lengua entonces que me pareció larguísima, llena de dulzor y gustos distintos. Helena tenía los ojos cerrados y cuando terminé de tragar esa lengua suave como un río, abrió sus ojos y me dijo: Estoy en ti como un torrente de aguas, si no te he mirado en mi amor, es para que no sintieras pavor por los carbones que arden en mis ojos. Yo apenas si escuchaba, besaba su rostro frío por la brisa que empezaba a levantarse. Esta es la confesión por la lengua, me dijo mi amiga, como invadida por cierta melancolía. Nos abrazamos en silencio, y ella, haciendo un gesto llamó a uno de los carros que nos habían llevado al pozo perdido en medio del desierto. Nos subimos con un dejo de extrañeza a los altos asientos. Helena rió entonces, y me dijo: No te apenes por mí, yo estaré en tu interior cada vez que tú quieras morderte la lengua.

Lentamente volvimos al poblado, abrazados uno al otro como si con misteriosas cuerdas nos hubieran atado. Nos costó separarnos, charlar con las otras parejas que volvían del paseo nocturno, sonreír, escuchar las bromas que suelen jugarse en tales oportunidades.

Ya era bastante pasada la medianoche cuando Papá decidió que era tiempo de acompañar a nuestros huéspedes a sus casas. Como en la noche anterior, cantábamos y relatábamos historias, entreteniéndonos con los comentarios. Dejamos a Helena y a Asmodeo en la casa de huéspedes y Papá acompañó al Maestro hasta el hogar de la familia Sarabia.

Al volver, mis hermanas charlaban con José Kruger y Gustavo Schutt. Carlos y yo las seguíamos intercambiando opiniones una cuadra más lejos. Mi hermano, que es de sí jovial y amable, apenas si había hablado en el camino. Tomado de mi brazo, con voz emocionada me relató los recuerdos de la noche anterior que lo habían tocado interiormente.

No sé qué pensar de todo esto, me contó a modo de introducción.

Ayer noche me encontraba al parecer en un círculo en el que se reunían distintas personalidades, y al que se ingresaba no se sabe muy bien cómo. El lugar físico en el que estábamos corresponde a un inmenso patio interior, sin árboles. Además tengo la impresión en este semisueño que es invierno y que todo está cubierto de nieve. En el centro del patio, rodeado de grandes piedras, se ve una montaña de arena que mirada más atentamente resulta ser de sal.

Hay ocho o diez personas en el círculo. A veces los que llegan son acogidos, “iniciados”, a veces no, ya que el ritual es tan complicado que nadie logra enterarse de las finalidades últimas. En ese mismo momento ha llegado un extranjero y las personas presentes se retiran hacia el interior del edificio. Se piensa, creo, que ha de cometer algún error y casi temo que se arroje al lago de sal como al interior de una piscina. Pero no sucede esto y junto con otras dos personas nos retiramos con el extranjero a una habitación al interior del edificio. Entonces se le hacen muchas preguntas, algunas de ellas bastante insólitas. Veo que el interrogado es uno de los de la casa. “Si el destino de alguien depende de esto, dice, no tiene sentido vivir así”.

Vuelca hacia atrás una especie de capuchón y nos muestra su cabeza surcada por muchos mechones de pelo. Entonces me doy cuenta que el lugar donde estamos es un “lamasterio”, y de alguna forma, las acciones tienen una repercusión mágica que cambia el universo. Al parecer, luego de su interrogatorio, el extranjero es aceptado.

Viene entonces una mujer con un niño pequeño. El chico, de cinco o seis años, ha sido aceptado ya anteriormente y juega en el jardín de sal. Ha sido llamado para entretener y ser compañía del Dalai Lama, que también es un niño de su edad. Miro al pequeño y luego al monje, asociándolos en mi interior con tu hijo Javier. Veo que me toca entrevistar a la madre del pequeño. Será posible hablar con ella, me dicen, ya que habla francés. Cuando me dispongo a iniciar la charla de preguntas y respuestas con la mujer, diviso bajo un frondoso árbol a Papá que luce

una sonrisa bondadosa como siempre y que lleva un inmenso sombrero de paja para cubrirse del sol. Me acerco a él y le saludo, tratando de ponerle al tanto de que este lugar corresponde a un convento, mágico, peligroso.

Él me mira imperturbable, pero haciendo caso omiso de lo que digo, se dirige directamente al Prior. ¿Cuándo ha temido a algo?, me digo. Lo veo luego en el interior de una de las habitaciones del vasto edificio tendido en una cama, y a sus pies un importante consultor, monje de la más alta jerarquía. Se habla de contactos y advierto que se piensa en Lieberman, del Museo de Arte Moderno, y de una gentil mujer que vi y traté hace muchos años. El consultante, con sus pies apenas tocando el suelo se inclina sobre el lecho y uniendo sus labios con los de mi padre, dice: “Una sola cabeza, una sola lengua”. Logra así levantar el cuerpo de mi padre que estaba rígido y ponerlo en posición vertical. Luego rien juntos, Papá y el consultor, y éste le dice: Tus hijos no se dan cuenta de que esto se puede hacer. Ríen y chanean, lo que me vuelve a la calma y me hace sentirme feliz.

Mi hermano parecía aliviado luego de contarme sus vivencias oníricas de la noche pasada. Al abrazarnos yo le dije al oído: Nos toca vivir algunas experiencias más misteriosas de lo que imaginamos. Él asintió, habíamos llegado al balcón de la casa y las flores exhalaban un perfume que invitaba a soñar. Mañana veremos qué nos trae todo esto, le dije, quizás el sueño es sólo una existencia paralela de la que apenas si alcanzamos a ver los primeros perfiles.

Me costó decidirme a dormir, las emociones vividas y el largo paseo subterráneo persistían en mí. Ni el frío de la noche, ya sin Luna, logró hacerme olvidar lo que había vivido a lo largo de esas últimas horas. Me acomodé entre esas mantas de vicuña que no sentía desde la infancia y me sumergí en el interior de mí mismo.



DOS NAIPES Y UN MILAGRO

Desperté al canto del gallo, poco antes del amanecer. Me sentía extrañamente descansado, poseedor de una energía que no tengo hace muchos años. El agua fría de una palangana terminó de alejarme de esa sensación de molicie, y como sentí toser en el balcón, me asomé para encontrarme con Gustavo que, sentado frente a una hamaca vacía miraba con ojos de preocupación acercarse el alba.

Riendo me acerqué a saludarlo. ¿No quieres un café bien negro?, le pregunté. Él asintió, y cuando minutos después le traje el brebaje humeante me lo agradeció y dijo: Quizás este trago me permita olvidar los malos sueños que he tenido.

¿Por qué?, le dije yo, mejor me los cuentas y te alivias del peso de sus alas. Lo veía triste y cansado, como si hubiese estado desvelado toda la noche. Gustavo Schutt era un viejo amigo de mis padres. Su familia era originaria de Hannover y en más de una oportunidad yo había visto fotografías de su madre y hermanas frente a la antigua casa solariega. Él había estudiado medicina, según el deseo de sus mayores, y había abandonado, al parecer, una carrera brillante siguiendo a una cantante de cabaret que luego de un par de semanas lo había dejado plantado. Como por esos días estaba en Kiel le fue fácil obtener un puesto de enfermero en uno de los tantos barcos surtos en la bahía, y embarcarse con la intención de correr un poco de mundo. Efectivamente había navegado durante algunos meses y fue por azar que llegó a desembarcar en Antofagasta, el puerto de exportación de metales y salitre en Chile.

¿Cómo se encontraron con Papá?, ninguno de ellos se lograba recordar, pero no nos era difícil suponer que era en alguna de esas fiestas en que el destino reúne a los seres más distintos, recurriendo al licor y al deseo siempre presente de los encantos femeninos.

Gustavo vivía o quizás se había casado en aquel puerto con una mujer mulata y sensual de nombre Sara. De alguna forma se daba en ellos el refrán de que los opuestos se atraen. La mujer, de poco más de treinta años, era una tentación constante para cuanto varón pasaba por el lugar, su carácter fuerte y lascivo parecía coincidir con su belleza bárbara heredada de una abuela africana. Se llevaba bien con Gustavo que era tolerante y ciego para los defectos y debilidades de su mujer. La acompañaba además su anciana madre que desde hacía años amenazaba a cuanta persona veía con la certeza de que se iba a morir, poco menos que al instante. Pero todo esto no parecía afligir a Gustavo que quizás se había acostumbrado a soportar el carácter de las dos mujeres. Todo lo contrario, cualquier día del año que lo viéramos pasar por nuestra casa andaba vestido con un impecable traje blanco, su hermoso rostro adornado de unos bigotes rubios como su pelo y la infaltable mandolina que llevaba bajo su brazo.

Ahora en cambio, parecía víctima de una terrible preocupación y aún después de beber dos tazones de café no logré sacarle palabra alguna sobre lo sucedido en la noche pasada. Vi su mandolín apoyado en un rincón y decidí seguir camino hacia la pulpería del pueblo. Fue entonces que le oí murmurar algunas palabras: No te vayas, tengo que contarte algo muy extraño e importante. Acerqué mi silla a la hamaca y me propuse escuchar lo que tanto le preocupaba.

Anoche, me dijo, mientras paseábamos a la luz de la Luna tu distinguido amigo se reunió con nosotros y por efecto de la curiosidad le pregunté por los naipes que veía girar entre sus dedos; él generosamente me prestó dos cartas que, según dijo, podían aclarar mi curiosidad. No sé si tú las has visto, son de pergamino grueso y hay impresas en ellas viejos grabados coloreados, o así lo creí en el primer instante. Charlábamos con tu madre y guardé los dos naipes en el bolsillo. A la luz fulgurante de la Luna el paseo resultó encantador y haciendo recuerdos y contándonos aventuras los cuatro o cinco que

componíamos el grupo tuvimos una velada entretenidísima. Junto con tus hermanas, Carlos y tú mismo, encaminamos luego a las visitas hasta la casa de huéspedes y de vuelta, tu padre me invitó a dormir en vuestra casa, aquí en la hamaca, como lo hiciera en otras oportunidades.

Cuando todo parecía en sombras me dormí, o así lo creía, ya que guiado por quizás qué oculto impulso decidí ver y examinar los viejos naipes. Aunque todo estaba a oscuras éstos brillaban como si fueran fosforescentes. Uno de ellos me pareció más familiar, el grabado en color se animaba y resultaba ser la casa donde viví con mis abuelos en la infancia. De improviso veía unos grajos revoloteando en el granero y una de mis hermanas llorando me contaba la amargura de mi madre moribunda que me echaba de menos ya que era yo precisamente uno de sus hijos preferidos. La veía luego anciana vestida en su impecable traje negro, que abriendo sus ojos me miraba profundamente como en un nudo de melancolía. No me regañaba por mi conducta ya que quizás eso me habría aliviado, sino que con un rictus en los labios me decía que una de las brujas con las que yo vivía me abandonaría para siempre. La vi alzar su mano, según la costumbre, cuando se ha dado por terminada una conversación y el culpable puede retirarse.

Temo querido amigo, que esta aparición de mi madre difunta me anuncia una desgracia, y bien sabes que pese a todos sus defectos, yo estoy anclado en este pueblo por mi amor, mi pasión por Sara. Temo por ella, sé que si mi madre pudiera ya la habría hecho desaparecer de mis brazos.

Yo no sabía bien qué decirle a modo de consuelo. Le pregunté si había hablado con Sara y me confesó que el temor lo había tenido alejado de su propia casa, tan avasalladora puede llegar a ser la pasión en algunos seres. ¡Pero si es una carta de naipes!, le dije sin mucha convicción. Además, puedes consultar su significado al Maestro que la maneja hace muchos años. Si quieres yo mismo le hablaré.

La preocupación no desapareció del rostro de nuestro amigo, más pálido ahora con los primeros rayos del sol. Es que la otra carta que me prestó tu amigo —un hechicero, me supongo— era tanto peor. Vi en ella un paisaje antiguo y desolado, pero concentrándose más era esta misma factoría de dinamita en la noche. Se podía ver cada edificio construido por tu padre, las altas torres de plomo, los edificios reforzados y cubiertos de arena, los carros suaves y silenciosos en que transportan los explosivos. De pronto, como en una velada de fuegos artificiales veía estallar un edificio tras otro, iluminando cada detalle del lugar, hasta las murallas mismas. Era un desastre, una desgracia para todos nosotros. Los mismos grajos que había visto revolotear en la carta anterior descendían de lo alto y me mostraban una serie de rostros que correspondían a futuros difuntos. Alcancé a divisar entre ellos a Gaona, a Villavicencio; los otros me resultaban extraños, pero cada uno llevaba como distintivo una mancha roja sobre su frente. Como en el caso anterior, creo que una desgracia puede descender sobre todos nosotros. Te confieso que tengo miedo, y hablar de esto mismo me produce temblor.

Yo lo abracé con cariño, diciéndole que no se preocupara más de la cuenta, que tendríamos cuidado. En lo inmediato era necesario que tomáramos desayuno y luego podría descansar. Yo le devolvería los naipes al Maestro y le pediría que me explicara la visión de los mismos. Gustavo Schutt parecía aliviado. Mi madre desde el interior nos llamaba al desayuno.

La alegría que parecer ser parte de la juventud era evidente en el desayuno compartido con mis hermanos. Todos querían hablar simultáneamente, riendo y haciéndose bromas cariñosas. Mamá reía viéndonos y Gustavo, que tan acongojado había estado hacía unas horas, parecía un poco más sereno.

Mi hermana Ida afirmaba con pasión que el amor hace milagros. Creía fuertemente que desde el abismo sin fondo de los sentimientos pueden brotar las flores más extrañas. Creyendo lo mismo, pero para llevar la contraria, nosotros sacábamos a relucir los más disparatados argumentos. Gozábamos del hecho mismo de discutir, aunque cada cual sabía en lo profundo que nuestros sentimientos eran idénticos.

No habíamos terminado aún de gustar un pastel con pasas que cocinaba nuestra madre cuando golpearon la puerta y apareció azorado, como fuera de sí, el doctor Sarabia. Señora Rosa, le dijo a Mamá, por favor, es necesario que usted me acompañe. Inés se siente indispuesta y creo que su ayuda será de absoluta necesidad. Nosotros que presenciábamos y oíamos la conversación nos ofrecimos también a socorrerle, pero él se excusó alegando que sólo una persona de experiencia podía auxiliarlo en este caso. Mi madre se dispuso a acompañarlo de inmediato y nosotros quedamos un poco resentidos por el hecho que no se nos considerara personas adultas y de respeto. Nos resarcimos de esto burlándonos en nuestro interior de la premura que mostraba el galeno, como si fuera algo de vida o muerte.

Él pareció no percatarse de nuestras burlas, y llevando del brazo a Mamá, le vimos cruzar la calle poco menos que corriendo.

Ha de haber encontrado un tesoro, susurró Kuni a mi lado. Quizás está atónito y no quiere invitarnos porque no quiere compartir las maravillosas joyas con gente tan joven.

Vimos que Papá pasaba en una camioneta de la fábrica y al divisar a Gustavo ofreció llevarlo a su casa. Éste aceptó y lo vimos desaparecer tras una nube de polvo.

La siguiente ola fue de risas, recordando tropelías menores que todos conocíamos, ya que Río Loa era un pueblo pequeño. La noche anterior Sixto Lora, uno de los

empleados de la planta, había charlado con Juan Siglic y le había asegurado que, al día siguiente, por la noche, ofrecería una pequeña fiesta ya que Eloisa Ossorio, a quien él cortejara durante tantos años, había al fin accedido a sus ruegos. Estaba feliz, aunque el plazo impuesto por la novia prometida le parecía cortísimo. Pero como tenía que todo esto se debiera sólo a la alegría desusada de los últimos días, había pensado que lo mejor era no poner inconvenientes, sino aprovechar el buen viento que inclinaba el corazón de la bella Eloisa hacia sus deseos. Juan Siglic prometió en todo caso surtirlo de vituallas para la fiesta. Modesta, le recomendó, ya que la premura hará que nadie en el pueblo pueda hacerte los regalos que el amor, cualquiera sea, merece.

Ida, Katty y Kuni escucharon estas noticias como la confirmación de lo que discutíamos un par de horas antes. El amor todopoderoso podía romper cualquier barrera. Carlos y yo mismo estábamos más escépticos, habríamos querido preguntar a Papá a qué se debía esta boda tan apresurada y de la que nada sabíamos. Él lucía una debilidad por Eloisa, y aunque era discreto, quizás pudiera darnos algunas luces cuando volviera a casa.

Ida en cambio, enamorada del amor, nos recordaba que la bella Virginia, de quien nadie sabía debilidad alguna, se fue el día menos pensado de la casa de sus padres con el príncipe soñado que, como no poseyera caballo, la había raptado en una simple bicicleta. Todos sabíamos que el asunto era cierto, pero de lo que no estábamos seguros era de que nos invitaran o no a esta otra boda que se llevaría a cabo veinticuatro horas más tarde. ¿Se casarían por el civil? ¿Vendría un cura desde Calama? ¿Recurrirían al famoso Padre del Valle en Chuquicamata?

Todos nos reíamos al imaginar los posibles eventos, sobre todo si venía al lugar el famoso cura de Chuquicamata. Todo el pueblo sabía que éste, a pesar de sus votos de castidad, vivía en la casa de Marina Valdenegro y que los dos hijos

que ella tenía no habían nacido a efectos de devoción, sino hijos del sacerdote. La belleza y juventud de Marina habían quizás seducido al pobre cura, pero no había mujer en todos los poblados y oasis a cien kilómetros a la redonda que no la mirara con sospechas, achacando su encanto al ejercicio de la brujería, lo que la hacía tanto más seductora y lejana.

Entretanto vimos correr hacia la casa de los Sarabia al sastre Modesto Sotomayor y a su ayudante. ¿Para qué los habían llamado? ¿No éramos nosotros mismos más adultos y confiables que ese ayudante, siempre encadenado a una máquina de coser?

Será mejor que vayamos a pasear a la orilla del río, les propuse a mis hermanos. Toda la población parece tan atareada en sus quehaceres, que bien podríamos nosotros divertirnos bañándonos en los remansos donde el agua está tibia y el aire resulta fresco. Nos encaminamos hacia las vegas que alrededor de la corriente se veían de un verde radiante; quizás pudiéramos ir un poco más lejos, hasta alcanzar los farellones de tumbas que semejante a colmenas existen a lo largo del río. Todos estábamos alegres y dispuestos para esta excursión.

Caminábamos riéndonos tarareando viejas melodías. Cuando atravesamos un viejo murallón de adobes vimos que el lugar estaba rigurosamente limpio y que se habían clavado cuatro estacas en un cuadrado de aproximadamente dos por dos metros. Con seguridad, me dijo Carlos, esta noche caerá en trance Sofía, la médium, y vendrán todos los lugareños para consultar asuntos con sus difuntos. Sabíamos que era así. Dentro del cuadrado señalado por los cuatro palos pintados de rojo se había trazado un círculo más pequeño y todos entendimos lo que esto significaba. Era una ceremonia que habíamos visto en otras oportunidades, y aunque el recuerdo de los difuntos nos ensombrecía un poco, seguimos adelante con nuestro paseo, acaso en un intento de olvidar.

Después de dos kilómetros el río se va encajonando entre altos roqueríos y las piedras del fondo, pulidas por el torrente forman piscinas naturales, donde el agua resulta transparente. Allí nos sumergimos esperando un tiempo fuera del tiempo cuando soñar y vivir son sinónimos.

Después de un rato, Carlos salió del agua y se dispuso a trepar por uno de los bordes. Todos sabíamos que era peligroso, pero hay también en ello una especie de tentación. Había llegado a una de las aberturas hechas en la roca y poco después nos llamó mostrándonos unos trofeos. Sabíamos que estaba en un gentilar, un cementerio de los antiguos, y no nos queríamos mover de esta placidez del agua. Mi hermano se resignó a nuestra inercia y bajó cargando en su bolso un par de restos que nos había mostrado desde lejos: una calavera absolutamente descarnada y una pequeña figura hecha en cerámica negra, mitad animal, mitad ser humano. Me lo pasó a mí por el interés que demostré por el objeto. ¡Sopla!, me dijo, es un demonio-lamento. Así lo hice y un largo gemido parecía resonar en las bóvedas de piedra a lo largo del río.

Nuestras hermanas estaban disgustadas. ¿Para qué ese lamento?, reclamaban. Además, Papá ha advertido a todos los pobladores que no se podía estar escarbando así en las tumbas. Todos los sabíamos, pero de alguna forma había llegado la hora del mediodía y era necesario retornar a casa. Carlos y yo mismo no nos resignamos a deshacernos de nuestros tesoros. Mi hermano me dijo al oído: Podemos consultar esta noche al difunto teniendo su cabeza en frente de la médium. Me entusiasmaba el hacerlo, al mismo tiempo que me daba temor.

Lentamente, con desgano retornamos a casa. Hacía calor y nos sería agradable estar sentados allí en el balcón en tanto que empezaban a aparecer los espejismos. Apuramos el paso y ya estábamos en casa, esa casa que cada uno de nosotros recuerda vívidamente.

Kuni, mi hermana muy querida, se cogió a mi brazo y me susurró al oído: ¿Aún temes a la noche, aún sollozas cuando el viento corre por los balcones, y es imposible oírlo? Yo escuchaba las palabras que sonaron conocidas como el texto de una vieja canción.

Cuando llegamos al balcón cubierto de pétalos de espuela de galán, mi madre salió a recibirnos. Se notaba inquieta, como si algo la preocupara. Tengo que hablarles a todos ustedes, nos dijo. Han sucedido algunas cosas que no me puedo explicar. Acompañé al doctor Sarabia que decía que Inés estaba indispuesta. La había visto la noche recién pasada y pensé que algún alimento le hubiera caído mal. Poco o nada pudo informarme el doctor.

Cuando llegamos al dormitorio la vi en cama, rodeada de cojines, y tomando mi mano como queriendo comunicarme un secreto, me dijo: Señora Rosa, estoy segura, estoy a punto de parir. Apartó los cojines y colchas que la cubrían y vi que en verdad su vientre estaba a tal punto abultado que no podía imaginarme cómo había sucedido aquello en tan corto tiempo, ya que el día que llegó Ludwig ella parecía perfectamente normal. El doctor estaba tan azorado que resultaba un inútil. Les pedí que prepararan un par de grandes tientos con agua caliente para bañar a la criatura y llamar al sastre para disponer de las ropas más necesarias en estos casos. Yo misma los he parido a todos ustedes y entiendo los problemas que hay que enfrentar. Inés estaba tranquila y parecía no tener dolores ni contracciones, aunque a ojos vistas su vientre aumentaba de tamaño hasta hacerme temer que pudiera estallar.

Es un milagro, señora Rosa, me dijo la parturienta, lo susurró el ángel que estuvo conmigo hace dos noches: “Antes de tres días parirás a mis hijos”. Vi que miraba el cuadro en la pared que parecía vivir y moverse en su propio mundo, en tanto nos sonreía un poco burlón.

Llegó el momento en que el vientre de Inés se había abultado a tal punto que su sexo más bien parecía una pequeña puerta rodeada de vellos. De pronto vi que ésta empezaba a abrirse y como saliendo desde una profundidad insondable empezó a emerger una cabeza de niño de cinco o seis años y luego rápidamente se deslizó afuera con su pelo rojizo, perfectamente vestido, con un traje negro de terciopelo con bordes rojos. Parecía tirar con sus pequeñas manos de una cuerda y mientras lo hacía se volvió a nosotros y en un lenguaje perfectamente adulto, como si lo supiera desde siempre, nos saludó cortésmente diciéndonos: Amables señoras, no tengáis preocupación por todo esto, ya que a todos al fin nos toca nacer de mujer. Esperen un poco que tirando de esta cuerda sacaré a mis hermanas. Aún cuando no podíamos reponernos de tamaña sorpresa vimos salir del sexo-puerta de Inés a otras dos criaturas de más o menos la misma edad. Eran unas bellas niñas vestidas en colores violeta cuyas miradas eran directas y hasta provocativas. Cuando estaban los tres al borde de la cama y perfectamente arreglados sus trajes, como despertando de un sueño, nos saludaron riendo y dijeron a Inés: Eres nuestra madre, y para que se cumpla el rito, haz que la señora Rosa estruje tus pechos y llene algunos tientos con tu leche. Si mamamos directamente de ti te comeríamos los pezones. Mi madre, aunque asustada, procedió a masajear los senos de la parturienta, de la que brotaron sendos chorros de leche, que se pusieron en un par de jarras. ¡Qué repugnante es someterse a esta animalidad de los humanos!, exclamó entre dientes el muchacho. Volviéndose hacia nosotras dijo: Amables señoras, sabed que no tenéis que preocuparos por nosotros, que estaremos a vuestro servicio si así lo deseáis. Permitidme presentarme. Mi nombre es Gaspar, y por eso suelen confundirme a veces con el mago caldeo. Mis hermanas se llaman Judit y Salomé, pueden valerse por sí mismas y luego de tomar de estos jarros de leche, ninguno de nosotros continuará creciendo. En verdad, más que niños resultaban adultos de pequeña estatura, irónicos y con un conocimiento muy superior a

niños de su edad. Las muchachas también eran pequeñas mujeres, provocativas, crueles y lascivas.

En medio del asombro, decía exaltada mi madre: En ese corto rato, insólito como una eternidad, los recién nacidos parecían haber crecido uno o dos años más que cuando aparecieron. Andaban y circulaban por las habitaciones como si durante años hubieran vivido en el lugar. El que se llamaba Gaspar se volvió entonces al lecho donde estaba Inés y le dijo: Gracias por el abrigo de estas dos noches. Como quisiéramos agradecerte, entre los tres empujaremos tu vientre hacia adentro. Se acercaron los tres y empujaron el vientre flácido. ¡Ya está!, y para que nadie dude de tu virtud, déjame pasar mis labios por tu sexo, con lo que serás virgen para siempre. Tomaron luego la leche con cierto asco, como si les significara una medicina.

Acabado que hubo de hablar, nos saludó sonriente, y junto con sus hermanas hicieron una venia al personaje del cuadro y salieron a corretear por el pueblo como cualquier niño de su edad.



MARIONETAS EN VIVO

Lo que nos contó Mamá, más que inquietarnos nos despertó curiosidad, ya que esa señora Sarabia, tan piadosa, pariendo una especie de niños adultos no parecía cosa de todos los días. Comimos la carne frita de un inmenso pez espada, una albacora que esa misma mañana habíamos divisado sobre un camión que venía desde la costa. Mamá solía preparar este plato en forma exquisita. La charla era tan viva y entretenida como siempre, pero todos esperábamos que amainara el calor que suele “apunar” a los extraños y hacer ver espejismos que siempre se alejan, cuando queremos acercarnos a ellos.

Cuando empezó a correr la primera brisa que precede al viento, todos coincidimos en el deseo de recorrer el pueblo y tratar de ver a los pequeños niños, Gaspar y sus hermanas, y tener así una impresión personal de todo cuanto nos había contado nuestra madre. Nos armamos de sendos sombreros de paja, bien sujetos, y salimos hacia la plaza del lugar. La curiosidad nos hacía mirar en una y otra dirección, pero nada anormal se presentaba en el lugar, y decidimos sentarnos en uno de los bancos de la pequeña plaza e intercambiar impresiones. Nuestras hermanas pensaban que lo mejor era ir a ver a Inés Sarabia, quizás tuviera alguna noticia que pudiera haberle pasado desapercibida a Mamá. Carlos y yo mismo decidimos que lo mejor era esperar un poco, ya veríamos como se desarrollaban los eventos. En último término, dijo mi hermano, se lo preguntaremos a Sofía, la médium, esta noche.

Cuando hizo mención de esto yo recordé la calavera que había arrastrado en su bolso durante la mañana. ¿Dónde la dejaste?, le pregunté. Él sonriendo me contestó que en el lugar menos pensado, al fondo del horno: Rara vez se usa y sólo quiero tenerla escondida hasta que llegue la noche, agregó.

Entretenidos en nuestra conversación no nos percatamos de inmediato que se escuchaban gritos y lamentos que venían del otro lado de la escuela, junto al patio donde solíamos jugar de niños. Intrigados por lo que pudiera ser, ya que la escuela estaba cerrada por vacaciones, caminamos hacia el otro lado del edificio que estaba más protegido del viento y desde el cual parecían provenir los ruidos. ¿Algún animal estaba herido en las rejas? ¿Alguien padecía alguna desgracia?

Mientras nos acercábamos vimos que la puerta que daba al patio estaba abierta y una niña elegantemente vestida entraba y salía del lugar. Nos acercamos para preguntarle qué sucedía y ella ceremoniosamente nos saludó como una consumada actriz, diciéndonos: Estamos preparando una pequeña representación para Ludwig que nos la encargó el Maestro Leonardo. Tomad asiento aquí bajo los árboles, que en cosa de minutos estará listo el escenario.

Olvidaba presentarme, agregó, me llamo Judit. Pronto os traeré refrescos y me reuniré con vosotros. Nosotros estábamos atónitos y no habíamos siquiera atinado a presentarnos. La niña era en verdad una diminuta mujer, muy atractiva, vestida con un lujo jamás visto en el pueblo. Además, cada uno de sus gestos resultaba tan provocativo que era difícil olvidarla.

Había desaparecido en el interior de una de las salas y pronto escuchamos un ruido como de música de circo y la vimos volver acompañada de sus dos hermanos, Salomé y Gaspar, que con gestos cortesanos se presentaron y anunciaron una pequeña función de marionetas cuyo título era “¿Por qué los pecadores no soportan la verdad?”.

Los pequeños actores, así lo suponíamos, nos resultaron de un atractivo encantador. El traje de terciopelo negro con ribetes rojizos daba a Gaspar la apariencia de un director de orquesta. Sus hermanas parecían consumadas bailarinas: melancólica, Salomé, alegre y jovial, Judit, la que recién habíamos visto.

Desplegaron frente a nosotros una especie de ropero desarmable que se transformaba en un escenario de teatro, en el que podíamos ver cada detalle cuidadosamente elaborado. Judit avanzó frente a nuestros asientos y con voz melodiosa me indicó que las representaciones serían en vivo, puesto que era un regalo encargado por el Maestro Leonardo, para que yo no olvidara que en los sueños, aunque es una realidad distinta, se juegan roles y se enfrenta el destino de toda la existencia.

Para el primer número, me dijo, os regalo lentes, para evitar los rayos del sol; han transcurrido muchos años y el calor de vuestras miradas puede deshacer a los actores. Nos calamos los anteojos de sol, riendo, y pudimos ver que una luz similar a la de un eclipse inundaba la escena.

Aquí, anunció Gaspar, un artista que siempre habéis querido escuchar. Se adelantó entonces una figura de dos pies de alto que vestida con traje de época, hizo una inclinación y dijo: Espero que esta función os dé la misma alegría que siempre experimentasteis con mis composiciones.

¡Yo no cabía en mi asombro! ¡Si era Wolfgang Amadeus Mozart el que estaba en el escenario! Era él mismo, pero ¡vivo! Como adivinando mis pensamientos el músico se volvió hacia mí riendo y dijo: A veces el mundo de arriba intercambia imágenes con otros mundos. Estoy agradecido de vuestra devoción, por lo que repetiré aquí, para vosotros “La flauta mágica”. Se acercó a un piano al fondo del escenario y vimos que al compás de su música aparecía una esquivia doncella y tras ella el flautista que encantándola trataba de llevarla a sus redes. La danza se tornaba alegre y el caballero al fin se llevaba su amada. El amor parecía reinar en todo su poder.

Todos estábamos viviendo un sueño. Cuando la danza hubo terminado, se abrió de nuevo el telón ante nuestros aplausos y apareció el diminuto Mozart. Haciendo una reverencia, nos sonrió y me dijo antes de salir: No te

preocupes, nos veremos en el otro mundo. En realidad, no lograba salir de mi asombro; tantas veces, al escuchar esa música, pensé en el maravilloso ser que la había compuesto.

¡Pueden sacarse los anteojos!, anunció Judit. El tiempo es reciente y veréis a algunas personas no siempre agradables. Depende de vosotros la duración de esta escena, y si queréis podéis participar en la representación. Como los personajes son vulgares, hemos preferido usar música popular. Hizo una reverencia y pasó un pequeño cartel con letras fosforescentes: “Cualquier parecido con hechos o personas reales, no es nada más que eso”.

Se escuchaba música de la diablada de Oruro. Desde el fondo del escenario venía Gaspar arrastrando un enorme cajón que más parecía un palomar, por los hoyos que simulaban ventanas. Veíamos sobre cuatro pesadas patas este simulacro de edificio que tenía inscrito en el frontis: “¿Las torturas de la educación son obligatorias a todos nosotros?” Yo reía de ver el absurdo carromato ya que recordaba largos años de pesadilla, cuando tuve que trabajar en el Ministerio de Educación.

Ante nuestra sorpresa la maqueta cobraba vida propia y entre ruidos y carrasperas empezaba a salir humo de sus cuatro costados. Diríase un pequeño dragón chino. Cualquiera disciplina conduce al fanatismo.

Cuando la humareda se despejó vimos salir despavoridos una serie de pequeños muñecos calvos, o peinados a la gomina. Eran los diversos ministros y funcionarios que salían de este edificio-incubadora. Una multitud de niños se asomaba a las ventanas y desde allí tiraban piedras a los solemnes señores.

De improviso la música se hacía más estridente y un pico de ave gigante salía desde el edificio abatiendo y devorando a picotazos a ministros y sórdidas secretarías. Veíamos salir una multitud de niños desde el edificio, alegres y entonando

canciones burlescas. Alguien entre ellos encendía unos papeles que rápidamente cubrían de llamas el grotesco edificio. Un ruido de cohetería impedía poder oír cualquier voz en tanto que el edificio-palomar estallaba en un verdadero juego de pirotecnia. La escena me parecía increíble, como si los deseos se pudieran hacer realidad.

Desde el fondo escuchábamos el sonido de un caramillo y algunas flautas. Lentamente, como levitando sobre el escenario se deslizó un pequeño hombrecillo con una enorme máscara de espanto, y sobre largos zancos. Era un diablo empezaba a bailar delante de nosotros. No lográbamos articular palabra, incluso respirar, parecía que de alguna forma podían interrumpir esos movimientos cada vez más veloces. Cuando ya creíamos que nuestra atención no podía soportar más el suspenso de verlo correr sobre los altos zancos, él mismo se interrumpió y dijo: Atahualpa tenía razón, estos zancos nunca los habré de engrasar.

Cuando se apagaba el rumor de las flautas lo vimos alejarse a saltos como un pájaro hacia el fondo del escenario. Habíamos quedado acezando, absolutamente subyugados por la destreza del la pequeño Gaspar danzante. Parecía que el suspenso se nos había subido a la cabeza.

Yo miraba a mis hermanos entretenidos en esta función de guiñol, sólo Mozart y el diablillo de Gaspar podrían ser considerados verdaderos virtuosos. Al fondo soplabla el viento aún, arremolinando en espirales toda brizna de polvo que pudiera no haberse cristalizado.

Judit avanzó entonces y con un guiño suspicaz anunció el próximo número. Será sin música de fondo, dijo, para que puedan saber “De dónde son los cantantes”. Vi entonces que ella y Salomé llevaban a una mujer que como los anteriores muñecos tenía dos pies de altura y estaba absolutamente viva, aunque el ambiente y nuestra presencia la hacía verse atemorizada. La muñeca iba vestida llamativamente como las

prostitutas, pero lucía sobre el traje un cinturón de castidad que resultaba un poco ridículo.

Aquí está la honorable, me dijo Salomé. Al parecer quería hablar contigo. Era Alsina, una mujer que me torturó gran parte de la vida. ¡Y estaba allí, viva, con las lágrimas brotando de sus ojos! No podía o no lograba hablar a efectos del horror.

¿Qué quieres?, le pregunté. ¿Sabes que tu antiguo amante vino a verme para reconciliarse conmigo? Sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas.

De un manotazo Judit y Salomé desgarraron su vestido que quedó en piltrafas. Sujetando sus brazos en una tarima, la veía como antaño, desnuda y sin embargo cruel. No hay llave para el cinturón de castidad que se tragó de profesora, me dijeron; será necesario que abras la cerradura con este pequeño cautín. Yo no sabía bien qué hacer, tomé el cautín, una especie de delgado lápiz entre mis dedos e introduciéndolo en la cerradura metálica vi que sufría un choque eléctrico. Tiene que ser más profundo, me dijo Judit. Este es como el juego de nunca acabar. Hundí entonces el cautín en la cerradura y al momento vi que Alsina abría las piernas y se convertía en un pequeño esqueleto animado. Cada vez que sacaba el cautín volvía a ver a mi antigua torturadora que, por azar, tenía ahora que sufrir este tormento del hierro candente. Repetí la operación cuatro o cinco veces, cuerpo-esqueleto-cuerpo, hasta que vi que sus lágrimas tomaban el color de la sangre. Le pedí a las dos hermanas que se la llevaran, y éstas, cogiéndola por los brazos la arrastraban hacia el fondo. De improviso, se volvieron y me explicaron que tenía un deseo, deseo de posesa, dijeron.

¡Alsina!, le dije, ¡vuelve a ser la bruja que eras!

Ví entonces que, ya tranquila, se alejaba hacia el fondo.

Unos instantes más tarde aparecieron los tres hermanos y con grandes y ostentosas venias nos agradecieron nuestra presencia a tan humilde representación.

Yo les agradecí, a nombre de todos, y les pedí que en cualquier representación futura incluyeran sólo los números eróticos tachados por la censura, el resto, en general, les dije, me produce desagrado. Gaspar estaba preocupado por mi juicio. Tengo un pequeño acto más, me dijo, un juego de balística que quizás os entretenga.

No me entretienes, Gaspar, le dije, ese juego me tocó verlo tantos años que no comprendo cómo se te puede ocurrir presentarlo como novedad. Gracias a todos ustedes por el espectáculo, nos veremos más tarde, durante la cena.

Nos levantamos de nuestros asientos bajo los verdes pimientos, esos maravillosos árboles cuyo follaje es como un plumaje. El viento era ahora apenas perceptible y decidimos volver a casa.

Gaspar, Judit y Salomé, podían, si lo deseaban, ser encantadores.

Lentamente volvimos a casa. Mis hermanos reían y hacían bromas sobre los títeres en vivo que acabábamos de ver. Yo en cambio, estaba cansado, hastiado, y cuando llegamos y saludamos a Mamá, les pedí me perdonaran, ya que quería dormir una corta siesta. El programa era nutrido para la noche y era necesario estar despejado. En cuanto puse la cabeza sobre la almohada sentí venir el sueño como un bálsamo, ese rocío que renueva todas las cosas. El sueño me trajo también otras imágenes, acaso olvidadas en mi mente.

Es tarde, bajo el cielo nublado y como de plomo caminamos en la planicie que se extiende frente a la casa donde vivo con mis padres. Como en tantas otras oportunidades nos guiamos siguiendo la dirección del volcán Miño. Existe en el sueño un pequeño desnivel del terreno, quizás con algunas plantas. Me acompañan otros compañeros de

escuela, Ernesto Rosso, Pedro Garzón y Segundo Santos que como sufría de epilepsia en una oportunidad se había recuperado de uno de sus ataques mientras lo estaban ya velando.

Jugamos a manejar unos látigos mágicos que tienen tal fuerza que suelen manejarse solos. Zumbando en el aire pueden enroscarse alrededor de las personas como si fueran serpientes. Tienen cuatro o cinco metros de largo, color café oscuro y el grosor de casi dos pulgadas. El cielo nublado se ha tornado más oprimente y de improviso me doy cuenta que un hombre que me acompaña me va a matar. Antes de hacerlo me da a elegir entre un machete cuadrangular o un látigo. Estos últimos andan sueltos, suspendidos en el aire y me percató que de alguna forma me obedecen: cojo uno y con él envuelvo al hombre que me amenazaba llevándolo así prácticamente amarrado. Ahora tengo la seguridad de que no podrá matarme.

Bajo esta misma luz nublada recorreremos los cerros de la pampa bordeando un inmenso edificio de dos o tres cuadras de largo construido en barro y pintado luego a la cal. Tiene quizás en su interior una estructura de cañas o de grueso alambre que produce la sensación de algo inmenso y amenazador. La muralla en torno, que es la que vemos, corresponde a la pared exterior de un corredor que rodea cerrando totalmente el enorme edificio. Su altura es más o menos el doble de la de un hombre y apenas si se logra ver parte de la edificación interior, con ventanas en arco, tapiadas y cerradas como si hubiera pasado mucho tiempo.

De alguna forma recuerda antiguas oficinas salitreras abandonadas y cercadas con láminas de calamina. Me veo de improviso al interior de este edificio, o quizás no he salido nunca de él, o quizás anduve hacia la derecha y estoy en el interior de una de las salas que son inmensas, sin muebles, con excepción de una mesa enorme y dos sillas, donde estoy junto con un muchacho colombiano a quien conozco superficialmente. Él lleva consigo un manuscrito que extiende sobre la mesa, la escritura es grande y en caracteres bastante raros, pero él me cuenta que corresponde a una oración de los profetas que debe aprender. Oigo que la repite una y otra vez en alta voz, para poder pasar una difícil prueba: O aprender inglés, o irse al infierno, pienso que es lo que dice. Repite palabra tras

palabra y finalmente, como si fuese reo de alguna culpa ignorada, una persona viene a buscarlo.

Estoy solo, he quedado solo. El viento ulula y brama a través de las piezas, vuelvo entonces a andar por los corredores escondiéndome tras las salientes de los muros. Pero una mujer-espíritu me descubre y me coge. Ella lleva un vestido raído y su aspecto desgredado es similar al de algunos tibetanos que he visto en fotografías. Me dice que ella antes ha sido Joanne Stranford que entonces vivía en la calle Yonge, pero que ahora me ha logrado coger y me llevará atado con sus poderes. Aprendo de ella algo sexual, una sabiduría que comprendo en el sueño que viene del demonio, ya que aquí, en este lugar, todo es demoníaco.

Luego veo aparecer en los corredores y acercarse a nosotros una pareja muy compuesta, vestida en impermeables de color ocre, como si fueran a salir afuera, y estuviera lloviendo copiosamente. La mujer me dice que se llama Pepa, o Pepis y va acompañada de un hombre robusto, de piel aceitunada que camina a su lado como sonámbulo.

Yo le pregunto por curiosidad como es él, pero ella me responde que hace tiempo está muerto. Vamos recorriendo el corredor externo del lugar, bajamos luego unas gradas que nos conducen a la antesala de un salón de baile, donde diviso a varios porteros premunidos, como siempre, de solemnidad. La pareja pasa mostrando un "ticket" o boleto, y yo me acerco al guardia que está sentado ante una pequeña mesita. Sólo entonces me percató que es una vieja mujer. En mi sorpresa le digo que he sido invitado, pero que no sabía que era necesario un boleto para entrar. Este, "boleto" es una palabra de ocho letras, como "envuelto", "embolia", "canilla". Me doy cuenta que el número de letras no corresponde a lo que se me ha indicado, pero ella entonces me muestra su rótula a la que le da otro nombre, y me dice que esa es la entrada. ¿Sigo hacia el interior?

No sé bien qué pasa entonces, sólo recuerdo que camino con otras personas a lo largo de calles desoladas y en plena noche, meros murallones de adobe, por el centro de un pueblo. La persona que me acompaña me dice que allá, a lo lejos, está el demonio, que si me levanto en la punta de los pies podría alcanzar a ver su capa roja que se mueve en el viento.

Yo no estoy seguro que sea el demonio. Al parecer recorreremos la parte exterior del lugar en la que se suceden paisajes y gentes, una tras otra, como meras ilusiones o fantasmagorías que cambian.

Veo luego que estoy encargado de disponer cuadros en una inmensa fábrica, para lo cual tengo que hablar con los encargados de bienestar. La atmósfera es de pesadilla, y este trabajo que me compromete vitalmente es una forma de esclavitud a la que he sido sometido. Llego a una pequeña habitación de muros de adobe y allí pregunto a una mujer vestida de negro si puedo ayudarla. Veo que allí en el suelo hay enterrada una persona cabeza abajo, de la que veo sólo la planta de los pies. La mujer se percata de mi horror y me ordena en forma terminante que limpie las parrillas empotradas en el suelo por las que sube el calor que viene desde el infierno.

Al despertar escucho a Mamá afanada con otras mujeres en preparar la cena. Me acerco a ellas y las siento cálidas y cariñosas, mientras hacen comentario de los invitados que vendrán esta tarde, cuando descienda el sol y vuelva a emerger la Luna desde las profundidades de la arena.



A LA MESA CON EL MAESTRO

Mientras nos reuníamos con mis hermanos pasó el encargado de correos y periódicos trayéndonos un enorme paquete dirigido a mi nombre y enviado desde Santa Fe, Argentina. No podían ser libros, ya que habrían pesado en exceso. La curiosidad nos llevó a abrir el paquete antes de que llegaran los invitados. Un poco entre risas destapamos la misteriosa caja en la que para nuestra sorpresa había un enorme huevo de ñandú y una pequeña nota de mi amigo, el poeta Enrique Molina, lamentando que no hubiera podido ir a la reunión de Surrealismo Latinoamericano. Me deseaba felicidades en el amor y sobre una rúbrica veía su firma: Enrique, el Incierto.

Reíamos de la ocurrencia, ¿pero para qué nos había enviado este fenomenal huevo de avestruz? Ideas de poeta, dijo Ida, siempre dispuestos a recordar la infancia, a seguir inmersos en ella.

Mamá nos pidió que fuéramos a recibir a los invitados. Salimos al balcón en tanto llegaban los enormes automóviles que los traían. Papá y el Maestro charlaban animadamente en una lengua que se usaba a finales de siglo en Borneo. La bella Helena tenía un traje de colores brillantes e iba escoltada por Gaspar, Judit y Salomé, muy ceremoniosos ahora. Sólo Asmodeo el Viejo, lucía su traje negro, como en anteriores oportunidades. Le rogó a Mamá que dejara los quehaceres domésticos a su cargo. Extendió de nuevo la mesa plegable y se corrió el muro tras el cual otro espacio daba oportunidad de encontrar tantas maravillas. Papá y el Maestro habían pasado el día juntos recorriendo distintos oasis en el desierto y buscando un lugar apropiado para la fiesta prometida para los próximos días. Helena tenía que atender algunos asuntos atrasados de correspondencia para preparar la fiesta que ofrecería el Maestro y había preferido permanecer en esa reclusión tan cara a las mujeres que luego lucen esplendorosas y cubiertas de titilantes estrellas. Los pequeños, Gaspar, Judit y Salomé pasaron a saludar a los

Sarabia, pero decidieron trasladar su domicilio a la casa de huéspedes donde ya estaban alojados Helena Ferrucchi y Asmodeo el Viejo. Al parecer el cambio les resultaba más cómodo a todos.

Antes de sentarnos a la mesa bebimos una deliciosa bebida traída por Asmodeo que nos puso en un estado de alegría desbordante. Poco a poco iban llegando distintas personas del pueblo y como en anterior ocasión la bebida parecía haber desatado sus lenguas y su buen humor. Sentado junto a Helena, ella me contó que una de sus esclavas le había confesado que había estado vagando por el desierto y que me había cogido con uno de sus látigos. La contraseña, tenlo presente para la próxima vez, es “amorosos”. Te permitirá pasar todos los obstáculos, hasta encontrarte al borde de mi cama. Hizo un gesto gracioso y me recordó que no tenía que ocuparme de nada. Además, me dijo, estos pequeños, haciendo un gesto hacia Gaspar, Judit y Salomé, son unos bufones destinados a entretenernos y es cosa que les ordenes lo que desees que hagan. Le agradecí sus consejos, amable, quizás en voz demasiado baja. Ella entonces puso su enojada mano sobre mi corazón. Te deprimas con facilidad, como todos los poetas, dijo, meneando su cabeza. ¡Bebamos por la felicidad! ¡Por las ilusiones!

Toda la concurrencia tomó asiento a la mesa que parecía extenderse a medida que aparecían otras personas. Donde hay pan para ocho siempre puede estar invitado uno noveno, era el dicho de Mamá. Así parecía repetirse ahora, pero al cuadrado: los Sarabia, Kruger y Siglic con su mujer, los Rosso, siempre silenciosos y discretos, Irene Díaz y su esposo afeminado, Gaona, con su mujer y sus hijos, la profesora Zoila Campana, Durand y su mujer, los Garzón y sus hijos. Ahora me parecía reconocer cada uno de los rostros y las características que los hacían singulares desde siempre.

Asmodeo, dirigiendo su verdadero equipo de servidumbre invisible, nos tenía cubiertos de manjares

y licores; los pequeños, Gaspar y Salomé corrían de un lugar al otro haciendo bromas, y eran la curiosidad de los vecinos que los miraban con cierto temor. La virtuosa Inés, en cambio, parecía orgullosa de cada maldad ideada por sus hijos. Habían estado dentro de su vientre, habían bebido, con cierto asco su leche, pero allí estaban luciendo su belleza e ingeniosidad. ¡Sí, no podía deberse, sino a un milagro! Los últimos en llegar fueron Gustavo Schutt, con Sara, la mulata. Estaba enferma la madre de ésta, y no habían podido llegar antes que el Maestro, por lo que se disculpaban en todos los tonos posibles.

Sonó el gong y empezamos a oír la música que salía desde los muros, cambiando el ánimo serio de los concurrentes en una velada a cada momento más festiva. El Maestro charlaba con mis hermanos en tanto que Papá me contaba una larga travesía que habían realizado explorando toda la parte lindante con el Salar Grande, donde se agrupan diferentes oasis. Hay un verdadero reguero de pequeños poblados que siembran y cuidan ganado al otro lado del Salar. Papá tenía amigos y conocidos en casi todos los lugares y los lugareños se alegraban de verle.

Acercándose a mi oído me dijo: Solo en Socaire, un fanático religioso que nos había seguido desde que entramos al pueblo, empezó a gritar y a reunir gente acusándonos de intenciones demoníacas. Estuvimos tranquilos hasta que pretendió tirarnos pedruscos. Fue entonces que el maestro Leonardo decidió darle una lección. Los miles y miles de piedras que hay en el lugar se transformaron en enormes moscas del tamaño de un conejo grande que entraban y salían por las casas y calles de Socaire. No está bien que se reciba así a los visitantes, y las moscas los tendrán atareados durante muchos días, dijo riendo Papá. Yo imaginé el pequeño poblado centenario con sus casas de adobe, sus corrales y sus árboles, todo cubierto de monstruosas moscas, y me recorrió un escalofrío. Hace frío allá arriba, dijo Papá, leyendo mis

pensamientos, y es de alguna manera un agrado regresar a casa. Yo que lo había acompañado a lomo de mula por esos lugares sabía que la luz del solar puede cegarlo a uno, que el cansancio entra a los huesos por el frío. Sin embargo, Papá lucía contento y feliz y ya estaba distraído, charlando con la señorita Campana que lucía un traje nuevo, que la hacía ver más bella.

Helena, al otro lado de mi asiento, tocó mi brazo, lo que me produjo una especie de choque eléctrico. ¡Pero Ludwig!, me dijo, mientras reía, apenas si te toco y ya saltas en el asiento. ¿Cómo me vas a acompañar en la fiesta que está preparando el Maestro para los próximos días? Yo también, agregó, soy una mujer de carne y hueso, y es así como deseo amarte cuando llegue la ocasión. Sentí las yemas de sus dedos recorriendo mi cuello y me resultó casi imposible resistir el impulso de apretarla bajo mi pecho. ¡Helena, Helena!, musité.

En ese instante mi madre contaba al Maestro del extraño regalo recibido esta tarde. Leonardo reía como si las bromas le distrajeran. Traed el huevo aquí, quizás podamos descifrar lo que significa este regalo. Mis hermanas corrieron a la alacena y volvieron cargando la caja con las tarjetas y el regalo. ¡Buena idea!, ¡buena idea!, exclamó nuestro invitado. Si hacemos hervir el huevo veremos salir andando el avestruz. Al oír esto Ida y Katty se apresuraron en traer un anafre y una inmensa palangana con agua donde depositaron el huevo. Helena propuso que le pusiéramos nombres, única manera de tener bajo dominio estos animalejos, dijo, además, veo tres en el muro de la cáscara. Hay que apurarse, yo sugiero Olleb, Roderroc, y Osuli, que resultan fáciles de recordar. Pintó con sus uñas los nombres sobre la cáscara jaspeada, poniendo, Bello, Corredor e Iluso. Como ellos lo verán desde el interior, dijo, lo leerán al revés y obedecerán sólo a esos nombres.

La expectación aumentaba a cada instante. En cuanto comenzó a hervir el agua, empezó también a trizarse la cáscara

del inmenso huevo, que se rompió emergiendo en el centro de la mesa tres ñandúes, que crecían a ojos vistas, mientras andaban alrededor de las mesas. Cuando ya alcanzaban la altura de un caballo el Maestro ordenó pasarles el agua que quedaba en la jofaina, para que la bebieran, porque era la única forma de detener su crecimiento. Todos reíamos curiosos, ya que las aves inmensas parecían amaestradas.

Me levanté entonces y pedí a todos los presentes que brindáramos por el maravilloso amigo que nos obsequiaba de tal manera. Se alzaron las copas y todos al unísono gritamos: ¡Por el poeta Molina! ¡Por Enrique, el Incierto!

Por una razón u otra los brindis menudeaban, y los delicados manjares que traían los mozos invisibles de Asmodeo, eran devorados con fruición, ya que el día había sido largo y nadie había querido probar la insípida comida usual, cuando estaba invitado a este banquete.

Después de un par de horas Papá invitó a todos los presentes a una función especial que representaba, recordó, la más antigua tradición de nuestros antepasados. Se trata de consultar a Sofía, la médium, respecto a nuestros difuntos olvidados. Todos asentían y alzando las copas brindaron en esta oportunidad por Sofía, que siempre había sido el puente entre lo invisible y el correr cotidiano de los días.

Sonó de nuevo la campana de cristal y todos fuimos saliendo en un paseo crepuscular hacia las vegas del río, donde se extiende un largo murallón de adobes. Gaspar, Judit y Salomé no resistieron la tentación de montar los gigantescos ñandúes, que en carreras los llevaban de un lugar a otro. El resto del pueblo y los invitados caminábamos despacio, gozando aún las alegrías de la cena. Allá, a lo lejos, se divisaba un par de lucecitas, cirios acaso, hacia los que nos encaminábamos.



SOFÍA LA MÉDIUM

Mientras caminábamos ví que algunos metros adelante iba mi hermano Carlos cargando su bolso. No sabíamos lo que podía resultar de todo esto, pero el asunto nos intrigaba. Como lo habíamos visto en nuestra excursión de la mañana, estaban clavados en tierra los palos pintados de rojo con una cinta del mismo color en las puntas, a modo de banderolas. Había ya mucha gente en el lugar, que al ver a Papá y al Maestro nos abrieron paso, para que pudiéramos estar lo más cerca del círculo dibujado en arena de color entre los palos. Al centro del mismo, con sus largos cabellos sueltos, estaba Sofía, una mujer que vivía solitaria en una pequeña choza junto al río. Más que serena parecía ausente, y apenas si notó nuestra llegada.

La vimos concentrarse como quien escucha la voz del viento, ya que de seguro el viento habla a los videntes de cosas que apenas logramos percibir. Sofía se retorció pronunciando palabras guturales dentro del círculo, sus músculos habíanse aflojado y bien podía ser una inmensa flor como un animal quieto, desconocido en esta superficie.

Una viejecilla esmirriada, con voz de falsete, adelantó entonces una palmatoria con un cirio encendido hasta tocar el círculo. Era la madre de Elvira Ossorio que llamaba a su difundo esposo, don Julián, para informarle que su hija se casaría y preguntarle qué le auguraba él desde las tinieblas. Pasaron algunos instantes que nos parecieron larguísimos, ya que la médium era presa de contorsiones en el suelo. De pronto se apoyó en su brazo izquierdo y de sus labios brotó una voz de hombre que parecía venir de muy lejos.

¿Qué quieres, bruja malvada? ¿Por qué me cierras el camino con llamas?, interrogaba la voz de don Julián. Es que Elvira se casa, repetía la vieja con temor, creo que con un buen hombre que tú has visto cuando era niño, Sixto Lora.

¿Lo recuerdas?

Se extendía de nuevo el silencio, parpadeaba el cirio y volcando su cabeza hacia atrás, decía la médium con voz ronca: ¡Putas!, ¡putas sois! ¿Para qué interrogáis si sabéis la respuesta? Veo a Elvira atravesando un barranco, su vestido se mancha con licor rojo, parece querer reunir pedazos de una jarra sin poder lograrlo. ¡Mujerzuelas!, es eso lo que sois, ¡despejad el camino! Veámos convulsionarse a la médium. La madre de Elvira arrastraba un poco avergonzada su candela fuera del círculo.

Ví entonces a Humberto Gaona adelantarse andando de rodillas para encender un cirio y llevarla hasta que éste tocara el círculo. Al parecer preguntaba a su difunta madrina por el destino de cada uno de los de su familia. Se repitieron las convulsiones de la médium hasta quietarse de nuevo. Una voz de mujer resonaba en la oscuridad de la noche, su tono era serio, con cierta solemnidad.

Escucho, huelo subir miasmas desde tu casa. Tus pecados serán perdonados por el fuego, pero en el fuego serás dispersado para siempre. La lepra de tu mujer se extenderá y nadie querrá ver su rostro en el resto del tiempo. Tu hija seguirá el mismo camino de su madre. Veo a tu hijo mayor frente a los altos murallones, muchos disparan sobre él, lo están fusilando. Sal de este pozo, Humberto, ruega a quien lleva en su boina una pluma roja que tenga de ti misericordia, ¡misericordia!...

Humberto Gaona, pálido como la cera retiró el pabito desde el centro del círculo. Parecía que una gran piedra oscura hubiera caído de pronto sobre él, sepultándolo. Todos los presentes estaban bajo el efecto de la angustia.

Habló la médium entonces con voz de hombre, y su tono era burlón. Soy Necochea, amigos; la peste me llevó hace veinte años y nadie me recuerda. Cuando veo los cirios pienso que alguien ha de llorar por mí, pero es inútil, el horror a la peste borra en vosotros mi recuerdo. Digan ¡salud! por mí.

No les pido rezos. Sentí reír, toser, levantarse un murmullo entre la gente: ¡Salud, salud, Necochea! Bajo los ponchos vi que algunos guardaban una botella de aguardiente, era un trago a favor del difunto.

Miré entonces a Carlos sopesando si se atrevería o no a presentar la cabeza que encontramos en la mañana. Mi mirada al parecer lo decidió, sacó entonces un plato, la puso encima y empujándola junto con un candil hizo entrar éste dentro del círculo. Vimos que la médium se revolvió y finalmente empezó a hablar en quechua, pero luego cayó y parecía rígida. El Maestro que estaba a mi lado tocó entonces con su bastón la calavera y ésta cubrióse de carne y pelos aderezados en un complicado moño. Sobre el plato la cabeza parecía recién arrancada al cuerpo y sus ojos estaban muy abiertos. Empezó a hablar con un largo lamento. Sentí entonces que el armadillo en mi hombro nos traducía en voz alta lo que la difunta hablaba en lengua india. ¿Para qué me queréis, hermanos? Mi cabeza ha sido arrancada de mi cuerpo y escondida en un horno. Mi nombre es Ata Ata y hace cientos de años que oigo correr las aguas río abajo. No conocí varón y un mal incurable me separó de vosotros llevándome hacia el sol. ¿Qué queréis, qué os turba el corazón, mis hermanitos?

Se adelantó uno de los hermanos Puca, y hablándole también en quechua, le dijo: La curiosidad nos llevó a conjurarte, por tu cabeza se adivina tu belleza, quizás yo habría sido el hombre que podría haber sido tu esposo.

Oímos de nuevo el largo lamento, y la cabeza, moviendo los ojos, repitió un “quizás”, que sonó como una campanada. Puca se quedó mudo y sólo atinó a retirar la pequeña luz, tirándola fuera del círculo. Al instante la cabeza viviente se descarnó absolutamente y sólo vimos brillar sus huesos blancos en la luz de la una.

Durand, entonando un ensalmo, cogió la mano de Sofía, la médium, tratando de sacarla fuera del círculo. Reuniendo

la fuerza de varios hombres pareció esto posible, pero fue necesario que el Maestro tocara con su bastón las arenas coloreadas haciendo una abertura para que al fin pudiéramos recuperar a Sofía del poder de los Espíritus.

Todos estábamos conmovidos y aliviados. Leonardo, el Maestro, se acercó a Carlos y le dijo: No es justo arrebatarle el trabajo a la gente de abajo, eso lo intentarán más adelante otros condenados enloquecidos por el orgullo de la raza pura. Tu travesura ha conmovido el corazón de todas estas gentes. Tocó con sus largos dedos los labios de Sofía y vimos como esta recuperaba el color y se animaba, volviendo a ser la persona que conocíamos.

Surgió entonces Asmodeo y a la usanza zapoteca vertió licor en un pequeño vaso y lo bebió de un trago. Luego fue ofreciendo a cada uno de los presentes del licor rojo como sangre que nos volvió el alma a los cuerpos y la alegría a la mente. Vi que el Maestro tomaba del brazo a mis padres, yo hice lo mismo con Helena, emprendiendo el lento regreso.

La alegría parecía haber vuelto a empapar nuestro corazón. Mi padre que iba a un par de pasos adelante dijo al Maestro Leonardo con cierto dejo de nostalgia: ¿Recuerdas el calor, allá en Batavia? Aquí no es muy distinto, hay frío al amanecer, pero jamás ese embrujo de la nieve que cae, esos pétalos cubriendo de blanco todas las cosas. No han cambiado tus deseos, querido Guillermo, le respondió nuestro simpático huésped, ni pasarán veinticuatro horas sin que veamos de nuevo ese milagro blanco que tanto anhelas.

Helena, tomada a mi brazo, preguntaba cosas de mi infancia y reía de mis soluciones. Siempre exigiendo lo imposible, decía. Nadie quiere oír la verdad, todos quieren tan sólo que se les ame. Ese es un aforismo ya gastado, me dijo ella, yo prefiero los que tú has inventado, denigrando al camello. Yo me reía, pero ella agregó en tono solemne: “Dando cuerda a lo imposible” es una imagen en que te veo

a ti, junto a una mujer-muñeca de la cintura hacia arriba, cuyas palmas tocan las palmas de otra mujer en el cielo de afuera. Un pequeño lagarto presencia la escena. Está pintado por Susana, y aunque lo roben con malas artes el asunto te traerá suerte. ¡Recuérdame cuando suceda! A mí me parecía imposible olvidar el menor gesto de ella, pero prometí contarle todos los detalles si esto sucedía.

Como en las noches anteriores este paseo bajo la Luna de marfil fue un verdadero regalo para cuantos habíamos podido disfrutar de la velada. En el horizonte se divisaba a veces un resplandor sobre los volcanes, esa lejana tempestad donde nacían las aguas del río. Caminar así, del brazo de la bella Helena Ferrucchi podía parecer un sueño, pero a través de sus delgadas manos sentía el torrente golpear allá en las turbinas del corazón. Entonces habría sido posible hacer cualquier poema, las estrellas me tenían fijado el destino.



LA EXTRAÑA HISTORIA DE HELENA FERRUCCHI

Sentí de pronto como si Helena, que caminaba cogida a mi brazo, estuviera lejana, ausente, aún cuando sentía el hueso de sus caderas en mi costado. Me volví hacia ella y noté un dejo de tristeza en sus ojos, que parecían mirar un paisaje invisible. Tomándola de los hombros la estreché contra el pecho besando sus húmedos párpados. Cualquiera sea tu pena, le dije, te ruego que me la cuentes, siempre será mejor si la puedes compartir, aunque sea conmigo. Hizo un gesto como diciendo, ¡no digas tonterías!

Pareció reaccionar y como volviendo de viejos y doloridos recuerdos la escuché sollozar entre mis brazos. Pasado un rato, pareció reponerse de su angustia y me dijo: ¡Es tan difícil que me quieras! Guardó luego silencio y entretejiendo cada dedo de sus manos con los míos, haciendo memoria empezó a hablar.

Viví hace más de un siglo en casa de mis padres que gobernaron con mano de hierro la parte sur de Italia frente al mar Adriático. Como hija de nobles no había capricho que se me pudiera ocurrir sin que todos corrieran para consentirme. Una mañana alguien me contó que frente a los roqueríos de la costa habían visto desde hacía varios días detenerse una embarcación. Su intención no era pescar o hacer comercio de ninguna especie; habían visto bajar y recorrer los islotes donde existen antiguas ruinas, a un pintor extranjero que parecía encantado con el lugar. Como los roqueríos quedaban frente a las propiedades de mi familia, decidí ir con un par de fieles servidores a ver qué cosa era lo que atraía al pintor extranjero. Embarqué un día calmo y una suave brisa llevó nuestro bote hasta una embarcación un poco mayor que estaba anclada en el lugar. Subimos la escalerilla del pequeño barco que había sido quizás un remolcador, pero que estaba arreglado y pintado de modo inusual. Desde la escalerilla encubierta pude ver de espaldas al artista que embebido en su quehacer no se había percatado de nuestra presencia. Cuando estuve a un par de pasos se volvió de improvviso mirándome tan asombrado como si fuera una aparición.

Me presenté a él con mi nombre y le dije tan sólo que la curiosidad habíame empujado a venir con mis criados para ver cuál era el tema que así atraía a un artista. Él sonrió y a pesar de su barba roja y entrecana me pareció que su rostro era el de un ser entrevistado en el sueño. Se adelantó y besando la punta de mis dedos me dijo en un acento que recordaba el alemán: Permítame que me presente. Mi nombre, que poco ha de decirle es Arnold Böcklin. He vivido por largas temporadas en Italia, pero es recién ahora, pintando estas rocas que me parece haber encontrado el centro de mi mundo.

A cada instante que pasaba sentía más cercano a mí corazón a este extranjero. Las rocas vistas por él semejaban ruinas, o acaso tumbas, y recordé que en general los pescadores y la gente del lugar no ponían pies en ellas por creer que les traerían mala fortuna. Se lo dije al artista, pero éste se rió y ordenó a un par de marineros que lo acompañaban que trajeran una botella de vino tinto para festejar a tan bellas visitas. Después de un par de horas que habían pasado como unos segundos, me despedí de Arnold prometiendo venir a verle en los días próximos. Él habitaba en una hostería del puerto cercano y prometió también mostrarme algunos bocetos de sus pinturas. Cuando volvimos con los criados al bote, sentí que el corazón me latía como el de un pájaro asustado.

No pude esperar muchos días y gran parte de la noche la pasé despierta, pensando en el misterioso extranjero.

Al día siguiente, aprovechando que mi madre estaba de viaje a Palermo, decidí de nuevo ver al pintor enamorado de esas rocas. Aunque el viento soplaba favorable, el lento avanzar del bote me pareció que hacía la espera fastidiosamente larga. Cuando subía la blanca escalerilla del barco anclado, vi que Arnold estaba allí esperándome. Después de saludarnos él me dijo: No he logrado dormir mucho esta última noche, he pensado mucho en usted, Helena, y si pudiera, trataría de ir a

visitar esas ruinas de los roqueríos que me tienen subyugado como si fueran parte de un encantamiento.

Un poco en broma, yo le indiqué que en el pequeño bote, y con un remero bastante fuerte quizás podríamos explorar las islas desiertas. Al caso eran parte de la propiedad de mis mayores y no había ningún problema en desembarcar y explorar los roqueríos. Arnold tenía quizás cincuenta años y su barba y su cabellera empezaban a blanquear, pero había en él un algo que me atraía y haciendo caso omiso de todas las formalidades usuales nos embarcamos esa misma tarde con Homero, un fiel servidor que conocía bien todos los intrincados canales de la costa. Unos altos murallones fueron siéndonos cada vez más evidentes, en su centro se alzaba un macizo de cipreses de color verde oscuro y las construcciones en ruinas hacían sospechar que había galerías y estancias secretas al interior de las rocas.

Nos acercamos a una especie de terraza que quizás alguna vez sirvió de desembarcadero y Arnold saltó a tierra, tendiéndome su mano. Le pedimos a Homero que cuidara la embarcación para que no se golpeará contra las rocas y nosotros nos decidimos a explorar la pequeña isla. Nunca imaginé que esta acción marcaría mi destino para siempre.

Helena calló un instante mientras caminábamos en el desierto, luego volviéndose hacia mí prosiguió. Recorrimos con Arnold toda la pequeña isla que quizás en tiempos antiguos sirvió para algún culto, ya que tras las rocas descubrimos galerías y estancias en que no pudimos entrar porque eran enteramente oscuras y no se nos había ocurrido traer algunas lámparas de aceite.

Acaso lo extraño del lugar, o mi juventud excesiva, hizo posible que entonces creciera como esas yerbas del trópico una pasión que cada vez nos fue acercando y atando a uno con el otro. Todo cuanto no fuera besarnos y estrecharnos como si nos fuéramos a devorar, nos parecía inútil y sin

sentido. Arnold era sin embargo un hombre fino y guardaba, a pesar de su pasión, cierta reserva.

Nos vimos durante dos semanas, casi todos los días. Cuando regresó mi madre lo invité a venir a nuestra casa solariega que a pesar de su aire provinciano guardaba muchos cuadros y reliquias antiguas. Mamá pareció también encantada con el artista, y viuda y joven aún, me expresó una vez que ella era acaso quien mejor podía entender al pintor. Ambas quedamos en silencio, pero sordos celos envenenaron para siempre nuestra relación.

Cuando Arnold vino a casa trajo consigo una serie de cuadros que nos fascinaron a ambas. Había entre las telas y dibujos muchos esbozos de las islas abandonadas, así como desnudos y retratos. Entre éstos había dos o tres que repetían el autorretrato del pintor junto a un ser descarnado, un esqueleto que tocaba el violín y que, vestido de negro, resultaba un espejo empañado de la vitalidad y hermosura que reflejaba el rostro del artista. Con la imprudencia de mis cortos años le pregunté varias veces por el personaje que lo acompañaba en sus autorretratos. Otras tantas él me dio una explicación vaga que no me satisfizo y que tan sólo aumentó mi curiosidad. Las relaciones y los celos con mi madre alcanzaron un punto álgido cuando descubrimos para nuestra sorpresa que el pintor tenía relaciones pasionales con ambas. No éramos madre e hija, sino dos mujeres disputándose a un hombre a quien amaban.

Mi madre en su pasión y su furia quería que ingresara a un convento en Palermo donde una tía carnal era la abadesa. Angustiada por lo que sentía como un engaño, pregunté a Arnold qué había decidido. Él me contestó, un tanto en zozobra, que era víctima de poderes extraños que no podía revelarme. Que no podía hacer otra cosa que obedecer a su ser interior. Intuí entonces que se refería al descarnado que una y otra vez aparecía en sus cuadros. No quise saber más del asunto y viajé por el verano a Palermo, donde me acogió mi tía.

Al parecer yo estaba verdaderamente enferma y sólo los cuidados y atenciones de las santas Hermanas de San José lograron que poco a poco volviera a un estado normal.

Cuando ya habían pasado varios meses y se aproximaba el invierno, mi tía me habló, contenta como estaba de que hubiera salvado mi alma y mi vida: Llegaste aquí, pequeña, en tal estado que creí que cada día podía ser el último. En la fiebre gritabas y llamabas a Arnold, que ahora sé, es el famoso pintor que vive en las cercanías de Roma. Al parecer tu madre ha tenido un entrañable amorío con él y víctima de quizás qué fiebre, ha fallecido el mes recién pasado. No te lo quería decir por lo delicada y frágil que estaba tu salud, pero tú eres única heredera y deberás presentarte y hacerte cargo de la propiedad de tus mayores.

La noticia me dejó muda. ¿Dónde estaba Arnold?

Además, agregó mi tía, he recibido una carta para ti enviada desde Roma. Si te sientes con fuerzas, espero que te traiga buenas nuevas. Me extendió un grueso sobre con mi nombre y dirección. En una esquina del mismo las iniciales en dorado del pintor y en letra manuscrita: Estrictamente privado.

Pese a mi debilidad cogí el sobre y mi tía se despidió de mí para que pudiera leer con calma la misiva. Si sientes cualquier molestia, me advirtió, te dejo esta campanilla ya que si suena volveré de inmediato a ayudarte, entretanto estaré en el parque rezando por ti.

La nota sobre un pergamino con dibujos tenía escrito con letra grande y clara las siguientes palabras:

“A la Contessa Helena Ferrucchi:

Espero que el aire de Palermo haya sido benéfico para tu salud. Por tu tía, abadesa del convento de las Hermanas de San José te habrás podido enterar de las tristes noticias

respecto a tu madre. Si es así te ruego me perdones y no trates de verme, porque no quiero cargar mi alma con otras pesadillas.

Varias veces me preguntaste por el personaje agregado a mis autorretratos; ahora te lo puedo decir, es el Maestro Leonardo, el demonio según otros, a quien prometí pintarlo en mi compañía si lograba fama. Mi exposición en Roma ha fascinado a todo el mundo, tanto que las dos o tres pinturas sobre las islas desiertas están disputadas por una veintena de ricos señores.

Helena, quizás no soy el hombre destinado para ti, habla si tienes oportunidad con Leonardo, el Maestro, él me ha asegurado que en mil novecientos veintisiete, cien años después que yo, nacerá un poeta en el desierto al otro lado del mundo. Si tú estás dispuesta a ser secretaria del Maestro durante este largo tiempo, que abarca casi un siglo, encontrarás aquel hombre y serás amada y cantada por él

Perdóname y no trates de verme.
Arnold Böcklin.”

Caí de nuevo en cama, consumida por la fiebre. En mis sueños me tocó ver muchas veces al Maestro Leonardo. Sé que ningún lazo tienes con él, sino tratar de poner un poco de humanidad en su milenario Rostro. No sé si vivo o soy sólo un fantasma, he recorrido cientos de países y he alternado con todas las razas del planeta. Cuando te vi en el tren, tu imagen me recordó por su parecido a aquél que había amado con locura. Temí por mí y por ti, es por eso que te he asustado descorriendo los velos de ilusión ante tus ojos. ¡Ludwig, Ludwig! ¿Me podrás amar, ahora que sabes mi desgraciada historia?

La oí sollozar sobre mi hombro, y una ternura hacia ese frágil ser se unió a la pasión que había sentido desde el primer instante por ella. Helena, le dije, morder tu lengua no sólo me ha dado el sabor maravilloso de tu alma, sino que ha encendido una pasión que no sabría como apagar.

Habíamos llegado a mi casa, la Luna caía sobre los hombros desnudos de Helena. Descansa aquí, sobre mi lecho, le dije, yo te acompañaré hasta que vuelva el nuevo día. La vi dormirse entre mis brazos, un extraño oleaje rompía en los roqueríos de las pinturas de Böcklin. Los pájaros hacían también nido entre los oscuros cipreses que mueve la brisa del océano.

Era tarde en la noche cuando abrigado entre mantas de alpaca, al pie del lecho donde dormía Helena, pude conciliar el sueño.

El día recién pasado me había dado tantas sensaciones distintas que dormir al fin resultaba reparador y benéfico. Quizás dormí dos o tres horas, cuando emergió desde el fondo de mí un extraño sueño.

La primera imagen que salta ante mi vista es que allí está Leviatán. Y era como si tuviera que combatir con una serpiente marina que excedía muchas veces mi tamaño. Me veo yo mismo como parte de esos antiguos grabados que la representan, sosteniendo una espada que es mi sola posibilidad de salvación. Lo importante es romper la serpiente en forma horizontal, es decir, a todo lo largo, y así es como lo hago, no sabiendo bien de donde saco la fuerza para ello. El interior del reptil es negro y recuerda el asfalto y la goma de los caminos, pero no entiendo el por qué. Veo que la serpiente se ha achicado y que la puedo mantener en el aire con la espada, ya que si la mantengo arriba puedo dominarla, cobrando nueva vida y tamaño si la dejo sumergirse en el mar.

Me decido entonces a llevar los trozos de serpiente partidos horizontalmente y con aquel brillo de asfalto recién puesto los coloco sobre las rocas y de alguna manera hago con ello un camino que llega a adquirir proporciones pétreas y gigantescas, rodeando el lado izquierdo de una montaña. Yo me repito a mí mismo: He traído esta serpiente hasta acá, con la intención de llegar al paraíso perdido, ya que es así como veo el paisaje flanqueado por altas montañas que rodean un lago azul. Las orillas están cubiertas de una suave vegetación que comunica una sensación de dicha al paisaje.

Grito sobre el agua del lago. Al parecer vivo allí, pues diviso una casa de paredes blancas entre la vegetación, amplia y soleada. Luego de mi grito veo que desde el fondo del lago emerge una bola incandescente que se transforma en un mundo solidificado, cristalizado, que gira en el espacio. No entiendo bien el sentido de esto, ya que el lago no es un volcán y el fenómeno sólo se produce al gritar sobre el agua, en el límite exacto de los dos mundos.

Desciendo entonces al interior del agua para ver lo que origina este fenómeno. El paisaje resulta sobrecogedor por su belleza; veo que hay unas especies de cariátides vivas que sostienen un inmenso edificio submarino desde el que emergen las bolas de fuego. Cada vez que uno grita en el límite de las aguas, estas mujeres-madres sienten una presión sobre sí que las obliga a desatar esa porción del magma subterráneo que se solidificará y cristalizará en el aire, transformándolo en un nuevo mundo.

Es el poder del verbo, me repito, es la posibilidad de lo creativo lo que produce este fenómeno, hay que estar alerta a las cosas del inconsciente para que éste no se sumerja en el mar. Las cariátides vistas en el sueño están en poses muy dinámicas como las esculturas eróticas de los templos de India, no tienen ningún estatismo que recuerde las clásicas figuras griegas.



UN DÍA SINGULAR

Despertamos a los golpes que daban a la puerta del dormitorio. Era mi padre que ebrio de entusiasmo nos llamaba. ¡Levántense, muchachos! ¡Vengan a ver esta maravilla!

Nos armamos de un par que chalecos y salimos con Helena que también había despertado a los gritos de alegría de Papá. Nos asomamos al balcón y vimos lo que producía tal conmoción. Todo el lugar, hasta donde alcanzaba la vista estaba cubierto de veinte centímetros de nieve. Mi padre corría como un niño de una casa a otra despertando a todo el pueblo. ¡Aquí está la nieve! ¡Aquí está la nieve!

Desde frente a nuestra casa vimos venir al Maestro, a los Sarabia y a cuanta gente se había despertado a los gritos de Papá. Nosotros, que no habíamos visto jamás ese espectáculo tocábamos los copos de cristal de hielo. Papá abrazó al Maestro y riendo, éste le recordó que se lo había anunciado la noche anterior.

Una suerte de locura parecía residir en esa blancura helada. Papá nos propuso a todos: Está a punto de amanecer. ¡Hagamos un muñeco de nieve! Y niños y adultos, armados de palas acumulaban nieve frente a nuestra casa. En cosa de media hora vimos que todo tomaba forma en una figura de tres metros adornada con una bufanda al cuello teniendo por ojos dos manzanas y por nariz una zanahoria. Alguien corrió en busca de un sombrero de paja que coronó la obra y que nos hizo reír a todos.

Papá no tenía buena voz, pero otros vecinos entonaron cantos, como si esto fuera una suerte de carnaval. El sol comenzaba alzarse sobre los cerros y así como era sorprendente ver los copos de nieve, resultaba increíble verlos deshacerse sobre la arena. Una hora más tarde sólo

la bufanda, las frutas y el raído sombrero señalaban el sitio donde estuvo el muñeco de nieve.

Asmodeo, siempre solícito, había traído un chocolate caliente y unos panecillos que bebimos y devoramos con aquella alegría que da lo que jamás se ha visto y que acaso no viéramos repetirse jamás.

Desde el otro lado del pueblo vimos venir corriendo a nuestro amigo Gustavo Schutt. Mi padre, a gritos, le anunció que se había perdido de ver el más espléndido mono de nieve en el desierto. Pero al parecer las preocupaciones de nuestro vecino habían sido otras. Nos contó un poco azorado que su suegra, doña Tomasa, acababa de fallecer. Al parecer durante toda la noche había estado en un semidelirio en el que varias veces hizo prometer a su hija y a Gustavo que por lo más sagrado que tuvieran, la llevaran a velar a la cercana Calama, en la iglesia frente a la plaza. Le espantaba a la vieja enferma que el velorio pudiera realizarse en el pueblo, ya que para aquello sería necesario pedir la gran mesa que había en la cocina de nuestra casa, y ella en su delirio les contaba que aquella era una mesa para condenados, ya que, en oportunidades anteriores, cuando ella fue a despedirse de algún difunto, le pareció que la mesa ardía, lo que de por sí la llena de malos augurios.

Gustavo había asegurado cumplir la promesa que en tales circunstancias le arrancaron y venía tan sólo a avisar que estaría ausente durante el día, buscando un ataúd para llevarse el cuerpo de la anciana a Calama y tratar que el cura del lugar, que tenía fama de rabioso, permitiera velar en la iglesia a una persona extraña a su grey y de quien no le constaba se hubiera confesado vez alguna. La historia de Gustavo Schutt pareció disipar los últimos chispazos de aquel encantamiento que nos había producido la nieve, pero al parecer a él lo había tranquilizado el que fuera su suegra y no su adorada Sara la persona que había pasado al otro mundo.

Este último suceso y el que no quedaran rastros de aquellos pétalos de nieve dispersaron a los concurrentes.

Era media mañana y pedimos al Maestro y a Helena que nos acompañaran a tomar el desayuno en el balcón. Asmodeo llamó para que se nos juntaran los pequeños Gaspar, Judit y Salomé, que rápidamente se hicieron presentes montados en los enormes avestruces que parecieron haber adoptado como medio de transporte ideal y sobre los cuales revoloteaban de un lugar a otro del pueblo.

El día había comenzado desusadamente. Papá se despidió porque tenía algunas cosas que resolver en la fábrica de dinamita y así quedamos mis hermanos y Mamá para atender a las visitas. Nos acomodamos en esos sillones de mimbre tejidos por los chinos, para tomar un café con biscochos y sobre todo para poder intercambiar impresiones de lo que habíamos visto. El Maestro sonreía complaciente y trataba de contestar a cada una de las preguntas que le formulábamos. Había recorrido docenas de países en tiempos remotos y miraba sin aprensión los más extraños sucesos. Cuando vio que los dedos de Helena y los míos se entrelazaban rió en forma picaresca, diciéndome: Veo que has encontrado a la mujer de tus sueños. Lo único que lamento es perder una asistente a quien había cobrado verdadero cariño. Quizás no tengamos sólo una boda esta noche, agregó, ya que veo que han desaparecido de los ojos de nuestra querida Contessa los fantasmas del pintor, y al parecer los plazos se han cumplido. Vi que Helena le miraba suplicante. Sí, dijo el Maestro, lo sabía desde siempre, mil ochocientos veintisiete, mil novecientos veintisiete. Pareciera que los hombres de hoy hubieran olvidado el retrato que me hiciera Arnold. Yo espero de ti, dijo, volviendo a mí su cabeza, que, superados los miedos y terrores de infancia puedas escribir alguna semblanza de mi vida. Tu secretaria no te abandonará jamás, dijo mirando a Helena; además cuenta con el mejor traductor que es dable imaginar. Del libro de marfil prefiero no hablarte, porque jamás se sabe cuándo crecen los arrebatados y locos celos, y esto es algo que

ni tú ni tu padre han podido jamás aprender. Reía a carcajadas. No es para ponerse solemne, repitió. Asmodeo, ordenó, trae ese vino de Italia que guardaste durante tantos años. Ahora es la ocasión de que brindemos por los eternamente enamorados. Se llenaron las copas y todos avivaron el loco amor que aquí era real entre Helena y yo mismo. Cuando terminamos los brindis percibí que el viento que había soplado en las últimas horas se había quietado, era cosa de esperar un rato y los espejismos empezarían a golpear las barandas de nuestro balcón en sus continuas metamorfosis.

Los espejismos son un sueño que se realiza en un plano físico, tienen un fundamento real, pero pueden explicarse como un sueño, ya que corresponden a otra cara de nuestra realidad. Yo creía que estaba pensando, pero me di cuenta que Leonardo leía mi pensamiento. Es cierto, me respondió, pero eso te lleva al escepticismo de que todo es ilusión; continuamente se mezcla una realidad con otra.

Entonces, le dije, te diré lo que estoy viendo, aquí, delante de nosotros.

Las imágenes tienden a escaparse.

Estoy en un país del Cercano Oriente, quizás Líbano, quizás Israel. Sin embargo, hay mucha similitud en estos paisajes y sus poblados con el Norte de Chile. Las construcciones son de barro y caña, una forma de construir que he visto cuando niño, pero todo está en desorden, la gente es huidiza y me es difícil saber lo que está pasando, de qué tienen miedo, por qué no quieren hablarme cuando me acerco a ellos.

Hay un intrincado trazado de calles donde transita la multitud y finalmente me percaté de que quizás estoy en una alameda que termina en un hermoso edificio Art Nouveau. Pero ahora todo está en un tiempo de guerra y demolición. Decido averiguar qué pasa y viendo que tengo puestos unos firmes zapatos de montaña, trepo por las cañas y los adobes hasta llegar a un tercer piso, donde veo sentados, junto a la pared, a una mujer joven, un anciano venerable y un muchacho. Me enfrento a ellos y les pido me expliquen las razones por las que la gente huye al acercarme.

Habla el viejo y me responde: ¿No te percatas de que en todo momento vas acompañado de una mujer invisible? Yo miro a mi alrededor. Sí, es así, tiene que ser invisible, ya que no advierto la presencia de nadie. Ellos me repiten que la están viendo, que es hermosísima y sabia, una especie de ángel protector que infunde al mismo tiempo temor a algunas personas. Despierto y tengo la sensación de una revelación, un milagro del que soy parte.

De eso te estoy hablando, me dice Leonardo. Además, ahora tienes la ventaja de poder ver esa mujer ante tus propios ojos. Mirando a Helena, me repite: Los hombres de tu espejismo tienen una especie de sueño premonitorio, es bellísima y sabia. Si por casualidad no la ves, de todas maneras, está grabada en tu corazón.

El calor habíase tornado sofocante y los espejismos se sucedían uno tras otro. Sobre esas largas playas azules suelen verse pasar barcos o vegetaciones y animales desconocidos. Una mariposa parece de improviso estar al alcance de la mano, uno se acerca un metro más y ve que se aleja y se transforma en un vaho caliente sobre el que titilan las imágenes.

De la casa, a nuestra izquierda, vimos que se encaminaba en dirección a nuestro balcón la señorita Zoila Campana. Su vestido de velo floreado le llegaba casi hasta el suelo. Como siempre que salía, llevaba ahora un amplio sombrero, además de un quitasol que debe haberle traído algún amigo desde los puertos de la China, o así lo imaginaba nuestra fantasía.

Tenía un refinamiento en cada movimiento que los burdos achacan a afectación. Al llegar a nuestro balcón nos saludó a todos con una sonrisa y pidió excusas por interrumpir la reunión. Nos levantamos para saludarla, ofreciéndole el licor de café que había sobre la mesa y un sillón en el que pudiera sentirse cómoda y a su gusto. Era una mujer delicada y frágil, y acaso por su educación, excesivamente tímida. Era rara la vez que salía de su casa que no fuera para ir a la pequeña

escuela. Jamás visitaba a nadie y nos resultaba inusitado que se hubiese atenido a cruzar el jardín que había entre ambas casas y decidirse a charlar así, directamente, con nosotros.

Achacamos el asunto a una especie de curiosidad que suele existir en todas las mujeres, pero quizás nos habíamos equivocado. Mientras tomaba a pequeños sorbos su licor de café, nos dijo que había tenido un sueño esa noche y era la razón por la que quería hablar con el Maestro Leonardo. Nosotros hicimos ademán de levantarnos para que pudiera charlar más privadamente sobre su sueño, pero con una decisión que no imaginábamos en ella, dijo: Nada tengo que ocultar y es mejor que lo escuchen de mi boca que de susurros en el viento.

Respiró hondo, como para tomar ánimo y dirigiéndose al Maestro, dijo: Todos en este pueblo saben que vengo de una familia religiosa por tradición, en la que por generaciones algunas de las hijas profesaban como monjas ingresando a conventos de clausura. Mis padres pensaron que por mi carácter quizás podía ser yo la elegida para esta vida religiosa. Traté de seguir sus buenos consejos, pero sucedíame que cada vez que visitaba la capilla adyacente al convento sufría un desmayo que podía ser de minutos o extenderse en un sopor cercano al coma, que me tenía en cama durante días. Es la razón por la que tuve que renunciar a profesar como religiosa y dedicarme a la enseñanza.

En una oportunidad tuve un sueño. Estaba al parecer recluida en una celda subterránea y con el cuerpo enteramente llagado por los tormentos que voluntariamente o no sufría de manos de un pequeño enano, que con cara maligna esgrimía su látigo sobre mis espaldas sangrantes. Agotado al fin, fastidiado por algo que yo ignoraba, sacó un cinturón de metal que estaba calentado al rojo sobre un inmenso brasero y me dijo: Para que sepas, mientras tengas este cinturón de espinas apretando tu cuerpo, hombre alguno se acercará a ti y no podrás amar a nadie, aunque lo desees. Apretó el

instrumento de tortura sobre mi cuerpo y fue tal el dolor que perdí el conocimiento.

Cuando desperté al día siguiente fiebre y angustia me devoraban, ya que, aunque era un sueño, me sentía condenada. Un par de días más tarde los cuidados y el cariño que me brindaron mis padres me tenían en vías de recuperación. Sobre mi cintura, sin embargo, subsistía una cadena de llagas, quemaduras impresas sobre la carne por un cinturón adornado de espinas. Es algo que al paso de los años me atormenta, ya que no lo puedo borrar de mi cuerpo, y cada vez que se repiten las quemaduras hacen que me aleje de cualquier hombre que pudiera amarme. Cuando los chicos me manifiestan su cariño inocente, me aleja el temor de hacerlos partícipe de este sufrimiento.

Se detuvo a efectos de la emoción y el esfuerzo indudable que le costaba contar estos hechos dolorosos. Tomó un poco de agua y luego continuó: Creía que para siempre este era el camino trazado por el destino a mi vida, y sólo hace un par de días, cuando vi llegar al hijo de los Zeller convertido en un hombre y acompañado de tan dignos visitantes, sentí que mi vida podría tener otro signo. Cuando paseábamos la noche pasada frente a casa, encontré entre las flores un naípe que me pareció ver entre los dedos del Maestro horas antes, lo cogí y pensé entregárselo en cuanto lo viera de nuevo.

Anoche, en la oscuridad, me acordé de la antigua carta y se me ocurrió verla más detenidamente. No prendí la luz porque sobre el velador brillaba y parecía iluminar todo lo que en ella se veía. Me pareció hecha en un pergamino grueso sobre el que se habían estampado algunos grabados antiguos. Pero al mirar más detenidamente vi con sorpresa que éstos se movían, como abriendo paso a una persona que llegaba. Fue una verdadera sorpresa que la persona que veía en el naípe era yo misma que mirándome y riéndose me decía: Deja de torturarte inútilmente. Acto seguido empezaba a sacarse la ropa que lanzaba al viento hasta quedar desnuda

por completo. Venía entonces el venerable Maestro y con un pincel que mojaba en vino, repetía: Que se borre, que se borre, que se lo lleve el viento y no vuelva. Pasaba una y otra pincelada de vino rojo sobre mis llagas y estas empezaron, poco a poco, a desaparecer. Cuando no quedaba ni la más mínima señal del cilicio que me torturara durante años, el Maestro me pasaba una copa del mismo licor y me decía: Todo tendrá que suceder como en los sueños, después de que hayas bebido de este vino equivalente de la sangre, besa al primer hombre que sepas que te pudiera haber amado y estarás curada para siempre.

Desperté hace algunas horas y vi caer nieve sobre la arena, lo que me pareció un milagro. ¿No podría suceder algo semejante conmigo? He estado horas cavilando, vi al Maestro sentado en vuestro balcón y decidí seguir los dictados de mi corazón. Calló, como avergonzada de haber hablado sobre algo prohibido; la vi cerrar los ojos y aguardar para saber la reacción que habíamos sufrido por sus palabras.

Guardamos silencio mientras no respondiera el Maestro a quien había en verdad venido a consultar. Escuchamos que éste decía un par de frases en arameo a Helena Ferrucchi y luego, dirigiéndose a nuestra profesora, le decía: Gracias querida amiga, por la confianza que ha tenido con nosotros, relatándonos tan dolorosos sucesos. Como no quisiera repetir el sueño aquí, ante vosotros, al aire libre, ruego a Helena que la acompañe al interior de esta hospitalaria casa. Mi madre asentía complacida. Nosotros, agregó, os esperaremos para el brindis con el vino de sangre.

Vimos como la señorita Zoila seguía a Helena hasta el dormitorio de mis padres. Asmodeo trajo un frasco de cerámica negra y un platillo con un pincel que Leonardo pidió a Mamá hiciera llegar a Helena. Es usted, señora Rosa, quien mejor puede ayudar a Zoila con su buen ánimo, por favor permanezca con ellas, le agregó Asmodeo. A los presentes, Carlos, Katty, Ida, Kuni y yo mismo, nos extendió un naipe

a cada uno: Así todos podremos ver la prodigiosa curación y transformación de la señorita Zoila, nos dijo sonriendo.

En verdad, como si fuera un espejo, cada carta de naipe nos mostraba lo que sucedía del otro lado de la pared. Para darle ánimo a Zoila, Helena le pasó el pincel con vino sobre los finos labios y vimos lo que casi no creían nuestros ojos: Zoila Campana se arrancaba el traje de velo a pedazos, las delicadas prendas caían al suelo casi deshechas y en un instante vimos emerger un cuerpo blanco y gracioso que como único distintivo tenía un cinturón color de sangre en la cintura. Helena untaba el pincel en vino y pasándolo por la cintura repetía la salmodia: “Que se borre, que se borre, que se lo lleve el viento y que no vuelva”.

Al parecer luego repetía lo mismo en un idioma que suponíamos era arameo y veíamos cómo el cinturón lacerante y cruel se iba borrando del maravilloso cuerpo ante nuestros ojos. Cuando toda señal de cicatriz o marca había desaparecido, Helena vertió el resto del vino de sangre en el platillo de cerámica y se la ofreció a Zoila. Ésta la bebió al punto y como si le hubieran insuflado una prodigiosa energía, se colocó un mantón semitransparente que tenía en sus manos mi madre y plena de felicidad salió a vernos en el balcón. Sus ojos ardían de entusiasmo por lo que había sucedido y recorriendo con su mirada a todos los presentes, clavó en mí sus ojos y me dijo: Te vi tantas veces de niño devorándome con la mirada, que no puedo dar a otro este primer beso que como mujer le doy a un hombre. Además, estoy segura de la realidad de tu amor. Se acercó a mí y sentí sus labios ardiendo como brasas sobre los míos en tanto que sus brazos me estrechaban.

Vi que todos vitoreaban, y yo, un poco avergonzado, trataba de reír. Helena me cogió la mano y dándome otro beso me dijo: Yo espero que de esta manera puedas olvidar tus amores de niño.

Asmodeo trajo copas y todos brindamos por el amor.

Zoila Campana, con un ánimo que desconocíamos, abrazó al Maestro y corrió a través del jardín hacia su casa para así hacer la imagen de la felicidad; no llevaba sombrero, ni sombrilla y, por primera vez, parecía gozar el sol del desierto.



ENGARZANDO SUEÑOS

Hacia ya horas que era pasado el mediodía y el Maestro se disculpó, porque tenía que retirarse. Tengo asuntos pendientes, dijo, ¡nos veremos en la noche! Lo vimos llamar un vehículo y embarcarse junto con Gaspar, Salomé y Judit, para tomar el camino en dirección hacia el volcán San Pedro, avanzando por la parte desierta del Salar.

Mi madre y mis hermanos decidieron que había que preparar algunos asuntos para la boda a celebrarse esa noche y nos dejaron a Helena y a mí al cuidado de la casa. Aquí, sentados en el balcón, veíamos ahora correr el viento que dispersa todo resto de espejismos. Aparecían de cuando en cuando remolinos de aire caliente que avanzaban como una gran columna en el desierto. Recordé las tantas veces que de niño fabriqué enormes ruedas de cartón haciéndolas correr sobre la arena. El viento las arrastraba lejos y era posible que tres, o hasta diez días más tarde se pudiera verlas volver. El verdadero problema era poder correr y detenerlas. Siempre habíamos escrito poemas o peticiones a lo que estaba más allá de nuestra vista, y esperábamos que alguna vez podríamos por este medio obtener una respuesta.

Viéndome contemplar los remolinos, Helena sonreía. ¡Son juegos de niño!, me repetía, mientras asomaba a sus labios una voz cantarina que hacía comentarios en italiano. Se entretenía con las nimiedades que le contaba. Yo en cambio, me dijo, pareciera que he vivido un sueño sin término en el que miles de seres se deshacen, uno tras otro, en polvo. Y quizás en esos sueños he sido cruel, y hasta malvada. Porque todos los seres tienen una parte en sombras de su propio corazón. Vi nublarse su rostro y aflorar en sus ojos ese aire de melancolía que había podido advertir en otras oportunidades.

Si todos tenemos una parte secretamente oscura en nuestro existir, le dije, yo también la tengo, y ahora que tu mano está sobre

la mía te puedo decir que no he logrado la santidad, sino esa sed de absoluto que he tratado de encontrar en tantas mujeres.

Helena sintió que estaba a punto de contarle algún episodio de mi vida y volviendo el rostro hacia mí, dijo: ¡Si supieras que sé mejor que tú de esa sed que te devora! La advierto cada vez que me pierdo al fondo de tus ojos. Es algo que he esperado por años, y que ahora, visible para ti, lo conozco de memoria. La vi sonreír y sentí un dejo de pudor que me invadía. ¿Sabía más de mí que yo mismo?

Ella me estrechó en sus brazos y me dijo: ¡Nunca más tendrás que esperar a esa mujer soñada! Estoy aquí por un destino escrito ya hace siglos y lo único que ha escapado a mi vista son tus sueños que se dan en otro universo paralelo. Si me quieres dar un regalo que para mí es lo máspreciado, relátame tus sueños. Así podré saber de otros caminos y otros rostros que te ha tocado enfrentar a lo largo de los años. No temas, repitió, cualquiera sea la vida, hasta el fin de la eternidad, yo estaré a tu lado, tomando las formas de tu deseo. La vi tan cálida en su vestido de colores radiantes que me tendí a su lado y posé la cabeza sobre su falda. Su rostro, sus labios eran como una aparición. La dulzura de su contacto me sumió en el sueño.

Al parecer estamos de viaje o de paseo con Susana.

Hemos llegado a una especie de hotel, muy primitivo, que me recuerda las imágenes de edificios bombardeados durante la guerra. El lugar está situado en la parte alta de la avenida de Las Condes, algo más arriba del Instituto Cultural. Los dependientes son amables, gente simple, muy primitiva.

Nosotros hemos pedido una bebida para calmar nuestra sed, pero al parecer ellos, por un error nos han inscrito en este hotel. Susana está disgustada por esto, pero en verdad no reviste ninguna importancia. En un papel pegado al muro está la lista de los habitantes y entre ellos L. Zeller, así, sin ninguna otra nota. Por lo demás, yo le trato de explicar a Susana, toda la gente es tan primitiva, todos con ese aire típico de chileno

medio, vestidos de gris negro, con unos bigotitos muy bien recortados, a lo Homero Arce, o como René Amigo, mi querido cuñado.

Recorremos la vieja casa destartada, casi no hay luz y los pisos son de tierra apisonada. Quizás existe un regio piso de mármol, pero diríase que nadie tiene preocupación por arreglar esto. Supongo que alguna vez el lugar ha sido una gran mansión, pero ahora sólo restan los muros de piedra, los fierros retorcidos y el polvo. Algunos árboles, como en todas las viejas casas de campo, son lo único vivo. ¿Ha ocurrido alguna vez algún desastre? ¿Ha sido siempre igual? Ahora no puedo saberlo, ni existe persona alguna a quien pueda preguntársele.

Nos encontramos con Amparo y Eugenio Granell, el pintor. Al parecer también andan de viaje. Charlamos de algo, no sé de qué, algo difícil de solucionar. Todos estamos de pie alrededor de una mesa tratando de revisar papeles que nuestros amigos tienen que llenar. Entretanto, yo y Susana nos acercamos a un pequeño estante donde se exhiben curiosos recortes en papel. A primera vista diríase que están hechos en China, pero luego nos damos cuenta que corresponden a un estilo diferente. Al parecer compramos alguno.

Mirando las paredes de barro veo que allí está escrito el nombre, acaso la firma del poeta Rosamel del Valle. Se lo hago notar al posadero, pero él me responde que ahora corresponde a la firma de otro hombre allí presente: Persona vestida de negro, simple como los familiares del mismo Rosamel, atento, casi deseoso de hacerse notar. Me pregunta si me alojo en el hotel, yo le respondo afirmativamente.

Salimos al patio. Querriamos quizás irnos, hacer otra cosa. El lugar parece en ruinas y hay un abandono lamentable. Desde el jardín, a lo lejos, diríase una ruina rodeada de arbustos. Volvemos sin embargo al lugar, ya que, al parecer, va a comenzar una función de cine. Con toda naturalidad nos acostamos con Susana en una cama frente al escenario, un poco hacia la derecha. Queda libre una banca muy tosca, de cinco o seis metros, destinada a que se sienten los espectadores. No veo sin embargo que lleguen, no hay película tampoco. Bajo las frazadas nosotros nos miramos y hacemos el amor. Advertimos que las colchas están rotas, que nadie pretende arreglarlas, que todo está, como el resto, abandonado.

Nos levantamos. Tendremos que ir a comer, supongo. Sobre el banco hay extendidos diferentes recortes en papel rojo pálido, tienen algún parecido con los recortes que yo mismo hago. Compramos algunos y los meto en un libro para que puedan conservarse sin mayor daño. Avanzamos entonces hacia el interior de la casa. Hay allí una mujer vieja, ¿Susana, acaso?, y una pequeña niña de cuatro o cinco años, que muy seria, como cumpliendo con un ritual, me muestra un saquito de aproximadamente quince por veinte centímetros, de terciopelo gris azulado. Allí tiene a un niño pequeñito, muy frágil, y en proporción, con una cabeza enorme.

Ella me habla y me dice que el pequeño niño se llama Ludwig Zeller.

Yo trato con todo cuidado de tomarlo en brazos. Así resulta levemente más grande, y trato de tenerle sujeta la cabeza para que no se le dañe. Curiosamente el niño habla como un adulto sabio, la chica me había explicado que era difícil hacerlo comer, por lo pequeño de su boca, sin embargo, es ahora él quien me habla. Me pregunta qué idioma prefiero. Yo le contesto que castellano, que es lo único que entiendo como idioma.

Él me dice que no importa, puede traducir desde cualquier lengua. Diríase que ve la mente de los otros y que puede expresar lo inexpressable. Me habla como desde otro mundo u otro nivel. Si supieras, me dice, cómo se amplían las imágenes (como un “blow up” en papel fotográfico), para ser traducidas en detalles, hasta los más nimios.

Veo que el ser que tengo en mis brazos, con toda su fragilidad es un cerebro excepcional capaz de ver cosas y seres del futuro o el pasado. Y quizás mi deber sea cuidarlo y hacerlo crecer. Hay tantos aspectos de este ser que me resultan familiares a mí mismo, con razón lleva mi nombre y es necesario que no sufra los traspies que he tenido en la vida.

Quizás es mi doble, mi ángel, mi otro yo.

Sentí la sensación de despertar, de acomodar mi cabeza no ya entre almohadas, sino en el regazo más dulce que pudiera encontrar. Helena pasó las yemas de sus dedos por mi frente y me preguntó: ¿Por qué te sigue doliendo? No sé, le dije,

hay algo en el pasado que yo no entiendo y que a veces no me permite caminar con tranquilidad; es como si el mundo estuviera desolado. Ella volvió a pasar sus dedos sobre mis párpados y con voz muy dulce me dijo, sigue soñando.

Al parecer estoy de visita en casa de mi madre. La construcción es de madera absolutamente cuidada y en su color natural, pero al interior no hay pintura ninguna, objeto o mueble. Son sólo paredes, puertas, ventanas. El suelo está apisonado, pero no hay tablas en el piso. Yo me pregunto qué ha sucedido, mi madre que está como contrita, me cuenta que Papá está muy débil. Voy hacia lo que sería un dormitorio y lo veo en un camión de levantarse, en verdad se ve extremadamente flaco y demacrado.

Viene hacia mí y me abraza; más bien tengo la impresión de alguien que cae entre mis brazos. Tiene la cabeza echada hacia atrás y me doy cuenta que es el cuerpo del Cristo, esculpido por Miguelangel, en brazos de la Virgen. Salgo, al parecer, hacia afuera: Una inmensa llanura cubierta de arbustos de uno y medio metro de alto sobre una especie de lecho de río seco. A lo lejos se divisan montañas de color azul intenso. Quizás amanece, quizás hay Luna o es la hora del crepúsculo.

Veo galopar en dirección hacia donde estoy, a un jinete a caballo. El animal es negro y me recuerda antiguos grabados tibetanos o mongoles. Su traje, su armadura también son exóticos. Se acerca más y más, a todo galope. Cuando está a un par de pasos, no detiene a su animal, sino que me arroja, pasando sobre mí. Al parecer hay en todo esto un peligro, algo indefinido que flota en el aire. Retorno a casa de mis padres.

Sentí las yemas de Helena acariciando mis sienes, dándome valor en los momentos de flaqueza. Hay que tener paciencia, me repite, el agua vendrá alguna vez, desde adentro. Siento que sus labios pasan sobre mis párpados...

Estoy en un amplio caserón de dos o tres pisos con ese diseño de los patios cuadrados que se usó durante la colonia y a través de los cuales, mirando por ventanas o balcones es posible acceder a gran cantidad

de niveles, en los que vive otra gente. La casa es una residencia de los jesuitas y tengo la sensación de que es muy tarde en la noche. Sé en el sueño que tengo que dejar un mensaje, aunque no sé muy bien ni el contenido ni la forma del mismo. Lo único que me resulta claro, mientras recorro los pasillos en semipenumbra, es que será difícil volver, y que desde este lugar puedo ver "otros mundos". Advierto que otros seres y otra gente bailan vestidos de etiqueta. Un mozo que pasa me indica cómo puedo volver a mi habitación, no logro verle el rostro, ya que todo está visto desde lo alto.

Veo luego que estoy junto a la plazuela que existía en Río Loa. La media Luna gira en lo alto del cielo produciendo una luz lechosa. Descubro por vez primera que no es la Luna, sino un nuevo astro que brilla allá, en lo alto. Se ve aproximadamente como media Luna, aunque más informe. Mi primer pensamiento es que quizás podría ser habitable para los hombres, pero de inmediato me doy cuenta que es imposible: Está hecha de fósforo que la hace luminosa, pero no existe vegetación, ni agua.

Camino por la plaza, ahora en compañía de Papá y otra gente que avanza y retrocede en el desierto. Todas son mujeres que luego desaparecen y se convierten en pequeños montones de arena de aproximadamente cincuenta centímetros de diámetro, parecidos en la estructura al rastro que dejan las almejas en la playa. Tampoco entonces se ven las almejas, sólo los hoyitos y la arena en torno. Entre las mujeres me es posible reconocer a una de ellas, Denise Doré, iluminada por esa luz de fósforo del nuevo astro en el cielo. Es agradable volver a verla, muy bella, como en el mejor momento de su vida.

Vamos luego con Papá hasta un túnel abierto como un tajo en el desierto; digo túnel, porque veo que de cuando en cuando tiene compuertas. Avanzamos dentro de esa zanja-túnel, en una plataforma que se desliza velozmente. En la pared, a la derecha, veo girar luces de neón que también tienen un movimiento rapidísimo, aunque más adelante se torna imposible avanzar, ya que en esta parte existen imanes que cierran las compuertas. Comprendo que es gracias al conocimiento y al cariño de Papá que he podido llegar a este lugar desconocido en el desierto, desde el cual, de alguna manera, se puede ver y observar a los otros seres.

En una segunda parte del sueño camino por los suburbios de una ciudad donde viví hace treinta años. Son edificaciones antiguas, de uno a tres pisos, con negocios, casas particulares, etc. Voy con otra persona por la parte derecha de la calle, no por la vereda, sino por el interior de los edificios mismos. Diríase que somos semejantes a espíritus y que podemos atravesar las paredes; hay pasillos que van de casa en casa.

Llegamos a un lugar que es una distribuidora de bebidas, en los patios veo camiones y gente trabajando, pero me doy cuenta de que allí vive Yolanda. Este hecho me resulta incómodo y trato de no encontrarme con ella. No la veo, pero descubro en cambio, que en el lugar vive una muy bella mujer que está sentada meditando, rodeada de grandes globos de cristal. El conjunto, mirado desde la distancia es un inmenso mándala, de luces y color azul intenso. La mujer que medita es tímida y llena de pureza, como un niño. Yo le hablo con amor, pero ella me indica que su padre, que está con otra persona, la está vigilando. Éste y la otra persona van vestidos enteramente de blanco, como algunos hindúes, y tratan de descifrar entre ambos un libro de mantras. El texto está en un idioma oriental, árabe, hindú, quizás, encuadernado también en cuero blanco.

Yo me doy cuenta que mirando, escuchando hacia el interior de mí mismo, el mantram sale traducido desde mi boca, cosa que al parecer maravilla a los dos hombres. Cruzo la calle y ya en la vereda izquierda escucho que la bella mujer me llama para hablarme. Me cuenta que el padre la ha autorizado para salir cuatro horas conmigo, que podemos pasear donde queramos. Yo no siento sorpresa por esto, le digo que vendré por ella en media hora más, a lo que la mujer responde besándome en la boca. Es un ser bellissimo que irradia encanto. En la situación en que la he visto es el centro de un mándala. Tengo la sensación al despertar que la voy a ver de nuevo en el futuro, que una maravillosa mujer viene a mi encuentro.

Mi cabeza parece revolverse en un océano de dulzura, Helena protege mi sueño y pareciera que su contacto es un bálsamo. Una tras otra se suceden las imágenes, pero las yemas de sus dedos tocándome el rostro me dicen que no tema, que siga adelante.

Me veo en un lugar desértico, es de noche y la Luna ilumina cada contorno de las plantas o las pequeñas matas que crecen en el lugar. La sensación es de paz y tranquilidad. De improviso veo frente a mí a una bellísima mujer que me sonríe, invitándome a acercarme. Ella va acompañada de dos inmensos pájaros que la flanquean en cada movimiento. Es sumamente atractiva y produce en quien la mira una verdadera seducción, pero entiendo en el sueño que de estar con ella tendría que morir, ya que es una diosa, una entidad que está sobre nuestra condición humana de sentir. Esa es la razón de que su ropa y los pájaros de un tamaño tan alto como el de un ser humano, su rostro y todo su cuerpo son de oro, flexible y natural, pero de oro.

Ella se da cuenta de que yo la amo, que mi sentimiento es verídico. Veo entonces que alrededor nuestro, como protegiéndonos se alzan paredes de cristal que permiten ver el paisaje, pero que nos protegen de todo el resto. Hay un peligro en el yacer con esta mujer-diosa; ella lo sabe y me dice que aguarde un poco, ella va a hablar con Dios, ya que ella es Israel. La veo salir de este edificio de cristales y siento a lo lejos un ruido de tormenta o terremotos. Es Dios que está hablando con la mujer. Ella suplica para que pueda estar con ella y por mi condición mortal, no tenga que morir. Siento que los truenos se van apagando, como si hubiese pasado una tempestad.

Despierto muy excitado y cuento mi encuentro con la mujer de oro a Helena que sonrío, acariciándome la cabeza. El sueño me ha conmovido profundamente, los pájaros, la mujer de oro y de amor, que es Israel. Sólo el dulzor de sus yemas sobre mis sienes logra calmarme. ¿Para qué interrogar cada uno de los misterios?, me dice. Venimos rodando desde hace millones de años, y muchos fantasmas se cruzan en nuestro camino. Hay un océano de sorpresas al fondo de tus sueños. Yo no puedo resistirme a volver a apoyar mi cabeza sobre su vientre, tratando de escuchar una melodía inaudible.

Voy junto con otras personas, todas ellas mujeres, en un paseo o viaje para trepar una alta montaña. El lugar es muy arbolado y se nota el cuidado de arbustos, caminos, flores, etc.

Hemos llegado a una hostería-templo, de paredes blancas y desnudas. El interior del edificio no presenta ninguna característica especial, salvo la altura de los cielos, del doble o más que el tamaño de una habitación normal. Beatriz, otra mujer, o simplemente fantasmas, son lo único que me acompañan en esta aventura.

De pronto, al penetrar en una sala, siento que todas sus paredes vibran, como expresando algo importantísimo, que de alguna forma es un mensaje para mí. Comprendo entonces que en cada una de las habitaciones vacías es menester hacer un trabajo muy especial. Esta labor consiste en pensar, o crear un poema que represente lo más extremo que es cada una de estas salas, aparentemente anodinas e iguales.

¿Entonces para esto he venido hasta acá? ¿Para esto he subido la montaña, para poder realizar esa combinación de sonido e imágenes que puestos en un orden dado puedan expresar, ser el poema tanto tiempo esperado? Sé que tomo conciencia de esto, que es mi destino, que es preciso realizar lo que el tiempo exige de mí.

Me veo luego de nuevo en compañía de otras personas (casi irreales), y les propongo bajar la montaña por el mismo camino por el que habíamos venido. Una persona importante y sabia me señala que es menester bajar primero desde la cumbre en una especie de ascensor, para luego seguir en un tren que serpentea por las laderas. El tren es de color amarillo, semejante a esas balsas de plástico, salvavidas, pero en un tamaño inmenso y flexible. Parece que es la única forma de sortear los peligros.

Estoy frente a la casa en Río Loa, un poco hacia la izquierda, en dirección al volcán Miño, donde en sueños veo depresiones en el terreno. Pero ahora no estoy allí, sino cien o doscientos metros más abajo, enterrado en el interior de la roca. Es dificultoso moverse, imposible salir. Indudablemente ha habido un cataclismo y estoy muerto.

Me veo a mí mismo sobre una mesa de operaciones en una habitación estrechísima. No siento emoción alguna. De improviso entran dos médicos acompañados de una enfermera. Me sorprende que el primer médico, vestido de blanco, tiene por rostro una cabeza de perro. Es brusco, casi brutal. Aparta, quizás con sus dedos, quizás con garfios, las costillas de mi pecho y

busca el corazón para, cogiéndolo, poder devorarlo. Está furioso, mi corazón ha desaparecido, y aunque él da manotazos a diestra y siniestra, no encuentra nada dentro de mi pecho. Al parecer se va.

Viene entonces el otro médico y veo con extrañeza que tiene una inmensa cabeza de ave de rapiña sobre los hombros. También está furioso como el anterior y picotea en mi dentadura, extrayéndome los dientes como si fueran granos de maíz. Siento que mi boca está vacía, pero él sigue furioso, ya que en mi dentadura hay trozos de metal que no puede tragar. Parte en pedazos entonces mi dentadura y me dice encolerizado que de todas maneras podrán pasar miríadas de siglos hasta que logre volver a la costra de la superficie.

Cuando los médicos se han retirado, viene la enfermera, ahora absolutamente envuelta en vendas que la cubren literalmente de pies a cabeza. No tiene rostro, sólo sus brazos, también amortajados, se mueven con agilidad. Ella tiene una especie de caja de madera y no sé bien en qué forma, me arranca el pene y los testículos. Ella es la única que ha encontrado algo en mí. Se va como una sombra, es la sombra sin fin donde estoy sumergido para siempre.

Pienso que en toda la corteza terrestre existen a veces grietas y entonces, despacito, musito versos de un poema, única cosa que puedo hacer. Los versos suben por las hendiduras de la roca y alcanzan el lugar aquél, frente a la casa en Río Loa. Allí está verde, me doy cuenta que los poemas toman la forma de inmensas flores azules de casi veinte centímetros, con cinco pétalos, un poco inusuales dentro del paisaje yermo.

Viene una mujer vestida de blanco, escucho sus pasos y temo que sea la enfermera-momia de allá abajo. Quizás lo sea, pero aquí es algo benéfico y positivo. Ella busca agua para regar las flores y permitir que florezcan y se multipliquen los poemas. Son los “vasos comunicantes” con el mundo de abajo.

Desperté como si hubiera dormido durante muchos años, aunque todo estaba igual y mi cabeza apoyada en el vientre de Helena. Traté de incorporarme y sentí que ella me apretaba contra su pecho, tierna, poseedora de una sabiduría eterna.

Ludwig querido, me dijo, ¿no te das cuenta de la cantidad de formas en que te he buscado? He tomado mil rostros, he cruzado solitarios caminos para llegar a tenerte entre mis brazos. Yo misma soy todas las mujeres que tú imaginas, el eterno femenino que pulsa alrededor de ti, la imposible que buscas y que son también todos los fantasmas. Yo soy “La novia mística” que pintó Susana, donde una joven desnuda abre su pecho y muestra el corazón grabado con unos versos escritos por ti. Es por eso que el perro no encontró su alimento, estaba en otra parte, dentro de mi propio pecho. Yo soy la que cubierta por vendas desciendo en las rocas y robo tu pene y tus testículos, como lo hizo Isis con Osiris, sólo para protegerte, para que a pesar del cataclismo se pueda preservar al hombre maravilloso que musitando versos me despierta con flores para que pueda venir a su encuentro, para estar a tu lado, ser la almohada de pétalos azules en los que sueñas.

Sentí que el viento soplaba moviendo los viejos pimientos. Parecía que el tiempo hubiera tomado otra dimensión y que cada partícula de este instante era precioso y eterno. Sentado al lado de Helena miré en el fondo de sus ojos. No habían llamas allí, sino ese fluir del río que va de un ojo al otro de los que se aman, eran tan pobres las palabras, parecía que todo el universo estuviera resumido en esa presencia femenina.



BODA DOBLE CON DISFRACES

El tiempo transcurrido en el balcón había pasado como un soplo. Las risas y los comentarios de mis hermanos me trajeron de nuevo a la realidad. Al parecer todo el pueblo se preparaba, aunque pocos eran los invitados, para asistir a la boda del Elvira y Sixto. Era una fiesta que no estaba prevista en calendarios y cada cual quería ver cómo se desarrollaban los eventos.

La casa de Elvira, ubicada en el centro de la población, era pequeña y mi padre había pedido al Maestro que ayudara a organizar la fiesta, aunque éste manifestó que no era un experto en estas formalidades. Mi madre decidió, en compañía de la señora Rosario, hacer un pastel para los novios, y cada cual tenía que colaborar en las labores que se le encomendaran. Como yo estaba de visita se me libró de toda obligación doméstica y podía charlar con mis hermanos que reían.

Katty se sentó con Helena y conmigo en el balcón y expresó dudas del éxito de la fiesta. Ayer, nos dijo, para cada uno era evidente la alegría de Sixto, pero ahora —acabo hace una hora de hablar con él—, me pareció preocupado y temeroso por los malos augurios. Al parecer ha tenido un sueño al amanecer que lo ha dejado pensativo. Después de mucho insistirle me contó lo siguiente:

“No sé, Katty, exactamente lo que me sucede. Estoy loco por Elvira, pero como todo esto del casamiento es tan apurado, me angustio. No estoy seguro de que venga el cura desde Calama, sé de su mal carácter y además, como esta mañana le llevaron el ataúd con el cuerpo de doña Tomasa, me imagino que ha de estar furioso con este pueblo. Quizás tu padre y el distinguido señor que los visita pudieran servirnos de testigo, o darnos un certificado de la ceremonia. Al parecer todo el pueblo está contento, Siglic me regalará un par de anillos, pero tengo temor.

No sé exactamente lo que me sucede. Además, tuve un sueño que me pareció de mal agüero.

Andaba con un grupo de otras personas por un camino recién asfaltado. Alrededor crecían flores entre matas de arbustos y de pasto. El camino era sumamente lleno de curvas y de pronto me percataba de que andaba perdido. Podía oír las voces de las otras personas, algunas riéndose. Llamaba a los que venían conmigo, pero escuchaba ecos, quizás me oían, pero no lográbamos reunirnos. Desesperado, al fin decidí seguir el sendero asfaltado. Las matas de arbustos se hacían más altas y en muchas partes el camino se dividía en dos o tres direcciones que me parecían eran la entrada a un laberinto. De improviso escuchaba música y aguzando el oído me daba cuenta que era una marcha nupcial. Pero yo no encontraba el camino, y Elvira seguramente estaría enojadísima conmigo. Además, estos arbustos se hacían cada vez más altos y espesos y no sabía cómo guiarme cuando llegara la noche. Traté de correr, de dar gritos, pero todo era inútil.

En alguna parte me esperaba Elvira, pero no sabía cómo llegar hasta ella, era un día tan especial y yo había cometido la tontería de perderme entre estos arbustos que jamás había visto, que no están en Río Loa, sino quizás en qué quebrada perdida hasta donde llegaba el sonido de la música.

Señorita Katty, no sé qué hacer. Si usted puede, ayúdeme.”

Mi hermana había prometido ayudarlo, pero no sabía bien lo que se podría hacer. De lo único que teníamos certeza era que la boda, un tanto informal, estaría presidida por el Maestro y mi padre, a modo de ministros, ya que nadie se hacía esperanzas de que viniera el cura. Cada invitado traería consigo algún aporte para la fiesta, lo que me hizo sonreír, ya que, en Canadá, donde había vivido tantos años, hay fiestas en que cada persona lleva el trago que ella misma desea tomar, o los alimentos que le son predilectos y que compartirá con los demás.

Cuando empezaba a anochecer, acompañé a Helena hasta su casa, ya que quería lucir un traje que yo no conocía. Acordamos que yo vendría a buscarla una hora más tarde para ir juntos a la boda. En los alrededores vi correr sobre los inmensos ñandúes a los pequeños diablejos, hijos de la piadosa Inés Sarabia. No Había travesura o engaño, por peligroso que fuera, que no estuvieran dispuestos a emprender.

A ustedes, les pregunté en tono de sorna, aunque no son adultos, ¿los han invitado ya a la boda? ¡Por supuesto!, respondieron a coro, y hasta hemos preparado un pequeño número de vaudeville para entretener a los presentes. Imaginé las pequeñas maldades que estaban preparando, pero me encaminé a casa para estar un rato a solas y poder ordenar mis pensamientos. El aire cálido de la noche, la suave brisa y el inmenso anillo lunar alzado sobre el horizonte parecían ofrecer a quien pudiera sentirlos y contemplarlos esa magia que comunica la luz reflejada sobre los objetos. Me tendí sobre la hamaca del balcón y cerré los ojos para ver bajo los párpados la imagen de Helena. Todo estaba tranquilo, el viento se deslizaba suavemente sobre las arenas produciendo esos juegos de serpentina que se extienden en olas y que cuentan los secretos del desierto.

Eran muchos los varones que en el pueblo tenían quebrado el corazón por los encantos de Elvira y era un secreto a voces que Papá era uno de ellos. Sin embargo, los sucesos no parecían afectarle y reía con el Maestro haciendo bromas sobre el asunto. Se prepararían las cosas necesarias en casa de la novia y los que tenían deseos de bailar podían luego pasar al bar-club que era más amplio. Así tendrían todos su oportunidad de festejar a los recién casados, o recordar hazañas semejantes.

Mamá pasó junto con otras señoras que habían tomado a su cargo la organización de la fiesta, y me dijo riendo que Asmodeo había desembalado varias cajas que traía como presentes para todo el pueblo. Una serie de disfraces en los

que siempre existía la posibilidad de escoger. Venía desde el almacén-pulpería donde se había instalado Asmodeo el Viejo, que estaba en compañía de Juan Siglic, repartiendo los trajes y opinando cómo se veían con ellos los destinatarios. Era, en sus palabras, una verdadera batahola.

Me pareció una broma amable, rara en una ceremonia nupcial, pero ¿quién se resiste de asumir nuevos roles armado de un espléndido disfraz? Me duché rápidamente y cuando iba hacia el almacén del pueblo, vi que venía hacia nuestra casa Asmodeo con varias cajas debajo del brazo. ¡No se moleste el sueño de los poetas!, me gritó zalamero. Aquí está su disfraz, hecho a la medida. Reía mientras entregaba otras cajas a mis hermanas que hacían chanza entre ellas sobre el disfraz que usaría el mismo Asmodeo. Todos parecían contentos e incorporados a esta fiesta en marcha. Hacía algunos minutos había llegado un camión con músicos que venían de la cercana Calama y nadie sabía muy bien quién los había contratado. Pero en todo pequeño pueblo los músicos llegan como abejas a la miel, o más bien al licor que suele regar aquellas celebraciones.

Rápidamente me instalé el disfraz que consistía en un traje negro con gorguera como los usados hace siglos por los nobles españoles. Traía además algunos aderezos para darle mayor verosimilitud; una espada con mango de coral filipino y una banda azul sobre la que se habían reunido las más divertidas condecoraciones. En verdad el traje parecía hecho a mi medida; tomé el sombrero y el antifaz con el que venía y me apresuré a ir a buscar a Helena Ferrucchi que hacía mucho rato me estaba esperando. Pero esa es una ilusión que siempre tienen los varones, ya que cuando llamé a su puerta la oí pedirme que esperara un poco, que estaba casi lista ya para la ceremonia. Me senté en el balcón para charlar con José Kruger, que acaso por nostalgia había elegido un traje de marinero. Estaba alegre y entusiasta ante la perspectiva de bailar que era una de sus aficiones. Me contó que al mediodía había ido a Calama para traer un ataúd que envolvería el cuerpo de doña Tomasa. Le había costado

conseguirlo, pero con ayuda de un carpintero amigo había podido terminar de clavarlo y traerlo en una desvencijada carreta. El cuerpo de la anciana ya olía terrible, me contó con disgusto, y ponerla dentro del cajón desarmó su moño cubierto de canas haciendo difícil ordenarlo de nuevo. Parecía que las canas tenían vida propia, me decía, salían por cada resquicio entre las tablas. Sara, la mulata, había efectuado unos sahumeros para alejar el ánimo de la difunta y le colocó dos grandes piedras amarradas con cuerdas a los tobillos, lo que, según ella, le dificultaría andar vagando por el pueblo como ánima en pena. Vi, me decía Kruger, que le puso dos monedas antiguas sobre los ojos y un puñado de ceniza en la boca, todo esto con el apuro de quien desea que lo antes posible sea sacado el ataúd fuera de la casa. Los divisé en el balcón, pero no quise molestarles, ya que el carretero urgía que partiéramos y el desagradable olor nos seguía a todas partes. Fui con el carretero hasta la iglesia de Calama. En el camino nos fue cogiendo a ambos cierto temor, ya que nos parecía que la difunta trataba de mover las piernas, pero como estaban atadas a enormes piedras, eran éstas las que chocaban contra las paredes del cajón. Te aseguro que lo he hecho sólo por amistad con Gustavo, porque el asunto no ha dejado de causarme cierto horror.

Yo traté de tranquilizarlo, era de día claro y en esas horas no hay difunto que trate de molestar a los vivos.

Sin embargo, agregó Kruger, ni el cura quiso recibirnos, ya que Tomasa tenía fama de bruja y para colmo jamás había ido a su iglesia, y menos aún confesado sus pecados. Como amenazamos con dejar el ataúd allí mismo, frente a la iglesia, el cura prefirió, entre improperios, ordenarnos que la lleváramos a una capilla cercana que estaba en desuso y que distaba dos o tres cuadras. Allí podríamos dejar el cadáver, y si alguien quería venir a velarla, la puerta estaba abierta. El lugar más parecía una bodega con cruces y flores secas, pero quizás era lo que habría deseado la finada, y nosotros habíamos hecho

nuestra parte. Veríamos mañana de acompañar los restos al cementerio y enterrarla según era su deseo.

Suspendimos nuestra charla cuando vimos aparecer a Helena Ferrucchi. Un tocado muy complicado rodeaba su rostro y el traje, relativamente simple, era de terciopelo tornasolado. La saludamos con admiración, aunque le dijimos que parecía muy seria con esa tenida. Ella, riendo, nos respondió que de disfraces no entendíamos nada, ya que este era sólo el abrigado mantón que al abrirse mostraba un traje blanco con cordones de vivo color que terminaban en perlas. Me parecía una de esas estatuas eróticas de India, envuelta en el terciopelo suave y acariciante.

Para esta oportunidad, nos contó, le he encargado a los pequeños que nos busquen una calesa antigua que viene mejor con nuestros aperos. En ese instante vimos aparecer a Gaspar que con gran ceremonia se dirigía a Helena diciéndole: Graciosa Majestad, Contesta Ferrucchi, la calesa está a la puerta para llevaros, junto con los señores, a la boda. Nosotros los escoltaremos en Osuli, Roderroc y Olleb que se han acostumbrado a nosotros. Así fue que subimos a una antigua calesa que jamás habíamos visto antes, y que nos llevó, escoltados por los tres pequeños riendo sobre los grandes avestruces. Los ojos al rojo de los caballos relucían en la oscuridad.

Rápidamente nos encontramos en el centro del pueblo, rodeados de curiosos que no podíamos reconocer del todo, ya que se escondían tras los disfraces. Salté a tierra y extendí mi mano a Helena que a la luz de la Luna me pareció más atractiva que nunca. Kruger bajó y reuniéndose al grupo trató de ubicar a alguna de mis hermanas, para poder entretenerse en el baile después de la boda.

Helena y yo, tomados del brazo, entramos en la pequeña casa y vimos que en cada habitación había seis u ocho personas que no reconociéndonos nos saludaban con una venia. Lo que resultaba curioso para mí fue que una tras otra

las habitaciones débilmente iluminadas se sucedían, y yo no las había visto jamás. Después de haber cruzado cinco o seis, entramos a una estancia mayor, vivamente iluminada, y en contraste con lo desnudo de las otras, en ésta colgaban telas de vivos colores. Allí, tras una mesa rectangular estaban Papá y el Maestro, esperando a los novios.

Vimos que algunos minutos más tarde llegaba la flamante pareja, ella con un traje de novia blanco, en el que movíanse con la luz distintas flores. Sixto, el novio, vestía un discreto traje oscuro y llevaba unos zapatos de alto taco que agregaban algunos centímetros a su estatura. Los músicos interrumpieron su zarabanda y el ruido se apagó completamente.

Los novios se habían hincado en un reclinatorio improvisado con dos fuertes cojines y el Maestro, dirigiéndose a todos, dijo: No es un papel que me toque con frecuencia, por lo que les ruego, perdonen los pequeños errores. Junto con mi amigo, Guillermo Zeller, con quien no nos veíamos hace muchas décadas, oficiamos aquí como testigos solemnes en esta boda que ha de unir como marido y mujer a Elvira Ossorio y Sixto Lora Canto. Mi padre hizo levantarse a los contrayentes y les preguntó con un tono solemne que rara vez escuchábamos en él: Querida Elvira, ¿está usted dispuesta a soportar por marido a Sixto? Ella dudó un instante y luego profirió un sonoro sí. Igual pregunta dirigió el Maestro a Sixto Lora, y éste, un poco confuso, acaso por efecto de los nervios, parecía no entender lo que se le preguntaba. El Maestro se lo repitió por segunda vez, y cuando el prometido cayó en la cuenta de lo que se trataba, respondió afirmativamente, que estaba encantado.

Los músicos empezaron entonces a tocar de nuevo los instrumentos, en tanto que los novios intercambiaban anillos de metal entre ellos. El Maestro y Papá les felicitaban, como era de rigor, y dándoles un abrazo los invitaban a partir al club-bar donde se celebraría la fiesta. Cuando salimos en

alegre caravana hacia el baile, la novia tiró el ramo de flores que tenía en sus manos, lanzándolo al aire. No entiendo por qué razones ajenas a la física, el ramo vino a dar frente a Helena que lo apretó entre sus dedos. Todos reían y se congratulaban de que ya había candidatos para repetir la ceremonia. Apareció Asmodeo que sosteniendo una bandeja enorme sirvió a los presentes un delicioso licor que exaltó a todos. Yo junté mi copa a la de Helena y al tocarse sonó de nuevo la campana de cristal que habíamos escuchado otras veces. El armadillo, junto a mi oreja, me dijo: Cruza tu brazo y beban cada cual del vaso sostenido por la mano del otro. Seguí el consejo y a la usanza de los rusos lancé luego el vaso, ya vacío, que se estrelló contra un muro. “El amor, dijo el fiel traductor, es la única múltiple ceremonia”.

El Maestro Leonardo nos pasó entonces sobre un cojín, unos pesados anillos, en los que un texto en oro envolvía la falange del dedo anular. En ambos la escritura repetía los versos de un poeta anónimo.

*Para cantar, para seguir de vaso en vaso
Ardiendo yo destrenzo tu pelo como un río
Si pudiera beberte piel adentro avancemos
Por las campanas ebrias de la lluvia*

Nos pusimos ambos los anillos uno al otro y ví que Papá y el Maestro, no sin cierta emoción, nos abrazaban riendo. Besé a Helena y el sabor de sus labios me comunicó una dulzura sólo presentida en los sueños. Seguimos luego a todos los que deseosos de bailar hacían cabriolas en las calles del pueblo antes de decidirse a entrar al club-bar donde se habían instalado los músicos dispuestos a realizar aquí y ahora, su mejor actuación.

Aunque no soy un bailarín consumado, siento que el danzar con el ser amado es más bien un ejercicio de levitación con fondos de música. Helena se había sacado su

mantón oscuro y lucía como una estatua viva y seductora, y en esto de bailar era evidente que me llevaba una gran ventaja. Revoloteando como mariposas vimos que, en el salón, a impulsos de la curiosidad, una que otra pareja se quitaba la máscaras. Algunas felices al hacerlo, otras con un pequeño desconsuelo, por el error. Pero la fiesta y los licores preparados por Asmodeo eran capaces de poner de buen talante hasta al más empedernido inquisidor.

Después de haber gozado danzando varias piezas, decidimos con Helena huir, como lo hace cualquiera pareja en tal situación. Todos estaban tan embebidos en la fiesta que no era necesario un artificio para pasar desapercibidos. Afuera nos encontramos con los pequeños diablejos, pero Helena les indicó con un gesto que preferíamos estar solos y tomando la vieja calea que nos había traído, le indicamos al cochero invisible que nos llevara al Valle de la Luna. Allí podríamos por fin estar tranquilos. Cuando llegamos al Salar, mi adorada cómplice ordenó al cochero volver a Río Loa. Yo sé bien dónde estoy, dijo, volveremos quizás mañana.

Cuando estuvimos solos, Helena, que lucía más bella que nunca, insistía en preguntarme si estaba feliz. No es la sal, ni la luz de la Luna, le dije, eres tú la que me envuelve en este loco amor. Ella me hizo un gesto, y apartando con sus diminutos zapatos una argolla de metal que había en el suelo, me invitó a que la levantara. Parecía no pesar, aunque era parte de un sólido bloque que se abrió, dejando ante nosotros los peldaños de una escalera que bajaba. Cerramos tras nosotros la portezuela y guiándonos por esa luz lunar que produce la sal ante el menor destello, descendimos casi un centenar de escalones que nos condujeron ante la puerta de un jardín cubierto de flores. Muy cerca debía estar el mar, porque escuchábamos el romper de las olas en los roqueríos.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Hacía años que habíamos llegado, ¿habría alguien que nos esperara? ¡Nada sabíamos!

Sentí lo mezquinas que resultan las palabras cuando se quiere hablar, así, sin piel, a la mujer amada. Afloraron a mi memoria versos escritos hace mil años.

*A veces yo quisiera conjurarte en los sueños
Cuando pasas pintada por el óxido de millones de alas
De mariposas que tejieron tu manto de reina de sol
En cítaras que son piel en colmenas
Donde guardas los frutos que a diario me enloquecen
Cuando entreabres las piernas al juego de langostas.
Pero tú ya has saltado tú vives en el interior
De mi frente donde has hecho tu nido con el vellón
Más cálido de la sangre por las que fluyes constantemente
Como fuego en el agua de un vaso al otro
Por la bisagra de tus piernas puestas en veloz cruz
Tijeras que significan tigre en las almohadas.*

¡Ah!, dijo Helena reclinada en un lecho de pétalos. ¿Sabes que te he buscado bajo el rostro de múltiples mujeres? ¡Sí, recuerdo esos versos escritos en el borde de la muerte! Era un verano tibio y melancólico, en esa vieja casona de Agincourt, cuando creías que ya nada podía tener vuelta. Muchas veces aparecí en tus sueños, traté de beber de tus labios como lo hago ahora, pero era una dimensión distinta, pareciera que los símbolos cambian y a menudo te acosaban las pesadillas.

¡Sí!, le dije, ¡te he entrevisto en los sueños!, y hay una coincidencia, querida, que quizás pueda entretenerte, o hacerte sonreír al menos. ¿Sabes que la mujer que me ayudó a descifrar los sueños a lo largo de años tiene tu mismo nombre? Nacida Helena Jacobi, nosotros la conocimos como la doctora Hoffmann, por el apellido del marido, pero para sus íntimos era simplemente, Lola. Nuestra querida Lola.

Ví que Helena sonreía: Sí, a veces estoy tras el rostro de cualquier mujer. Cuántas veces me ha tocado leer tus sueños, el camino indescifrable donde te he encontrado. Sentir el amor es a veces una plenitud que nos quita el aliento. Vamos a recorrer la playa, es un mar interior que pocos conocen, y frente al cual viviremos. La vi mirar las olas y besé sus párpados aún húmedos.



UN ENTIERRO TORMENTOSO

Volver a casa me resultó difícil, la noche, ese tiempo indefinible pasado con Helena parecía ocupar toda mi mente. Cariñosamente, ella me dijo: Ludwig, quien ama, no se separa jamás; aún cuando estoy invisible a tu lado es tan sólo preciso que me nombres para que esté presente. Era ya avanzado el día cuando la fui a dejar a la casa de huéspedes.

Un café fuerte y una ducha me trajeron de nuevo a la realidad. Dejé que Helena descansara y me encaminé a la casa. Había principiado ya el calor y a lo lejos podía divisar esas engañosas aguas que pierden a los viajeros. En el balcón estaban, como de costumbre, mis hermanos en animada charla. Me saludaron con alegría contándome que me había perdido lo mejor de la fiesta.

Si supieras, me contaron, la comedia de equivocaciones que ocurrió anoche. Al parecer los disfraces ayudan a confundir a las personas, así como el delicioso licor preparado por Asmodeo. Después de partir la torta y tomar todos los brindis que ofrecían los presentes, parece que Sixto perdió la cabeza y empezó a confundir a unas personas con otras. No era raro porque a casi todos nos sucedía lo mismo. Ya muy tarde, en el amanecer, salió a buscar a Elvira, pero al parecer no la pudo encontrar. Tuvo una confusión aún mayor, ya que horas más tarde, cuando el sol estaba alto, lo encontraron en el corral de los Durand, durmiendo junto a un llamo. Él aseguró que acaso por efecto del licor, había creído estar gozando de los placeres del amor con Elvira. Volvió a la casa de ésta y la vio durmiendo. Al despertar quedó un poco fastidiada de verlo llegar.

Mis hermanos suponían, por el porte solemne que asumió Papá para la ceremonia, que fue él quien salió bailando del salón con Elvira. Todos creían que era una broma y él decía que lo era, pero al parecer, a efecto de disfraces y alegría,

le tocó en suerte reemplazar al novio en tan arduo trance. Mis hermanos me contaban que habían tratado de sacarle la verdad de la historia, pero él entre risas decía que en su noche de bodas Elvira no podía dormir sola. Ese palurdo de Sixto no aparecía, y los trajes y la oscuridad se prestaban a equivocaciones, él estuvo dedicado al amor hasta que el sol le indicó que era mejor retirarse. Mamá reía del asunto, pero aseguraba: En este error algo había de empeño por parte de Guillermo y otro tanto de Elvira, ya que, si para bailar tango se necesitan dos, para hacer el amor es natural sacarse los disfraces.

Todos riendo, parecíamos estar de acuerdo con ella.

Además, decía Ida, la madre de Elvira había rechazado disfrazarse y había venido hacía un rato a cobrarle a mi madre un cantarito que según su idea había roto Papá en su casa. Mi madre dijo no saber nada del asunto, pero como entonces se presentaron a desayunar los pequeños Gaspar, Judit y Salomé, y fueron éstos los que convencieron a doña Lucrecia que los acompañara, porque ellos le mostrarían dónde estaba el mentado cántaro. Ilusionada por las promesas la desgarbada señora había accedido a montar en una de los avestruces y junto con los picaruelos había partido, recorriendo así todo el pueblo y los alrededores. ¡El cantarito!, ¡el cantarito!, decía desesperada la señora, saltando sobre el lomo de una de las grandes aves. Pero pasadas algunas horas de trote su único deseo era bajar, aunque pareciera pegada por un encanto a su cabalgadura. Eran inútiles las burlas o pullas que toda la gente del pueblo le echaban. La verdad era que no lograba bajarse del avestruz.

Mi madre nos ofreció una pequeña merienda para el mediodía y pronto estuvimos todos en el comedor, haciendo recuerdos y riéndonos de los eventos de pasados días. Imagínate, decía Ida, que la señorita Zoila bailó durante horas después de la ceremonia. Más parecía un pájaro de lujo que una seria profesora. ¿Y Siglic, y Kruger?, pregunté un poco ausente. Kuni me respondió que al parecer toda la gente había tomado clases de baile en secreto, ya que a los

compases de la música se convertían en diestros y galanes bailarines. Yo me reí incrédulo. ¿Y Papá?, le pregunté. Tú sabes, me dijeron, que nunca ha sido un as para el baile. Pero a efectos del amor, el licor fabricado por Asmodeo o los encantos de Elvira, resultó deslizándose por la pista sin que hubiera forma de detenerlo. Todos reíamos sorprendidos, ya que sabíamos lo inútil que resultaba Papá para la danza.

Mientras charlábamos llegaron los Rosso, circunspectos, como era de rigor en su lustroso automóvil gris. Querían saber a qué hora estaba anunciado el entierro de doña Tomasa. Nada seguro sabíamos nosotros, pero pensamos que lo mejor sería encaminarnos a Calama para poder estar un rato en la capilla habilitada para esta oportunidad, y desde allí mismo partir acompañando el féretro. Esto a todos les pareció razonable. Me puse una ropa liviana y un sombrero que me protegiera del sol y nos fuimos a la pequeña plaza del lugar de donde dos buses contratados por Gustavo Schutt nos llevaron a Calama. Con ánimo más práctico muchos prefirieron ir a pie, ya que, si bien no era muy querida por los pueblerinos la difunta, su entierro resultaba de todas maneras un acontecimiento social. Papá había quedado de invitar al Maestro, si éste lo consideraba posible, así como a Helena y Asmodeo. De los tres pequeños diablejos, todos estábamos seguros que se presentarían en las sendas avestruces, ya que la oportunidad era de no pasarla por alto, sobre todo teniendo en vista alguna travesura.

Calama es un pequeño pueblo que quizás ya existía a la llegada de los españoles —así solía contar el alcalde—, pero en verdad, aunque situada en un valle verde y regado por el río, la presencia del polvo hace disminuir cualquier encanto. Papá le relató al Maestro que a principios del siglo XX cuando llegó por primera vez al lugar, estaba lloviendo, y esto, por lo inusual, parecía un desastre para los habitantes. Ahora hacía un día que había nevado en el desierto y la pequeña ciudad no lograba reponerse de tan insólito suceso.

Los buses nos llevaron directamente a la capilla, donde ya se habían reunido una docena de curiosos. Al parecer en la mañana había estado Sara, la mulata, limpiando y barriendo el lugar e instalando, además, cuatro enormes velones y algunas flores. Estas últimas resultaba difíciles de conseguir y en tales casos se hacían de papel crepé durante la noche del velorio, pero como todo esto había coincidido con la noche de bodas, nadie había tenido el tiempo para confeccionar coronas y flores, por lo que tuvimos que conformarnos con llevar unos ramos verdes con cintas de color. Como el cura del lugar era un cascarrabias, indicó al oficial civil que lo mejor sería enterrar a la finada en el viejo cementerio abandonado, ya que a él no le constaba que fuera cristiana siquiera.

El ataúd se colocó sobre una carreta y dos caballos tiraba de ella. Luego venía la larga procesión de gentes que, en grupo, o en parejas, seguía a la difunta en su último viaje. Éramos poco más de cien personas las que habíamos venido para asistir al entierro.

Se armó la larga fila saliendo por una de las calles principales y al final de ella quedamos, yo y mis hermanos, Kruger y dos españoles, que siempre que había ocasión, estaban en desacuerdo: Bilbao y Zamarreño. Cerraban la fila mi padre y el Maestro que mostrando un humor a toda prueba estaba dispuesto a emprender la caminata de tres kilómetros que nos quedaba.

Yo había visto en los pueblos aborígenes de México cómo una orquesta hace lucir la ceremonia, pero en este caso no había música, y se caminaba en silencio o haciendo comentarios no siempre generosos, sobre la finada que iba en la carreta.

Al salir del pueblo vimos que, aunque el camino no era para bailar, se oían sordos ruidos que venían desde el interior del féretro. Como éste tampoco era una pieza de lujo, veíamos salir, como si crecieran ante nuestra vista, los

ensortijados mechones de pelo blanco que ya alcanzaban a tocar el suelo. Gustavo y Sara trataron de disimular el asunto, pero pronto, junto con el desagradable olor a cadáver, oímos la voz cascada de doña Tomasa insultando a uno y otro de los presentes.

¿Y tú, Sara, como la mujer de Putifar, qué harás ahora?, seguramente lo único que aprendiste en la vida, ¡a revolcarte con los hombres! Y ese Gustavo que se esconde, ¿por qué no trajo su mandolina? Sé que no soy ave de su cariño, pero por respeto, al menos, ¡ja, ja! Y los Rosso, solemnes como siempre; Assunta, gorda como una vaca, dejándose azotar por el esmirriado de Ernesto.

Como cada vez los insultos se hacían mayores, más de alguno de los acompañantes abandonaba la fila, seguro de que doña Tomasa era una condenada que los seguiría mortificando con su lengua viperina. Cuando los acompañantes ya se habían reducido prácticamente a la mitad, y nosotros estábamos a pocos metros del féretro, oíamos más claramente los insultos y comentarios procaces de la difunta. Cuando Papá se adelantó para ver lo que ocurría, la voz cascada le preguntó: ¿Qué tal, viejo perverso? ¿No es verdad que vives hace ya años con Elvira? Y esa vieja idiota sobre un avestruz cobrando un cantarito. ¡Cómo me los conozco a todos!

De pronto vimos que el Maestro se adelantaba y la voz se convertía en un largo aullido de pavor. ¡Piedad, piedad con esta triste carroña Su Señoría! ¡Concédame la paz bajo el suelo bendito de este cementerio! Pero Leonardo parecía sordo a los ruegos y con el borde de su anillo golpeó el cajón y al instante dejaron de oírse los ruidos. Habíamos llegado al antiguo cementerio abandonado y dos o tres personas se adelantaron para ver en qué fosa, aún desocupada, podíamos depositar el féretro. Había una, al fondo, y hacia allí nos dirigimos. Acaso por el calor, el olor nauseabundo del cadáver se había hecho más evidente. Se bajó el ataúd

con unos cordeles hasta el fondo y el doctor Sarabia, en uno de esos impulsos de orador que suelen acometer a los que creen en la retórica, dijo: Estamos reunidos aquí con alegría. Son tantos los milagros que han ocurrido en este pueblo que enterrar a doña Tomasa no puede ser sino un buen signo para todos. Yo le deseo paz, virtud, todo lo que no ha podido tener en esta vida.

Tomando un puñado de arena lo dejó caer sobre el cajón de madera. No había sido, por así decirlo, un modelo de elogio fúnebre, pero todos estábamos agradecidos de su brevedad. Se acercó cada cual derramando un puñado de tierra en el hoyo y bien pronto dos fornidos trabajadores cubrieron a paletadas el lugar, instalando además una burda cruz hecha con dos palos abandonados en el lugar. No había con qué escribir el nombre de la difunta, pero los palos tenían pintado en letras de molde “Río Loa” y “Peligroso, al interior hay dinamita”. Se pensó que de esa manera sería más fácil para los deudos encontrar la tumba, en caso de que a alguno le acometiera la locura de hacerlo.

Lentamente fuimos saliendo del cementerio. Allí vimos que sobre un avestruz aún daba gritos de urraca la madre de Elvira. El Maestro poniendo su mano en mi hombro, me dijo: Qué raro que siempre se repita esta ceremonia del nacer o el morir. Haciendo luego un gesto a Gaspar hizo que éste ayudara a bajar a la anciana que ya tenía los huesos congelados de cabalgar así, sin montura en el gallado Osuli. Tartamudeaba tratando de agradecer, pero no escuchábamos palabra.

Mis hermanas y Carlos, que se habían quedado un tanto atrás, me dijeron que en una tumba abierta, entre huesos y andrajos, habían encontrado los lentes que perdiera el doctor Sarabia. Corrieron hacia él para entregárselos, pero éste les hacía gestos que resultaban equívocos, ya que trataba que no se diera cuenta de todo este asunto Inés, que ahora lo acompañaba. Ésta sin embargo estaba tan empeñada en

contarle a la señora Garzón una serie de milagros, que no tenía oídos para escuchar sucesos tan triviales como el encuentro de un par de anteojos.

Fue así como doña Tomasa logró librarse de ser velada en la mesa de nuestra cocina, en la que ella siempre veía una antesala del infierno. Que hubiera caído nieve, quizás le hizo más fácil irse de este pueblo y quedar tras los murallones de adobe donde comienza la otra vida.



LAS CARTAS DEL TAROT

Acaso el calor, que reverbera en el desierto calentando las piedras, hizo más larga nuestra vuelta a casa. El cementerio no estaba lejos, pero había algo en el ambiente que pesaba sobre nosotros, haciéndonos asumir pensamientos graves. La mayor parte de los acompañantes se dispersaron ya en el camino y el grupo terminó reducido a mis familiares, un par de amigos fieles como Kruger, Gustavo Schutt y su mujer, que no querían regresar a su casa, los Sarabia, la señorita Zoila Campana, el Maestro y los tres diablejos que revoloteaban de un lado al otro.

Cuando llegamos al balcón frente a la casa nos fue una alegría encontrar a Mamá y a Helena esperándonos. Habían preparado algunos refrescos y les parecía que ya habíamos traqueteado más de la cuenta y que era necesario que nos tomáramos un pequeño descanso. No hubo ninguna oposición a tan cariñosa acogida.

Sentados en los asientos de mimbre y bambú podíamos ver con otros ojos las horas recién vividas. Sobre el brazo de mi sillón se sentó Helena y su cercanía despertó en mí todos los recuerdos de la noche pasada, su aroma, su manera de moverse, el tono de su voz que se tornaba para mí en un bálsamo que me transportaba a otro universo. Todo lo que sucedía alrededor mío, mi padre charlando con Leonardo sobre los cultos en Indonesia, las bromas que se hacían mis hermanas, todo estaba asordinado por esta pasión que me envolvía.

Tú entiendes Guillermo, le decía el Maestro, que el bien y el mal son una misma entidad, ya que el misterio del universo los hombres lo tratan de resolver con anteojos muy estrechos, de apenas una decena de milenios. Las religiones y los cultos repiten, solidifican la imagen de los sueños, y los sueños son algo más que la insatisfacción de los deseos. Se

diría que a veces los hombres no se percatan de la brevedad, de la fragilidad de la vida. Y todo en blanco y negro, siempre como los errores, repitiéndose hasta el cansancio.

Se diría que a veces el Maestro estaba cansado, hastiado acaso por las torpezas de quienes lo rodeaban, lo que lo sumía en una profunda melancolía. Miré su rostro y sentí compasión por esa soledad que le había tocado afrontar por edades, con otros rostros a veces, con otras lenguas y otras costumbres. Volviéndome a Helena le dije lo que sentía y ella me confesó que a lo largo de años le había acompañado en parte para palear esa misma soledad. Pocos seres logran entender esto, me dijo, yo te amo porque he entrevisto en ti desde hace muchos años, esa capacidad de compasión, esa libertad para enfrentar lo desconocido, aún lo invisible.

Yo, decía Sara, la mulata, creo en la magia porque he visto sus efectos. Es una fuerza poderosísima que se concentra en lo sexual, y estoy segura que lo sexual mueve al mundo. Viéndola así, en su carnalidad tan plena, no era difícil creer en la sinceridad de sus palabras. Además, decía, hay algo irresistible que nos lleva a satisfacer nuestros deseos. Yo no sé como será para los otros, pero mi abuela, que había venido de África, pensaba que golpeando una cuerda con un nudo que correspondiera al nombre del hombre que se deseaba, éste venía sólo, como enviado por los espíritus para suplicarte, aunque fuera una pizca de pasión. Gustavo la miraba y supongo que recomponía la imagen de la sensual Sara golpeando los nudos de un cordel y repitiendo su nombre.

Como la charla se había tornado más abierta, Inés y el doctor Sarabia aseguraron que tenían urgentes trabajos que hacer. Mamá tenía que arreglar algunos asuntillos con ellos y los acompañó hasta su casa.

Fue entonces que tomando la mano de Helena le pregunté al Maestro: Sé que tú sabes casi todo de nosotros y de nuestro

destino, pero es tan poco lo que nosotros sabemos de ti. Yo te rogaría que me respondieras a algunas preguntas que nunca me atreví a formularme a mí mismo. Entiendo que no tienen ninguna novedad, pero si te considero mi amigo y hemos podido venir juntos a este pueblo donde transcurrió mi infancia, ¿no podrías contestarme, así, simplemente, para que pudiera entender, aunque fuera en un chispazo, lo que es nuestro destino?

Vi que el Maestro sonreía. Su rostro a la luz era bello y dolorido, se volvió hacia mí y me dijo: ¿Qué prefieres, que te responda con simples palabras o que aquí, delante de todos, juguemos esta arcaica ceremonia de veros las cartas?

Algo dentro de mí se decidió por el Tarot, y despejando la mesa le respondí que prefería intercambiar y descifrar las cartas. El Maestro pasó entonces la mano sobre la mesa y ésta se cubrió de arena que se movía lentamente, como a impulsos del viento.

Sacó desde el bolsillo interior de su capa un mazo hecho en pergamino y pidió a Helena que batiera las cartas. Luego cada uno cortó una vez el mazo que caras abajo quedó sobre la arena. Vi que el reverso de las cartas tenía pintada, pero en realidad estaban vivos, una inmensa cantidad de seres humanos en las más distintas labores. Será mejor, me indicó Leonardo, que cada uno saque una carta por vez y según ella formule su pregunta.

Todos los concurrentes se habían agrupado en torno a la mesa, ansiosos de saber lo que sucedía. Extendí mi mano sobre la arena que se movía y saqué mi primera carta. El Arcano Seis, de los dos caminos, o el amor. El Maestro sonrió y dijo: ¿Por qué me tocará explicarte algo que de sí es inexplicable? Miró a Helena que inclinada sobre la mesa parecía absorta en el juego. Tienes suerte, repitió, aquí por fin se cumple un ciclo y después de tantos avatares Helena estará contigo hasta el fin del tiempo. Todos nacemos de

mujer en una cadena que nadie recuerda, y en cada vida nos encontramos con seres que se aproximan o no a una imagen que llevamos en el interior de nosotros. Una especie de espejo al que te asomas muchas veces y en el que a veces te equivocas. Helena te sigue hace ya un par de centenares de años y cuando la encontré en Italia, hace más de cien años, era un pintor con cierto parecido contigo el que se asomó a su espejo. Pero era una ilusión, como las rocas y el agua que pintaba. Yo era su amigo, pero no pudo entender mis sentimientos y allí me ves, tocando el violín como la muerte en uno de sus autorretratos. Es como no entender lo que cada uno de nosotros lleva adentro: el descarnado esqueleto. Creo que nunca vio mi cara, la verdadera sed que me consume. Todas las mujeres que amas las encontrarás en Helena y todo rostro visto en este espejo no tiene sino sus ojos que tanto han llorado esperándote.

¿Y el libro de marfil que me regalaste?, le pregunté.

¡Ay, querido amigo!, me dijo, ¿no entiendes que, a través de multitud de variantes, los faisanes vuelan siempre hacia el mismo jardín, en donde amas y eres de verdad correspondido?

Miré una vez más la carta, acariciándola entre los dedos y vi aparecer rostros que casi había olvidado: el de mi madre cuando era pequeño y el de otras tantas mujeres ataviadas a veces con trajes exóticos, como si fueran del oriente o el alto Himalaya. Pensé que me había respondido sabiamente sobre la carta y le hice una venia, en señal de que a él le tocaba el turno.

Vi que Leonardo extendía su delgada mano, con algunas joyas que relucían sobre los dedos. Tomó una carta y la volvió cara arriba: *The Old Man*, el Eremita.

Mis hermanas a coro, así como Zoila Campana, reclamaron. ¡No puede ser, si es un galán apuesto y lleno de juventud!

Lamento decepcionarlas, queridas damas, este juego abarca zonas que engañan al ojo y bien puedo ser el solitario eremita, solo entre tantos, ya que he vivido muchos años y como cada una de ustedes vengo rodando hace muchas vidas. La única diferencia es que “*yo me recuerdo, y esta es la nostalgia*”.¹ Porque el bien es inseparable del mal y viven en el interior del hombre desde el principio de los tiempos. Ví que Leonardo entrecerraba los ojos como para recordar una imagen. Los hombres quieren el bien, pero hacen el mal, tratan de hacer un monigote de ambos y los dioses y los demonios se multiplican. Mientras no exista un equilibrio en la mente del hombre, por cada Fra Angélico, existirá un Jerónimo Bosch. No se puede evitar, hay que concebir al ser en su unidad. Yo quisiera, dijo..., pero la frase quedó suspendida en el aire.

Con un gesto me indicó que mi turno había llegado.

Miré las caras de mis familiares, mis amigos, Helena. Y como jugando todo al azar, extendí mi mano y cogí la carta. Oí aún antes de mirarla que los otros decían: La Rueda de la Fortuna. Allí, efectivamente, entre mis dedos, estaba la esquiva suerte que baja a unos mientras encumbra a otros. ¡Te la deseo!, me dijo el Maestro, hace ya varias vidas que te toca demoler murallas, arrastrar días y años, fríos y burocráticos. Si Helena representa el haber llegado al fin a realizar tus sueños, el amor te dará la fortuna que está más cerca de lo que imaginas.

Mamá había regresado entretanto y con ayuda de Asmodeo nos trajo sendas bandejas de refrescos. ¡Están tan serios!, nos dijo. Como si toda la vida dependiera de un mazo de naipes.

Poco tenía yo que preguntar porque la fortuna es algo que desconocemos, que nos es dado como un don, una gracia, un regalo gratuito. Miré la carta y vi que la mujer que movía

1

Enrique Gómez-Correa, *Mandrágora Siglo XX*.

la rueda se parecía a la grabada por Durero, sólo que ahora viva, me miraba a los ojos y sonreía.

Tomó Leonardo el mazo y con ese gesto exagerado de los prestidigitadores puso en la mesa el Arcano Quince, El Diablo. Y luego nos miró a todos, como interrogándonos, qué queríamos saber.

Como nadie hablara, yo le dije: Hay cosas bastante distintas que te querría consultar. Ante todo, querría saber la razón de que tu aparición en los sueños me produjera una especie de horror. Incluso tu fisonomía la siento cambiada a lo largo a los años.

Es así, me dijo Leonardo, porque la imagen que tienes de mí, es tu propio demonio interior, y a medida que has podido madurar y equilibrar tus sentimientos me has sentido más humano, un compañero que puedes ser tú o tu semejante.

Yo he anotado sueños durante largos períodos de mi vida y sabía que su respuesta correspondía a la verdad.

Pero, si Dios es la unidad, y tú su contraparte, le dije, ¿cómo es posible que siempre lo infernal resulte artificial y monstruoso? ¿No es eso lo que pretenden artistas como Picasso o Kafka? Yo hago collage. Si se puede crear un equilibrio de contrarios, es difícil, no sé si lo podría lograr. Leonardo se animó con mi pregunta: Es cierto que gran parte del arte y la vida es un collage, dijo, pero, ¿por qué no intentar una unidad que no venga de la razón, sino de algo biológico e irracional? Yo conozco una pieza en que tú mezclaste textos de poemas con trozos de pinturas y recortes. No sé cómo los llamabas, creo que “imágenes y palabras”, allí está la clave de esa unidad irracional y convulsiva.

Yo apenas recordaba el experimento, lo había hecho hacía años y tendría que estar trasapelado en algún lugar del taller. Sin embargo, me apasionaba tanto poder aclarar algunos aspectos míticos del Maestro que no dudé en seguir preguntando. Hay, le dije, un libro de cerca de mil páginas

escrito sobre este mismo tema por Jan Potocki, que a pesar de su fluidez de estilo deja traslucir el miedo que lo poseía. Además, querido Leonardo, ¿no podrías decirnos si hay algo de verdad respecto a ti en el texto de Mijail A. Bulgakov?

Algo de verdad siempre existe en todo. Es cierto que Jan Potocki habló una vez conmigo, pero fue en uno de sus viajes como embajador a la China, allí nos encontramos en el borde de la Mongolia. Su visión del sur de España tiene mucho del folklore de la época, además, esas hermanas moras que aparecen en sus relatos corresponden al concepto cristiano que no concibe algunos aspectos del amor. Vivió bastante atormentado, sin encontrar el equilibrio del que recién hablamos, no se explica su suicidio romántico, ni la superstición de haber pulido él mismo un balín de plata que habría de dispararse en la sien. Es como si después de muchos años le acosaran a un hombre ya viejo los terrores de niño.

Se veía por la charla de Leonardo que tenía una cierta simpatía por el conde polaco y su voluminoso *Manuscrito encontrado en Zaragoza*.

Respecto a Mijail, dijo, era un buen amigo. Oprimido por un sistema encontró en la caricatura de mí mismo, según el modelo de Goethe, el modo de hacer un relato bastante cercano a sus sueños y a las conversaciones que tuvimos. Gustaba de hacer caricaturas como toda la gente de teatro, dándole unos brochazos bastante crueles a un gato que recogí en Moscú. Él me pidió que le indicara un nombre y yo le indiqué el de Popota. Hay muchos aspectos en que tu carácter se le parece, trató de sacarme de un mito y hacerme vivir en ese infierno doméstico que planearon los revolucionarios rusos. Las escenas en el teatro, aunque a veces me aburrían, las hice para él. Hay lugares de Moscú que hemos visto juntos y cuyo recuerdo aún me emociona. Rió, diciendo: “Harías buenas migas con él”.

Ví que Leonardo se había puesto nostálgico y traté de hablar de otra cosa, de dejar de recorrer el simbolismo de las cartas.

Sabes una cosa, dijo él entonces, supongo que alguna vez quisiste escribir sobre el Galileo. Te puedo asegurar una cosa, nadie entendió lo que escribía sobre la arena, vieron sus propias fallas porque en ellas tenían aprisionada la vida. Si te puedo contar algo importante, es que, a pesar de todas las exégesis, el mundo lo sigue ignorando, y si volviera a nacer, te aseguro que de nuevo lo crucificarían.

Había melancolía en sus ojos. Escribe algo, me dijo, la arena lo cubre a veces, pero aparece luego en otras lenguas. Yo escribí:

*Los tejedores del deseo escuchan ese correr del hilo
Hacia tus ojos en donde arde el carbón deshecho en plumas.*

Ví bailar las palabras sobre la arena y luego el viento planeó en un remolino llevándose arenas y versos por el aire.

Pedí un brindis por Leonardo, el amigo entrañable; el que se había decidido a pasar algunos días en ese pequeño mundo de Río Loa, tan pequeño a veces que era sólo un poblado cubierto de polvo. Del Maestro sabíamos los portentos que podía hacer, pero ahora queríamos celebrar al amigo. Mamá trajo un licor de tamarindos soleados y le dijo: Yo quiero agradecerte como mujer y madre, haberme traído una vez más al hijo hasta mis brazos. El destino es como la arena que se dispersa en el viento, algunos ven las palabras y otros las ignoran. ¡Salud!, querido Leonardo, me alegra haberlo tenido de visita aquí con nosotros. ¡Salud!, ¡salud!, repetimos todos al unísono. Yo ví húmedos los párpados de nuestro huésped.



EL BAILE — PREPARATIVOS Y SUEÑOS

Ya cuando era tarde y la casi totalidad de las personas se habían despedido para regresar a sus casas, vimos subir la Luna sobre las altas montañas de la cordillera. Mis padres y hermanos parecían un poco melancólicos de que este día terminara. Habíamos podido ver tantos eventos contrastantes, nuestra charla había sido tan plácida, que costaba decidirse a dar por terminada la jornada.

Fue entonces que Leonardo volviéndose a mí, dijo: Te he oído expresar deseos en más de una oportunidad y quisiera hacerte un pequeño obsequio, un tanto banal, ya que quien encuentra el amor, poco desea, además. Pero siempre hablas de una fiesta que harías si tuvieras esas sonajas de dinero y pudieras extender la invitación sin límite alguno. Lo único importante es que te sientas feliz. Me has invitado a este pueblo donde he sido un amigo más para todos. Piénsalo con la almohada y con el dulce seno de Helena y me lo cuentas mañana; la Luna está ya llena y son pocos los días que os puedo seguir acompañando. Nos dio las buenas noches y lo vimos caminar en compañía de Papá a casa de los Sarabia. Mis hermanos, me habían escuchado tantas veces fantasear, “si yo tuviera un millón de dólares y pudiera invitar a todos los amigos a una gran fiesta...” Y luego se oían sus risas cuando yo empezaba a elegir los lugares preferidos: “Esa mezquita azul que hay en Estambul, o un gran hotel en Isla Mujeres; el Alcázar de Granada, en medio de los jardines, o una construcción en el centro mismo del desierto”.

Al parecer, me repitieron a coro, se realizan tus sueños; todos agregaron, además, te rogamos no olvides invitarnos. Hacían también gestos cómicos a Helena, para que llegada la ocasión me lo recordara, o me lo hiciera presente.

Siglic ofreció acompañar a Zoila Campana, ya que su casa estaba en la vecindad, y Kruger acompañó a Gustavo

Schutt y a Sara que temían un poco volver a la suya. Mi madre, dirigiéndose a mis hermanos, les dijo que en general los enamorados prefieren estar a solas cuando se cuentan secretos a la luz de la Luna; nos miró sonriendo y tomó del brazo a Papá que volvía de donde los Sarabia. ¡Que tengan buenos sueños!, dijo, la noche es larga y el viento empieza a esparcir secretos por el desierto.

Reí de su discreción, y tomando el brazo de Helena la invité a acompañarla a su casa. Tenía tanto que preguntarle, y me era tan esencial su presencia como suele serlo para los que aman más allá de todo límite, y al parecer, ese ha sido siempre mi caso.

Caminar así, sobre la arena que el viento ondula suavemente, es lo más semejante a la posibilidad de caminar sobre el agua. Abrazados con Helena, veíamos como nuestras sombras formaban una sola entidad, y todo camino nos habría parecido áspero ante el que ahora nos tocaba recorrer.

Helena me preguntó entonces: ¿Qué le vas a pedir al Maestro? Yo pensé en las inmensas reuniones en las que cada cual está a solas con su pareja, y le respondí: Es verdad que cuando algo parece lejano o imposible uno divaga y hace planes monstruosos, pero en realidad siento que hay un encanto en una reunión en donde casi todos se conocen y en donde es posible compartir la dicha con los seres que amamos. Hay también algunos que gustan de charlar y quedarse como al margen, escuchando una música inaudible a todos los otros. Mi amada reía. Es decir, quieres una fiesta simple, en la que sólo cuenten los sentimientos, repitió.

Sentada en un sofá, me hizo reclinar la cabeza en su falda y mientras pasaba las yemas de sus dedos sobre mis párpados, la oía murmurar una canción. Ludwig querido, me dijo, recuerda que no hay fronteras entre un mundo y otro, los que tú quieras vendrán, según lo ha decidido el Maestro.

Pero, si hay algunos que jamás se han encontrado en vida, le conté.

Eso es asunto que no nos corresponde a nosotros, me contestó ella, lo importante es que lo que deseas te haga feliz. Sentí que un sueño, dulce y suave me arrastraba en su corriente, quizás fuera un breve instante, pero al abrir los ojos vi a Helena que acariciando mi frente repetía: Eres como un niño, lo que tus labios no pueden articular me lo dicen tus sueños. No te preocupes, los invitados a tu fiesta serán los que más quieras en el fondo de tu alma.

Sentí que sus labios se plegaban sobre los míos en un beso ritual, rítmica cadencia de las mareas.

Vi entonces que las sábanas se abrían como playas soleadas que acaricia la espuma, un balbucear de palabras entrecortadas por la respiración, la risa que inclina juncos en el viento. ¿Qué podía pedir, qué podía soñar, si la soñada estaba allí, entre mis brazos? Existe una dulzura que rara vez florece en la pasión, es el estar unido a los seres amados como en un collar que recorre el universo. Eso era Helena para mí, ella podía contener cada partícula de mis deseos, ella recordaba largas travesías en que mi ser era sinónimo de sed y estaba allí para saciarme, para decirme que el muro es tan sólo ilusión, que éramos un solo ser en que ambos, continuamente nos bebíamos, aumentando nuestra dicha o nuestro delicioso tormento.

Cuando desperté el sol estaba hacía horas en lo alto. Helena cantaba una canción de Schumann y Asmodeo, con una seriedad que desconocía en él, la acompañaba al piano.

No he encontrado una mejor forma de despertar, les dije. Helena se veía radiante y Asmodeo, a quien abracé con efusión, lo sentí delgado y frágil, tímido, como quien es cogido en una falta.

Fuimos a la cocina para comprobar que el chocolate se había terminado y sólo nos pudimos consolar con un trozo de torta de almendras y un café negro. Asmodeo estaba de un humor que desconocía y me contó cuánto le molestaba

que la gente lo confundiera con una especie de animal raro. El siempre había sido sensible y, ¿quién puede resistirse a esa poesía hecha de sonidos que es la música? Estábamos de acuerdo, más aún cuando la vibración de la voz humana le confiere esa calidez que conoce todos los matices. Sé que la amas, me dijo Asmodeo, refiriéndose a Helena, pero cuando canta produce un encantamiento que arrebató el alma. Yo asentí y él como temeroso de haberse excedido en su plática dijo que muchas labores le esperaban ese día, ya que todo debía estar preparado para el baile, cuando el rostro de marfil de la Luna empezara a elevarse en el cielo.

Lo vimos marcharse llevándose consigo a los pequeños diablejos y a los grandes avestruces. Parecía que el aire estaba detenido, sin que nota alguna irrumpiera en esa quietud. Helena quería saber qué hacía yo en ese poblado cuando era niño. Tomó una gran sombrilla que estaba arrumbada en un rincón y salimos a caminar en la pampa, que es el nombre que la gente del lugar da a las llanuras. Caminamos algunos kilómetros frente a la casa de mis padres y con cierta emoción le mostré los caminillos que junto con otros niños habíamos creado en el “pavimento del desierto”, simplemente despejando cuarenta centímetros de piedras y dejándolas al lado, a modo de bordes. A veces era posible hacer dibujos muy intrincados y en ese terreno cristalizado donde tan sólo corre el viento, el resultado de nuestros juegos podía durar años y años. Sentí cierta emoción al mostrárselo a Helena: ciertamente era una labor imposible, también habíamos tratado a veces hacer barcos de piedra, nos parecía que de alguna manera nuestra imaginación movería esas embarcaciones oníricas.

Ví que Helena estaba seria. Quizás había alguna razón en todo esto, me dijo, los intrincados senderillos me recuerdan las corrientes de agua y las bóvedas que existen un par de centenares de metros más abajo. Tú mismo has visto que existe un mar interior, ¿por qué entonces, no tratar de

construir el barco que pueda cruzarlo? A veces pasamos por alto una sabiduría mayor, que es más nítida en los niños, sin considerar que sus sueños son quizás más reales, sin las trabas impuestas al mundo adulto.

No me atreví a interrumpirla, porque sus palabras eran tales que habrían podido salir de mi boca. ¡Vamos donde tu madre!, ese otro yo de mí misma, dijo. Tengo que pasar a hablar con el Maestro.

En el balcón de la casa estaban Carlos y Katty charlando con los Garzón. Uno de los hermanos, Pedro, había sido mi condiscípulo y tenía tal alegría en hacer recuerdos que era posible preguntarle por casi todos los habitantes del pueblo, ya que él los conocía de memoria.

¿Te acuerdas de las Quiroga?, me decía, eran dos bellas muchachas que jugaban con nosotros. Su madre hacía la comida una vez cada diez días y la enterraba en un hoyo. Beatriz y Carmen murieron casi en la misma época, antes de cumplir veinte años; la madre las sobrevivió algunos meses, al parecer la comida se mezclaba en el hoyo con azufre envenenado. Don Pedro, el padre, creo que aún vive, dice que se salvó a efectos del vino que bebía copiosamente como un antídoto.

¿Y los Durand, qué ha sido de ellos?, le inquiría yo.

Tú sabes, me decía Pedro, que él era un caballero agradable y de buen físico. Tenían, si recuerdo, dos hijas y un niño pequeño. Creo que vive al interior de Iquique; de improviso, por una enfermedad, se descubrió que la mujer, que parecía joven, tenía cuarenta o sesenta años más que el marido. ¿Por qué se envejeció de un día para otro?, nadie lo sabe. Las hijas, Inés y Doris desaparecieron después que hubo una explosión en la fábrica, no sabemos si por efecto del horror o por otra causa. Eran bellas muchachas de dieciséis o diecisiete años. Alguien contó que las había encontrado alguna vez en una calle en Quito, treinta años más tarde,

pero que seguían en la misma edad, y quizás todo eso era un encantamiento. Al pequeño Juan su madre lo amarraba a un poste; cuando murió ésta, Juan quemó una serie de cuerdas con que le había amenazado que lo tendría amarrado desde la sepultura. Pedro Garzón era apasionado en sus juicios, pero yo recordaba el horror que sentí de niño cuando vi al pequeño Juan atado a un palo. Le conté lo que había visto a mi madre con un cierto terror, no fuera a ser que adoptara el método, ya que a veces me regañaba por lo travieso. Yo conocía bien a Pedro Garzón y a su familia, era más o menos de la misma edad que Kuni y pensé que si se podía elegir en el baile de esa noche, ellos harían buena pareja.

Mamá nos ofreció unos bocadillos y nos contó a la pasada que había visto a Asmodeo, con quien tenía más confianza, haciendo largas listas de licores, frutas y todo cuanto se puede utilizar en una fiesta. Además, me dijo, se nota una actividad enorme hacia el costado del Salar Grande. Tu padre y Leonardo habían partido temprano en esa dirección.

Yo preferí ignorar cualquier tipo de preparativos y decidí, después de charlar y escuchar música, dormir una buena siesta. De alguna manera, esto me ha enseñado que uno está fresco para lo que pueda sobrevenir. Pasé al dormitorio de mis padres con el que tantas veces había soñado y me tendí a esperar que el sueño me diera las imágenes que me servirían de luces durante el resto del día.

Al parecer buscamos un departamento donde vivir. Papá y Mamá han ubicado uno en lo pisos altos de un edificio en el centro de una ciudad que celebra sus días de fiesta. Subimos hasta la terraza desde donde se divisa todo el lugar y yo pregunto a Papá cuál es la razón por la que no arrendó el departamento que hay en el centro de la terraza. Al parecer existe un peligro que yo no advierto y Papá no se detiene a explicármelo.

Veo que pasan muchos camiones por la calle y que el ruido y el tráfico pueden ser peligrosos. Hay tal congestión que no me explico cómo puede circular tanta gente en calles tan estrechas. Decidimos salir hacia los alrededores, hay más sol y se puede estar más tranquilo. Diviso a varios niños esperando o jugando, no reparo en los rostros, sino en los pies desnudos de un pequeño sentado en uno de los escalones. Los chicos me rodean y me explican que ellos están dispuestos a trabajar gratis, pero quieren que se le pague al menos al "Maestro". (El profesor, el maestro peluquero, pienso yo). Sale entonces desde el interior del lugar un hombre alto, rubio y bien parecido que está a cargo de la escuela, aunque no estoy seguro. El hombre se parece a un actor que conozco y luego de saludarme me lleva al interior de una de las habitaciones. Allí al parecer tengo que cortar leña con un hacha. Principio de inmediato mi tarea, tratando de hachar un tronco de aproximadamente ocho centímetros de grueso que tiene injertado otro palo más blanco en uno de sus extremos. Todo está cuidadosamente trabajado. Trato de partirlo longitudinalmente, siguiendo la fibra, pero el encargado de la escuela me detiene y me indica una serie de troncos apilados en el centro de la sala que son los que hay que cortar en trozos. Los principio a cortar de inmediato y veo que son muy blandos, como si estuvieran podridos o mezclados con la tierra misma. ¿Es esto cortar el pelo?

Al parecer soy yo mismo el maestro peluquero. La tierra y los troncos tienen en su interior brasas; sólo ahora advierto que el hombre que estaba en el lugar tiene colocada una sábana en torno al cuello y que ésta llega hasta el suelo en donde yo corto leña. Con un gancho tengo que abrírle la sábana atrás, ya que al parecer el pelo está cortado y todo arde bajo ella como brasas al rojo. Rasgo parte de la sábana y veo con estupor que su espalda y todo su cuerpo está cubierto de sangre, como sin piel. Le causo sin duda dolor, por algunos movimientos que hace, y debo trabajar con mucho cuidado. Así lo hago. Él me cuenta entonces que es el anterior maestro peluquero y que por alguna razón desconocida arde continuamente, dolorosamente en sangre. Quizás soy yo mismo, me repito. La silla, —si es que hay silla— termina en esos troncos que estoy partiendo, deshecha en llamas en la tierra.

Estaba en Santiago, con Beatriz. Teníamos que ir a buscar a Estela a su casa, ubicada en un barrio distinto al que recuerdo en la realidad. Las casas eran de un piso color gris, rodeadas de árboles, y cercano al lugar, un parque con una bajada o un desnivel del terreno. Como en el Parque Juan XXIII, pero en el fondo existía una piscina de agua cristalina. Beatriz traía a Estela, preocupada de que alguien pudiera vernos y saber que estaba con nosotros. Estaba sin embargo feliz y quería bajar hasta el agua, un inmenso manantial de agua natural en el que nos sumergíamos como en un baño ritual. Ella tenía un vestido blanco que se le pegaba al cuerpo y la sensación de inmersión en el agua era sensual y grata. Me daba cuenta entonces, que con el baño ritual había recuperado mi antigua memoria y ahora de nuevo podía emprender las cosas más extremas y difíciles. En el semisueño del despertar me dolía aún la cabeza, y me parecía terrible que no fuera realidad lo soñado. Charlando con Susana, le conté cuánto se reiría Lola Hoffmann de este baño en “la fuente de la juventud”, ya que así nos veíamos y sentíamos en el agua.

En una primera parte del sueño me veo recorriendo una ciudad en España acompañado de Mario Sánchez. Ambos llevamos paquetes que nos ocupan las manos. Es un pueblo bastante desolado y al parecer esperamos un bus. Cuando llega, me percató de que está repleto y que la gente cuelga de las pisaderas. Mario corre y logra entrar por la puerta delantera. Yo que también estoy apurado, trato de subir por la segunda puerta; las personas me hacen un hueco y al final logro embarcarme, pese a lo repleto que va el ómnibus. Sigue el viaje, andamos por apartadas calles sin árboles que me recuerdan algunos barrios de Quinta Normal de Santiago. En un cruce de caminos el chofer pregunta si algún pasajero baja hacia el lado izquierdo. Nadie responde y entonces empezamos a subir una cuesta a nuestra derecha. No veo a Mario Sánchez, pero sé que va en el bus.

Pasa un tiempo y el mismo bus se transforma en la subida. Ahora es un carro del tren subterráneo en Toronto, bastante cómodo y con muy pocos pasajeros. Entre ellos veo que hay una mujer, al parecer enferma y a punto de morir. Me cuenta que es hermana de nuestra vecina Deborah; su rostro está hinchado y parece que sufre de altísima fiebre. Yo extraigo

desde uno de mis innumerables bolsos una especie de vejiga de animal en la que llevo un remedio, quizás agua que pueda sanarle. Le digo que se tienda en el asiento y derramo agua en su boca, al mismo tiempo que trato de darle aire agitando una especie de soplador.

La mujer se recupera, más bien se transforma en otra hermana de Deborah. Repito de nuevo la sesión de agua-remedio-aire, viendo que finalmente está bien y que ya puede moverse y andar. Se muestra muy agradecida, al parecer ha tenido muchos problemas en este viaje. Me despido de la mujer que sale por la puerta de la derecha, quizás es una, quizás son las dos, no me es claro en el sueño. Apenas he retornado a mi asiento cuando se abre la puerta de la izquierda y ahora es Deborah en persona que está aquí, también angustiada, acaso con fiebre. Le cuento que hace sólo unos minutos me encontré con sus dos hermanas. No sé qué contesta, lleva un tipo de traje que suele gustarle, con ese colorido de las telas de India. Le doy también agua y hago que se tienda en el asiento del carro, es quizás la única forma en que se puede curar a estas mujeres. Que yo sea quien cura, como un hechicero cualquiera, no me parece raro en el sueño.

Me veo luego en el centro de una ciudad de provincia. Ando acompañado de varias personas amigas, quizás sólo sirvientes. No entiendo bien por qué razón estoy convertido en un verdadero potentado, riquísimo. Al parecer ando en busca de algunos cuadros de mi amigo Mayo. Una mujer que me acompaña me dice que visitaremos a una persona que puede tener importantes obras del artista. Esta mujer, así como otro hombre vestido de negro que también me acompaña, son bastante deformes y sus rostros más bien parecen tubérculos, arrugas, grietas. Llegamos a una mansión en una esquina y allí nos espera una mujer de pelo muy corto que me recuerda vagamente a France, la mujer de Mayo, y otra muy anciana y encorvada. Yo me acerco a la más vieja de ellas y besándole la mano, le pido disculpe las molestias que le causamos.

Todo el lugar está pintado en tonos verdes. Me muestran primero dos pequeñas tablas verticales y doradas de ochenta por cuarenta centímetros que alguien consiguió especialmente para que yo las pudiera ver. Son como las pinturas de Lucca Signorelli, el renacentista. Me acerco luego a

mirar un mueble muy simple que primero ha sido pintado en tonos rojos aplicando luego oro en lámina, donde están pintadas figuras de dos o tres pulgadas de alto. El oro no ha cogido bien y me recuerda reproducciones de vasos griegos. Yo vuelvo a examinar cuidadosamente esta pieza de aproximadamente dos metros de alto sobre cuatro diminutas patas. Es algo extraordinario, hecho con una imaginación y una técnica que ya hemos olvidado. Las personas que me rodean tratan de venderme algo, sin captar el verdadero tesoro espiritual que poseen en esto. Miro finalmente el muro de la izquierda de la habitación donde hay un mural de tres por siete metros aproximadamente. Todo está realizado con hojas de oro a fuego, pero las figuras y el conjunto tienen relieves que les dan un realce especial. Yo toco el muro que pulsa en un latido trascendente. Es una obra preciosa y una verdadera gracia poder haberla visto. No tiene importancia que la compre o no, lo importante es preservarla, ya que constituye un verdadero tesoro del espíritu. Despierto lleno de gozo, alegre para el resto del día, sintiéndome riquísimo de haber podido ver estas imágenes.

Cuando visité hace algunos años a Mayo, tuve tan buen contacto con él, que se hacían innecesarias las explicaciones. Su obra de un valor único en nuestra época resulta ignorada acaso por el contenido interior que posee. También me significó un ejemplo el poder verle así, en su anonimidad, sin pretensión, absolutamente generoso.

Me encuentro en un inmenso salón en el que charlan distintas personas. Al parecer olvido una primera parte del sueño. Hay en el lugar, sentados cerca mío, una mujer y dos hombres. Uno de ellos es de mayor edad o así lo parece, por la barba cenicienta que lleva. Su traje es claro. El hombre narra como él, "le disparó dos tiros a la mujer, después de una discusión". A mí me resulta vívida la escena y me choquea, no sé si es esta mujer la que veo u otra. Al parecer al resto de la concurrencia estos eventos les resultan indiferentes.

Una hilacha de sueño al despertar: Estoy en una casa nueva, muy arreglada, como en un gusto burgués. Está Rivka, Susana, yo mismo y un niño pequeño que al parecer guarda cama. Vamos a salir y yo tengo que pasar al baño. Una de las mujeres me indica que me cambie de camisa, la que tengo puesta es blanca y decido ponerme una azul. Mientras me miro al espejo no me veo a mí mismo, sino al señor que ha disparado contra la mujer, pero que de alguna manera soy yo, que me atuso la barba y veo como me queda con un pequeño corte a lo Mefistófeles. El niño, el muchacho, llama en el cuarto cercano. Por la hendidura que hay entre la puerta y la pared alcanzo a verlo, está acostado en un estante-cama, hecho en madera labrada, que tuve hace cerca de cuarenta años. Al parecer me apuro, ya que tenemos que salir.



EL BAILE — LAS IMÁGENES Y EL VIENTO

Desperté con cierta modorra. Una ducha y un café me pareció lo único que podría traerme de nuevo a la realidad que estaba viviendo. Recorrí con mi vista esa habitación que me era tan nítida en la memoria; sentí corretear a mis hermanas en el cuarto vecino y me decidí ir a ver lo que producía tal algarabía. Aunque todavía no lo sabía, creo que se trataba de la elección de trajes para el baile que les parecía de la mayor importancia. Ya en la puerta del cuarto no quise interrumpir una tan bulliciosa reunión, pero como vi a Mamá en la cocina, me fui a charlar con ella, mientras me preparaba el té que parecía me tendría bien despierto en las próximas horas. Mi madre, a quien había visto convertida en una viejecita encorvada, había vuelto a ser esa mujer preciosa, de tez muy blanca. En sus brazos y cuello se podían adivinar unas venillas azules. Se acercó a mí y mirándome a los ojos me dijo: Mi felicidad, hijo, depende en gran manera de tu dicha. Si has encontrado en Helena la mujer que resume muchos rostros, yo espero que te sientas tan feliz como nosotros ahora. La abracé y le pedí que no se preocupara, había en esto muchos misterios que de alguna manera se me habían aclarado, y algunos otros que esperaba dilucidar.

Le pedí me dijera dónde estaba mi ropa para elegir el traje que me pondría en la noche, pero ella me contó que hacía unas horas había pasado Asmodeo trayéndome el traje para el baile, que no me preocupara, que podía vestirme tranquilo en su dormitorio. Faltaban aún dos o tres horas para que llegara la noche, entonces podría buscar a Helena y prepararme para recibir a los invitados al baile.

Salí de nuevo al balcón. El desierto cambia de colores los cerros y hay un hálito mágico en las últimas horas antes que se ponga el sol. Desde lejos vi venir el auto verdense, una limousine de los años treinta, y desde ella bajaron mi padre

y el Maestro. Estaban como siempre, animados, charlando en indonesio, idioma que yo sólo había escuchado a mi amigo el poeta John Schlechter Duval. Se acercaron a mi mesa, y al instante sentí cómo, sobre mi hombro, empezaba a traducirme el maravilloso armadillo de los dientes de oro: Dicen que algunas sorpresas te tienen, pero que sólo son motivos de felicidad. Ví que Leonardo empezaba a hablar en castellano, riéndose y pensando para sí mismo que uno nunca sabe los peligros que conlleva un traductor políglota.

Me contaron que esa tarde habían recorrido prácticamente toda la orilla oeste de la Cordillera de la Sal y que más al sur pudieron alcanzar hasta Lullaillaco. No te invitamos, me dijeron, porque dormías tan plácidamente que habría sido criminal despertarte. Yo reí, sabía que de alguna manera habían estado planeando algo para la noche, pero no quise preguntarles detalles.

Como charlaban tan apasionadamente de la vida y la gente en Borneo y otras islas, pude observar cuán mejorado de ánimo parecía Leonardo. Siempre había dado por seguro que tenía un mínimo de cincuenta años. Ahora en cambio, era difícil calcularle más de treinta y cinco. Su barba se había tornado más rojiza y un sombrero de ala ancha enmarcaba un bello rostro. Seguramente le había tocado ver muchas cosas, pero era difícil dar como realidad que su vida alcanzara a los milenios. De improviso se volvió hacia mí y dijo: Querido Ludwig, si te parece que hay cambios en mí, se debe a que ha cambiado la imagen de tu demonio interior, has llegado a un equilibrio en el que soy un hombre con las mismas características tuyas.

Lo ví reír de mi cara de sorpresa, luego me dijo: Dentro de una hora caerá la noche, tú y Helena recibirán a los invitados; si me necesitan para algo estaré allí, charlando con viejos amigos. Será mejor que iniciemos los preparativos.

Pasé a vestirme al dormitorio y me sorprendió el color lapislázuli del traje que combinaba con zapatos y accesorios en

una gris piedra. Asmodeo, que asomaba su cabeza, me contó que en los bailes que ofrecía el Maestro todos los varones iban de riguroso negro y las damas con trajes transparentes, pero como éste era un deseo mío, le había parecido mejor usar toda variedad de tocados. Me había traído incluso un bastón con una figurilla de marfil que se adaptaba a mi mano. Cuando terminé de vestirme salí al balcón y vi que ya estaba esperándome el carro verde. Me subí, y sin que dijera palabra alguna, la máquina me llevó a la casa de huéspedes donde me esperaba Helena. Toqué el timbre con curiosidad, ¿qué color tendría su traje? La vi aparecer envuelta en una capa violeta que la cubría totalmente, el cuello formaba un bello halo de perlas y filigrana en torno a su rostro. Su abrazo y sus labios me hicieron olvidar cualquier preocupación que me restara sobre el baile. La noche había caído entretanto y pasarían unas horas antes de que saliera la Luna. ¡Vamos!, dijo riendo, no sea que los invitados no encuentren a nadie que les dé la bienvenida.

El automóvil nos llevó rápidamente fuera de Río Loa y de los caminos habituales, internándonos hacia el volcán San Pedro para bajar luego hacia el Desierto de la Sal. Antes de entrar a la parte plana de esa antigua llanura marina, me sorprendió que la luz radiante de los faros iluminaba una inmensa mano de roca, cuya palma estaba vuelta hacia arriba. La escultura podría tener veinte o veinticinco metros de alto y le dije a Helena que jamás la había visto en aquel lugar. Ella riéndose se apretó a mí y me indicó que era para mostrar el camino a quienes jamás habían venido a estas regiones. Vi que luego de la mano monumental se habían puesto de tanto en tanto inmensas antorchas que producían un resplandor y que podían divisarse desde muy lejos. Era fácil, guiándose por ellas, llegar al lugar designado para el baile. Lo primero que vimos fue, desde lejos, unas inmensas tiendas hechas en material que recordaba el nácar u otra especie marina. El conjunto parecía bizarro y atractivo como todo lo desconocido. El auto se detuvo y pude ver que una

vegetación exuberante no me había permitido advertir qué cantidad de fuentes y estatuaria rodeaban el edificio central. Le di el brazo a Helena y subimos algunos escalones sobre los que estaba asentada la gran puerta del lugar. Altísima, de sesenta o setenta metros, era continuamente cubierta por un recorte de metal que después de permanecer unos instantes, desaparecía como a efecto de las llamas que alumbraban todo el inmenso salón de entrada. Una cantidad de sirvientes, cuya piel negra aceitada contrastaba con los adornos dorados, corrían llevando cosas de un lugar a otro. Su jefe, o el que los dirigía, se acercó y haciendo una profunda reverencia nos indicó que el salón contiguo era el designado para el baile. Era difícil de abarcar con la vista tan amplio y exótico lugar, todos sin embargo, tendrían que pasar por el estrado en que ahora estábamos, y decidimos quedarnos allí, ya que en la lejanía podíamos divisar las caravanas de autos que avanzaban sobre las blanquecinas llanuras de sal.

Los primeros en llegar fueron el Maestro, acompañado por mis padres. La siguiente pareja era Zoila Campana, del brazo de quien no lograba creer, ¡Rolando Toro!, mi viejo amigo, inventor, entre tantas cosas, de la Biodanza. Nos abrazamos al borde de las lágrimas, tal era la emoción que nos embargaba a ambos. Se acercó Leonardo, y en un tono de excusa me dijo: Me he permitido sacarlo por esta noche de sus tareas habituales, quisiera que, para sentirte más libre, le confiriéramos el título de “Gran Maestre de Bailes”. Todos aplaudimos y Leonardo entregó en sus manos una vara finamente labrada en oro para que mi amigo pudiera dirigir a músicos y bailarines. A cada nueva pareja que entraba al lugar sonaba la campana de cristal que anunciaba su llegada. Muchas personas del pueblo apenas si las recordaba, otras en cambio estaban tan presentes en mi memoria que podía reconocerlas desde lejos. Cada uno me abrazaba y besaba la mano de Helena. Juan Siglic y su mujer que lucía extraordinariamente bella en un traje de tules; José Kruger, apuesto como siempre lo fuera, del brazo de Katty, y detrás

de ellos Kuni, del brazo de Pedro Garzón. Ida, acompañada de un amigo muy querido, Hernán Baeza, que portaba, además, su guitarra.

Mi hermano Carlos se acercó luego riendo, acompañado por una mujer envuelta en gasas, como las que se usan en el norte de África. Me abrazó y me dijo: Tú que siempre has deseado consultar algunas cosas con la Reina de Saba, aquí la tienes de cuerpo presente. Vi que ella volvía su rostro moreno y se reía de mi confusión, luego poniendo su mano sobre mi pecho dijo: Aquí tu mejor consejera. Besó a Helena y siguió abrazada a mi hermano hacia el lugar del baile.

Solo, y como hablando consigo mismo vi llegar a mi amigo Martín Cerda, quien, al abrazarme me susurró al oído: Imagínate, que se ha enterado de tu poema el Padre Gregorio, y me ha encomendado que te dé una respuesta. Como antaño, reíamos, y luego lo vi desaparecer hacia el fondo del salón donde mozos y bellas muchachas le servían licores. Saludamos luego al doctor Sarabia y a su mujer que parecía bastante más preocupada por los ritmos del baile que por cualquier otra cosa. Vinieron luego los Rosso: él más delgado en su traje oscuro, e inmensa como un globo, Assunta, su mujer. Avanzaron luego Gustavo Schutt y Sara, con un traje africano que parecía su verdadera piel.

Oí sonar estrepitosamente la campana. Era mi amigo Viterbo Sepúlveda, sonriendo al brazo de Salomé, la hijastra del Tetrarca de Galilea. Con una carcajada, Viterbo me explicaba: Me han dado a elegir, y he optado por ella, ya que, por fin, sin peligro para Juan alguno, nos podrá bailar la danza de los siete velos. No había elegido mal, por cierto, y mirando a su pareja uno entendía la locura de Herodes.

Sonó de nuevo la campana y entre la verdadera multitud de personas a quienes me tocaba abrazar y darles la bienvenida, divisé a tres personajes más que no eran de Río Loa. Cuando estaban más cerca la emoción me dio un vuelco en el pecho:

Allí estaban Franz Schubert y Robert Schumann, con su adorada Clara. Sentí que muchos deseos se habían cumplido para mí esta noche, y ya poco más esperaba. Poder abrazar a los músicos que tantas veces me consolaron con sus penas, era algo que no me podía imaginar. Los vi envueltos en su alegría al saludarnos y luego de besar a Helena seguir al salón de baile donde fueron recibidos con un aplauso general.

Me volví y abracé a Helena que lucía como una estatua de tibio marfil envolviendo sus encantos con engarces de perlas. Ella me estrechó en sus brazos y me susurró al oído: Ludwig, aún no hemos terminado.

Vi llegar los dos últimos autos y sentí vibrar la campana de cristal. Desde el primer coche bajó un hombre que al principio no reconocí, no muy alto y con cierta informalidad al vestir. Galantemente ofrecía su mano a una preciosa joven mujer vestida a la usanza del antiguo Egipto. Entonces, de improviso, caí en la cuenta que era Oscar de Lubicz Milosz y la maravillosa Reina Karomamá. Se hizo silencio cuando entraron; él afectuosamente me abrazó, diciéndome: Tus deseos han permitido que se cumplan los míos. Karomamá lucía un vestido tornasolado cubierto por las plumas de los dioses protectores; ¡qué dulce parecía bajo su cabello rizado!, arreglado como un casco, a la usanza de los nobles libios de donde provenía su familia. Me miró profundo a los ojos y me dijo: Son extraños tus deseos, porque producen felicidad; he traído para tu bella compañera este ramo de lilas que crecen en los jardines, junto al Delta. Se abrazaron y me pareció que esa imagen era algo que no podía olvidar jamás.

Advertí que otro carro se detenía en la puerta e invité sus ocupantes a pasar al baile.

Un señor de ropa negra empezaba a subir las escaleras, seguido por una bella mujer cuyos cabellos ondeaban en el viento. No lo había visto antes, sino en odiosos grabados, y me incliné para saludarlo: ¡Que don Luis de Góngora y

Argote sea bienvenido! Él volviéndose hacia mí, dijo: Soy yo quien debo daros las gracias. Presentó a la mujer que lo acompañaba y vimos que ésta tenía un gran ramo de rosas rojas clavado sobre su pecho, razón por la que al andar, caían como pétalos las gotas de sangre. Ningún verso es gratuito, repitió don Luis, o es quizás esta la oportunidad de ver si alguna vez se puede redimir al poeta de lo escrito.

Los invité a pasar, y como no divisábamos autos en la lejanía, lo seguimos con Helena en dirección al salón de baile. Desde la entrada vimos cómo Rolando dirigía este baile, la orquesta estaba invisible y hacia el fondo había grupos de invitados haciendo brindis y comentarios. Decidimos entonces pasar bailando hasta el otro lado del salón, Helena lo convertía a uno en una pluma que giraba al compás de la música. Este juego de estarse acariciando de manera distinta nos entretuvo y nos permitió ver cómo, con paso ritual, Karomamá enseñaba a Milosz a bailar según el antiguo modo de los egipcios. Schumann dejaba reposar la cabeza de Clara sobre su pecho y se diría que ambos seguían una propia melodía. Don Luis bailaba, pero había una preocupación en su rostro. Cuando llegamos al otro lado del salón vimos que la charla entretenía a muchos de los invitados que reían felices; me acerqué a Leonardo y le susurré al oído: ¿Qué razón hay para que un poeta tan extraordinario como Góngora no encuentre felicidad en esta fiesta? Soy malo para recordar versos, me dijo, quizás tú puedas recordar ese terceto cuando pide al que viene detrás se detenga un instante para comparar las huellas que en el campo

dejamos, yo de sangre, tú de flores.

Dije yo como escuchando una vieja canción. Veremos de alegrar a don Luis, me respondió el Maestro. Cada gota de sangre será una flor y las carnívoras rosas en el pecho de

la desconocida mujer se tornarán blancas. No pasó mucho rato y vimos brincar al antiguo prelado, bajo los acordes que dictaba el báculo de mi querido Rolando.

La música a veces se tornaba dulce y acariciadora, otras aguda, como el hielo antes de romperse. Rolando Toro parecía en verdad nacido para este oficio de “Gran Maestro de la Danza”. Al otro extremo del salón Schubert tocaba para algunos fanáticos nuevas piezas de su invención. Sus pequeños lentes parecían iluminar la cara redonda y sensual; Ida le preguntaba cómo habían sido hechas algunas composiciones y Hernán Baeza le cantaba, acompañándose de la guitarra, algunas canciones del Altiplano. Parecía que todos gozaban de algo que habían soñado alguna vez en su vida, encuentros con seres amados, años perdidos y recuperados de improviso, aromas y vestimentas venidas de todas partes del planeta.

Mientras abrazaba en una especie de ensoñación a Helena, sonó la campana de cristal y el Maestro de Bailes pidió unos minutos, —horas, quizás—, de atención. Ahora, dijo, la bella Salomé nos a va a repetir la danza de los siete velos. Es algo de lo que por centurias viene uno y otro hablando, pero ninguno ha tenido como ustedes la oportunidad de verla en vivo. Ahora, gracias a la elección del artista Viterbo Sepúlveda, pueden deleitarse sin temor, ya que a nadie se le cortará la cabeza.

Una especie de columna de humo denso empezó a moverse sobre un estrado un par de pies más alto que el suelo, y un olor arrebatador de los sentidos parecía acompañar este movimiento de humo y tules que tomaban los más diversos colores. Vimos desde la lánguida humareda surgir largas bandas de muselina escarlata que parecían quedarse detenidas en el aire y luego, uno tras otro, movimientos que parecían querer abrir, como en una bisagra, a la más delicada de las criaturas. Cuando se había sacado el manto de humo y las largas bandas multicolores, vimos que Salomé bailaba estando

casi quieta. Su cuerpo, que parecía desnudo, tenía siempre un nuevo secreto que revelar al ojo, y si el viento la envolvía a veces y creíamos que estaba a punto de desaparecer, era tan sólo para, desnudándose más allá de toda piel, permitirnos soñar algo jamás imaginado. En el sexto velo ella hizo un rictus de dolor y empezó a bailar sobre sus manos, dejando a nuestra fantasía su cuerpo que estallaba como un mar ante nuestros párpados. ¡Sí!, era un recomenzar eterno en el que cada cual perdía la noción del tiempo, la marea del deseo que no termina jamás.

La envolvió el humo, y ahora en lenguas de fuego tuvimos que esperar que nuestra sensibilidad pudiera respirar al fin, para darnos cuenta que su imagen danzaba dentro de nosotros.

Cuando se apagó el sonido de los oboes y el perfume fue soplado por la brisa del desierto, supimos por una vez que era esa y no otra la maravillosa danza que enloqueció al Tetraca de Galilea.

Como en un oleaje rompieron también los aplausos. Yo tenía la sensación de que a veces lo maravilloso se nos da con tal simultaneidad que no nos podemos percatar de ello. Don Luis se acercó y haciendo una venia al Maestro, me dijo con una luz en los ojos:

*Mal te perdonarán a ti las horas;
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.*

Lo ví reír, mientras me decía: Aunque a veces se da que hasta los poetas pueden ser redimidos a efectos del amor. La mujer que lo acompañaba pasó su ahora blanco ramo de rosas a Helena y vimos que si algún rastro había quedado de su presencia, eran los pétalos y su delicada fragancia.

Se había hecho ya muy tarde en la noche, y la Luna que resplandeció durante todo el baile, empezaba a inclinarse hacia el occidente, allí sobre los Cerros de Limón Verde. Vi que de nuevo venían uno y otro grupo a despedirse, a agregar un par de palabras, o simplemente a abrazarnos. Vi a Milosz mirarnos como a través de ese sueño de toda infancia, en tanto que mi buen amigo Martín me explicaba una vez más que había visto al Padre Gregorio y que éste le había recomendado una respuesta a mi poema, pero a efectos de la emoción la había olvidado.

Poco a poco vimos que en esa inmensa concha anacarada empezaba a soplar el viento y que los últimos invitados ya se habían ido. Tomé en mis brazos a Helena y la llevé hasta el auto verduoso que nos esperaba. ¿Qué otra cosa podía pedir? Vi que delante de nosotros iba Leonardo con mis padres y caí al fondo del coche como en un largo sueño. La fiesta que tantas veces había programado, estaba cumplida, ahora no podía sino imaginar aquello que nunca será posible repetir. En la Alta Cordillera los cerros empezaban a perfilarse más nítidos, era necesario retornar.



EL RETORNO

Desperté muy tarde, había pasado ya el mediodía.

Sentí cantar a Helena a mi lado, la melodía era como recordar muchas cosas vividas que una y otra vez giran en nuestro recuerdo. Me besó largamente y me dijo: Ludwig querido, cada día al despertar, cada momento que pienses en mí, es porque estoy a tu lado. Tanto nos preocupan las imágenes de los seres amados, pero hay que saber que las llevamos dentro, que estamos unidos a ellas para siempre.

Me vestí rápidamente, ya que Helena me decía que nos estaban esperando en casa de mis padres para un pequeño almuerzo. Al parecer era necesario decidir varias cosas importantes. Desde lejos Río Loa presentaba esa paz de todos los oasis, quieto bajo los árboles. Las emociones habrían sido tan fuertes que ahora sentía que cada brisa o viento cambiaba el paisaje y los seres que en él vivían, tanto tiempo añorados y ahora presentes.

La reunión en casa parecía gozosa y chispeante. Mamá, con ayuda de Asmodeo, se las había arreglado para que todos los invitados, que eran muchos, estuvieran contentos y pudieran disfrutar los goces que da la amistad. Al parecer cuanta persona había ido al baile se encontraba ahora aquí para poder agradecer la invitación y saludar al Maestro. ¿Cómo se había hecho para que tal cantidad de gente pudiera alojarse en un pueblo tan pequeño? No lo sabía, aunque había visto los verdaderos prodigios que en días pasados había efectuado Leonardo. Junto a él vi a Schubert y a Schumann, acompañados de Milosz y la preciosa Karomamá. Cuando me vio me hizo un gesto para que me acercara. Después de saludar a todos vi que Leonardo, riendo, me decía que como la Luna desaparecía cada vez más del cielo, le era necesario retornar. ¡Me has dado una gran alegría invitándome a tu pueblo!, dijo. En todo momento la amistad me ha hecho sentirme parte de él. Lo veía alegre, sin rastros de esa melancolía que le era proverbial.

Aquí estás con todos tus amigos de juventud y quisiera que brindáramos por la felicidad. Se alzaron las copas y vi reír a don Luis, charlando con Milosz y recordando viejos versículos. Viterbo, Rolando, que no abandonaban un instante a la graciosa Salomé, mis hermanos todos, alzando las copas deseaban que se cumplieran para siempre los viejos deseos. Ví pasar sus imágenes una tras otra, dulces, conservadas tan vívidas en el recuerdo. Pareciera que el tiempo se hubiera detenido y yo sabía, sin embargo, por los cambios de música y el reflejo de luz sobre los árboles, que ahora resultaban verdad esos versos amados de Sidney Keyes:

*Y los que están en el jardín comprenderán
que el tiempo es un ladrón que no perdona...*

Helena me tomó del brazo y apretándome junto a su pecho me dijo: No es cosa que unos versos te pongan triste. Asentí riendo sobre lo que me decía. Leonardo se había levantado y apretando mis hombros murmuró: Una gran alegría nos has dado a todos, aún a mí que soy curtido en muchas lides, pero les tengo que invitar a que pasemos al otro lado del río donde se está inflando un gigantesco globo en el que habrá espacio para todos los que quieran o deseen acompañarme. Al terminar la tarde el viento será frío y podremos iniciar el viaje sin ningún problema. Respecto a ti, querido poeta, creo que ahora sabes con certeza que el amor es eterno. Aunque yo no pueda estar siempre visible, te dejo a nuestra amada Helena Ferrucchi, ella te guiará en los caminos que aún no entiendes o que no te ha tocado recorrer.

Yo miraba transcurrir el festivo almuerzo que ya había terminado hacía horas y no podía evitar sentir ese gusano roedor de la melancolía. Schubert en cambio, entonó una alegre canción y vi que en grupos y parejas toda la multitud se dirigía en dirección al río. Mi madre, tomada del brazo de

Papá, nos pidió que la acompañáramos. Era un dulce paseo lleno de ensoñaciones y alegrías. Sara lucía aún su traje de baile y unía a sus movimientos cantos que le había enseñado su abuela. Kruger reía con mis hermanas y Martín charlaba deslumbrado por el encuentro con Góngora.

Al llegar al río, vimos que tras las lomas se divisaba la parte superior de un inmenso globo, tan grande casi como el pueblo mismo. Cables sostenían la espaciosa barquilla donde podían ir los pasajeros. Leonardo me tomó del brazo y me aseguró que dejaría a cada cual en su particular mundo. Pienso que para ti, sin embargo, dijo, será mejor que te quedes esta noche en el pueblo, mañana podrás ver otras cosas que ignoras y el tren estará esperándote sobre los rieles de la estación. ¡Era difícil despedirse de un amigo, de un amigo al que por ignorancia tanto se ha temido! Abrazándome susurró: Nos veremos más adelante.

Me detuve al pie de la escalerilla de acceso y me tocó ir abrazando a cada uno de los que subían, la emoción era inevitable. Entre tantos seres queridos vi trepar montados en los grandes avestruces a Gaspar, Judit y Salomé que me hacían una mueca divertida, como diciendo, ya volveremos. Recordaban un grabado de especímenes raros subiendo al Arca. Quedaron quince o veinte personas que apenas podía reconocer entre los pueblerinos. Mis padres, mis hermanos, mis amigos queridos, me hacían señas. En más de una ocasión guardamos silencio ya que las lágrimas nublaron nuestros ojos. El último en embarcarse fue Leonardo, que abrazándome volvió a repetir que nos veríamos más adelante.

Los pilotos de la barquilla soltaron las amarras y el majestuoso, inmenso globo, empezó a elevarse lentamente contra un cielo azul añil que se oscurecía. Se diría que allí se iban trozos enteros de mi vida, de distancias, de paisajes que continuamente cambian de color. Pasaron algunos minutos y a medida que oscurecía veíamos subir sobre los cerros del desierto el globo iluminado como desde dentro,

hasta que sólo fue un punto entre las estrellas y era imposible distinguirlo de otras lucecillas.

Helena tomó mi brazo y entonando una canción me indicó que era necesario regresar. Nos acompañaban, un poco como sombras, los que habían quedado en tierra, habitantes del pueblo que yo no recordaba porque había vivido en él en otro tiempo. Llegamos hasta la casa de mis padres y allí decidimos quedarnos a pasar la noche, la oscuridad era ahora completa y el viento empezaba a aullar sobre los viejos, queridos pimientos. Mi querida Helena trajo una fuente con frutas y dulces.

Quiero, dijo, que entiendas con total certeza que estoy a tu lado para siempre, porque es en tu amor donde está mi verdadero destino. Si a veces crees estar solo, es por efecto de una distorsión del tiempo, a mí, con todos los rostros, me tienes en el libro con cubiertas de marfil, no soy tantas mujeres como a veces crees, es una imagen que se repite buscando los hilos de la semejanza.

Sentí que las emociones pasadas me habían dejado exhausto. Apoyé mi cabeza sobre el vientre de quien significaba para mí todas las cosas, y el sueño volvió a romper contra las rocas de la realidad, ese otro sueño que, infinito en sus variantes puede ser misterioso y embrujador.

Desperté con un pesado dolor de cabeza. Sentí ruido en la habitación vecina y al abrir los ojos me di cuenta que la habitación de dormitorio se había achicado, además estaba pintada y amueblada de un modo extraño. Cerca de mi cama vi las maletas que había preparado para el viaje. Sin embargo, las imágenes parecían tan pálidas que corrí al baño y después de una ducha me di cuenta que quizás estaba despierto, pero lo que veía no tenía nada que ver con lo vivido en los últimos días. Salí hacia el comedor y me encontré con un hombre bastante tímido, de alrededor de treinta años. Me saludó amable y un poco asustado. ¿Quién es usted?, le pregunté. ¿Y dónde están mis padres?

Señor, me respondió tímidamente el desconocido, me llamo Efraín Hernández y soy uno de los profesores en este pequeño pueblo. Sucede que en los últimos días todo el pueblo ha sufrido increíbles encantamientos y hemos visto deambular personas absolutamente extrañas entre nosotros, que parecían no vernos. Usted es uno de los pocos que no desaparecen como a efecto del viento. Muchos de los pobladores han pensado que es un encantamiento general. Se detuvo por algunos días el trabajo en la fábrica, ya que es peligroso que anden entre nosotros desconocidos; a los niños se les llevó a Calama, porque el temor les hacía estar llorando por la presencia de los desconocidos. Parecía que deseaba desahogarse de una pesada carga y no dándome tiempo siquiera para preguntarle, me contó que algunos trabajadores que conocían el pueblo desde niño le habían dicho que era un misterio, ya que los extraños al parecer eran los que habían vivido aquí hace setenta años. Los deseos de seguir hablando le sobraban, y como todo maestro de escuela tenía una ingenuidad característica.

Le pedí si me podía dar un tazón de café, por lo que corrió a la cocina trayendo una bandeja con lo que pedía y unos panecillos dulces. Los ruidos que se sentían habían cesado, eran un par de chicos que muy atemorizados creían que su padre charlaba con los fantasmas, y ellos preferían acecharme por una ranura de la puerta.

Y la profesora, Zoila Campaña, ¿la conoce?, le pregunté. Sólo la he visto en una antigua fotografía que existe en la escuela, me respondió. Fue contratada hace muchos años y pensamos que fue la primera maestra que vino a vivir en este pueblo.

Yo no podía casi contenerme, me levanté de la mesa y me asomé a la ventana que daba al jardín donde vivía la delicada Zoila. Pero todo parecía distinto ahora. El jardín que existía entre las dos casas había desaparecido. Sólo unos troncos secos daban testimonio del verdor que había existido alguna vez.

El profesor me invitó a salir y ver el pueblo. Veo que usted no es un fantasma, me dijo, dominando su temor. Salimos afuera; ¡qué transformado estaba el balcón, y qué polvoriento todo! Es que en los últimos días, me contó mi acompañante, parece que todos hemos sido víctimas de un sortilegio. Veíamos casas y escuchábamos a seres a quienes nunca habíamos visto antes.

¿Usted, ha vivido aquí?, me preguntó, muy despacito. Hace ya muchos años, le dije, en esa casa que ahora usted habita y que era muy distinta; nací en este pueblo, y no tenga temores, no soy un difunto que sale de su sepultura. He realizado un viaje en compañía de unos amigos que querían ver Río Loa, eso es todo.

Parecía respirar más tranquilo. ¿Pero el inmenso dirigible en que se embarcaron sus amigos, volverá acaso? No lo sé, le dije. Mientras recorría el lugar, vi que filas completas de casas habían desaparecido, sólo restos de piedra y cemento recordaban su antiguo emplazamiento. Pasamos por la plaza casi abandonada y sin bancos. Allí los pimientos habían resistido la sequedad, pero qué melancólico resultaba ver el antiguo almacén, los restos de construcciones que a mí me recordaban familias enteras: los Sierra, los Quiroga, Labarca, Gaona y tantos otros. El profesor parecía darse cuenta de la emoción que me embargaba y caminaba en silencio detrás de mí. Murmuré recordando a don Luis:

*... mas tú y ellos juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.*

¿Qué dice?, me preguntó el profesor. Nada, nada, le respondí, algunos versos que me vienen a la cabeza recordando a un amigo extraordinario. Recorrimos el pueblo y de vuelta a la que ahora era casa del maestro de escuela, sentí correr una leve brisa que me pareció una bendición.

¿No habrá alguien que me pueda ayudar a cargar mi valija?, le pregunté. Al parecer el resto de los habitantes o estaban escondidos o habían huido por algunos días a otros pueblos. Él me dijo que me acompañaría a la estación, siempre que me decidiera a efectuar el recorrido a pie, ya que esos antiguos autos oscuros le parecían parte de una fantástica pesadilla.

Cargó mi maleta al hombro y yo pude volver a mirar el villorrio desde lejos. Pasamos junto a una casa donde había vivido Ida y vi que todo permanecía cerrado, las cortinas corridas, por temor de que acaso pudiera ver a alguien. Frente a la entrada de la factoría de dinamita vi a un grupo militar. Están tan perplejos como el resto de la población, me contó el profesor. No saben qué hacer con esos coches oscuros que hay en la estación y en los que, al parecer, no hay nadie.

Yo los divisaba desde lejos. Llegué hasta la misma estación del ferrocarril y no encontré a don Ricardo Lorca, ni los jardines de los que se enorgullecía. ¿Qué se habían hecho? ¿Eran sólo un espejismo?

El maestro de escuela había arrastrado mi maleta más de dos kilómetros y se envalentonó para preguntarme: ¿Sabe usted lo que ha pasado? Yo reí y le dije: Son cosas del destino. Hace muchos años nació aquí un poeta cuya mayor pasión consiste en soñar. Y como los sueños son otra vida paralela, alguien muy poderoso le permitió volver a este pueblo donde entre polvo y viento anidaron sus sueños. Me miraba con los ojos muy abiertos. Sí, le dije, hay cosas que sólo es posible vivirlas en los sueños.

Subió con un poco de temor mi maleta hasta uno de los tres vagones del ferrocarril que le parecían de una vida autónoma. Estaban vacíos y junto al viejo andén, vi el letrero: Río Loa. Acompañé durante algunos minutos al ingenuo maestro Efraín Hernández. Quizás, le dije, sin saber, usted mismo tiene un poeta en sus pequeños hijos, le extendí la

mano y le aseguré que nada tenía que temer, dentro de unos instantes me marcharía de vuelta al lejano Norte, ese punto que buscan las brújulas. Subí al carro central, el mismo en el que había llegado, y le hice una señal de adiós por las ventanillas.

Allá a lo lejos, podía ver las crestas nevadas de los volcanes —¡qué extraño, pensé, qué diferente, qué próximo resulta el surrealismo para quienes nacimos en este continente!— Sentí sonar una campana y los tres oscuros vagones que tanto habían hecho temer a los lugareños se pusieron en marcha.

Ahora iba solo en el amplio vagón y la nostalgia me hizo pensar que de alguna forma concluía una aventura que me había sido preciosa; que había sentido temor al principio para luego adorar a Helena; que apenas había visto el rostro de Leonardo y que estos días habían convertido sus temibles facciones en las de un amigo querido. De alguna manera sentí que regresar al Norte lejano me daba una sensación de soledad.

Desde el otro lado del coche vi venir un mozo amable y riente. Nuestras órdenes son que se pueda sentir feliz; si usted desea cualquier cosa, llámenos y se la traeremos al punto. Se lo agradecí con un gesto. ¿Qué podría desear? ¿No se habían cumplido mis sueños?

En todo caso, me señaló amablemente el mozo, usted puede pasar al otro coche, quizás le resulte más cómodo descansar. Seguí su consejo. Las ventanas eran más amplias y el paisaje pasaba velozmente.

Hubiera querido preguntarle algo a Helena, poder apoyar mi cabeza sobre su falda. Entonces recordé el pequeño librito con cubiertas de marfil pintado, lo miré largamente antes de abrirlo, ¡qué bello era! Como al azar levanté la tapa y un bello faisán saltó sobre mi mesa. Su cabeza era la de Helena que riéndose me decía: Querido, has tenido demasiadas emociones, ahora es necesario que descanses, yo estoy junto

a ti, que mis plumas te puedan abrigar en el sueño.

Acaricié su rostro, y ví que el pequeño armadillo hablaba con Helena.

Cuando despierte, le decía ella, ya estaremos muy cerca de Toronto, el lugar de encuentros.

Me pareció que de nuevo podía sentir ese latir del amor en las alas del ave y me sumergí en el sueño. ¿Qué tiempo pasó? ¿Qué distancias corrieron sobre esos rieles siempre paralelos? No podría saberlo jamás.

Al despertar vi la orilla de un lago azul cruzado por una multitud de velas. El armadillo sobre mi hombro miraba el agua cristalina. Dentro de algunos momentos estaríamos en Toronto.

Los vagones entraron lentamente en la estación.

Sobre el andén divisé a Susana haciéndome señas con un ramo de lilas.

Regresar a ella era de nuevo volver a otra realidad. No es necesario correr, dijo el mozo, yo mismo le llevaré la valija al auto. Sentí que Susana me abrazaba riendo. ¿Qué habrás olvidado ahora?, me preguntó. Yo podía asegurar que nada, ya que no había tenido que abrir la valija. ¿Lo entendería acaso?

Traigo un par de tesoros, le conté, eso lo verás más tarde. Son los secretos escondidos en el desierto que no logra callarse cuando sobre la arena se arremolina el viento.

Al despertar vi la orilla de un lago azul cruzado por una multitud de velas. El armadillo sobre mi hombro miraba el agua cristalina. Dentro de algunos momentos estaríamos en Toronto.

Los vagones entraron lentamente en la estación.

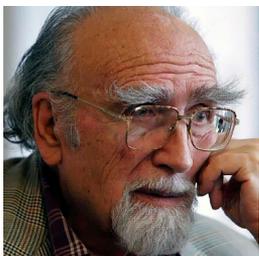
Sobre el andén divisé a Susana haciéndome señas con un ramo de lilas.

Regresar a ella era de nuevo volver a otra realidad. No es necesario correr, dijo el mozo, yo mismo le llevaré la valija al auto. Sentí que Susana me abrazaba riendo. ¿Qué habrás olvidado ahora?, me preguntó. Yo podía asegurar que nada, ya que no había tenido que abrir la valija. ¿Lo entendería acaso?

Traigo un par de tesoros, le conté, eso lo verás más tarde. Son los secretos escondidos en el desierto que no logra callarse cuando sobre la arena se arremolina el viento.



SOBRE EL AUTOR



Nacido en medio del desierto de Atacama, el chileno Ludwig Zeller (1927-2019) recorre el continente con extraordinario vigor existencial, dejando huellas fundamentales allá donde pasa. Aún en Chile, fundó la Casa de la Luna, lugar de encuentro y producción artística; en Canadá crea Oasis Publications, una destacada editorial con su expresivo catálogo surrealista; en México dirigió la revista *Vaso Comunicante*. A lo largo de esta importante trayectoria contó con la complicidad perenne de Susana Wald, artista, ensayista y traductora, con quien convivió desde 1966. En una conversación con ella, Susana resume la singularidad estética de su compañero: *En la obra de Ludwig Zeller, reina supremo el imagen visual. Esto sucede tanto cuando escribe sus poemas como cuando realiza sus collages*. La poesía de Zeller se expresa de tal manera que sus versos siempre son visibles y sus collages siempre parecen poemas. Zeller, como poeta a tiempo completo, hizo collages combinándolos con poemas y escribió poemas que combinó con collages. En su obra se dan tanto casos en los que una de sus expresiones precede a la otra como otros en los que cada expresión se basta a sí misma. El automatismo y la ponderación se dan en ambos idiomas. El cuidado en la técnica y la preparación también son paralelos. Para Zeller lo esencial en el esfuerzo y la creatividad es exteriorizar su visión interior. De una vasta bibliografía, destaco entre sus libros: *Mirages* (1977, en colaboración con Susana Wald), *50 collages* (1980), *Ejercicios para la tercera mano* (1998) y *El embrujo de México* (2003), sin olvidar esta singular novela *Río Loa, Estación de los Sueños* (1994), que ahora publicamos. En 1986 participó en la XLII Bienal de Venecia con un vídeo de 20 minutos, *El cuerpo alquímico*, en el que mezcla sus collages y pinturas de Susana Wald proyectadas sobre el cuerpo humano

ÍNDICE

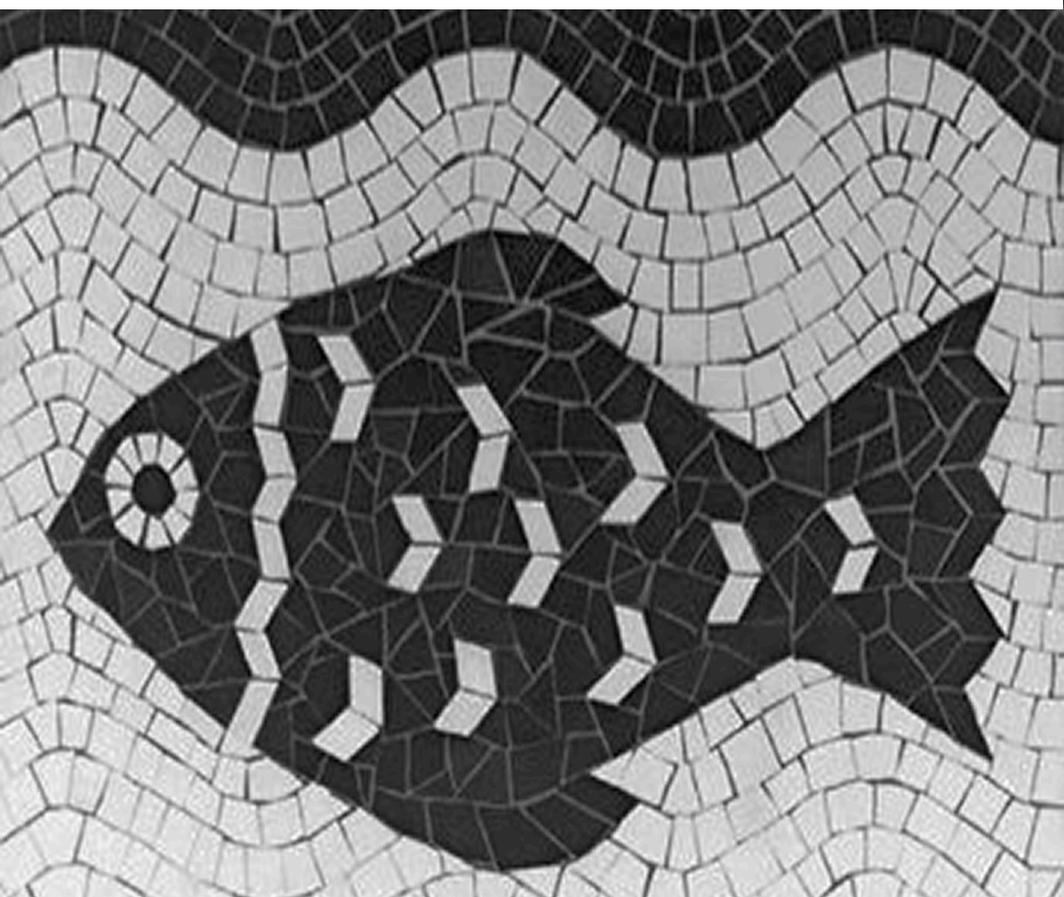
- Hacia el sur / 11
Estación de los sueños / 29
Los inconvenientes de la virtud / 39
El marfil de la luna / 49
Sombras sobre la arena / 59
Dos naipes y un milagro / 69
Marionetas en vivo / 81
A la mesa con el maestro / 93
Sofía la médium / 99
La extraña historia de Helena Ferrucchi / 105
Un día singular / 115
Engarzando sueños / 127
Boda doble con disfraces / 139
Un entierro tormentoso / 151
Las cartas del Tarot / 159
El baile – preparativos y sueños / 169
El baile – las imágenes y el viento / 181
El retorno / 193
- Sobre el Autor / 204



Río Loa, estación de los sueños de Ludwig Zeller se terminó de ensamblar en su versión digital en junio de 2024.
En su composición se utilizaron los tipos: Minion Pro, JMH Typewriter y Times New Roman: 10, 12, 14, 18.



2024



**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**